

Miguel Castillo Didier

**EI CRISTÓBAL COLÓN
DE KAZANTZAKIS**



**Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile
2017**

ISBN 978-956-19-1005-8

UNIVERSIDAD DE CHILE

Rector

Ennio Vivaldi Véjar

Facultad de Filosofía y Humanidades

Decana

María Eugenia Góngora Díaz

Vicedecano

Alejandro Ramírez Figueroa

Centro de Estudios Griegos Bizantinos
y Neohelénicos "Fotios Malleros"

Casilla 73 Sucursal Grecia / Ñuñoa

Santiago Chile

www.estudiosgriegos.cl

Miguel Castillo Didier

El Cristóbal Colón de Kazantzakis

Miguel Castillo Didier

Registro de Propiedad Intelectual: A-277570

Diseño y diagramación: Sebastián Salinas Gaete

Impresión: Gráfica LOM

ÍNDICE

La creación dramática de Kazantzakis	8
Un teatro poético	15
Constantino Paleólogo	19
El Maestro Primero	23
Helenismo y universalidad	25
El lenguaje dramático	28
La representación del teatro de Kazantzakis	30
El Descubridor	34
Colón en la visión de Kazantzakis	44
La tragedia <i>Cristóbal Colón</i>	49

EL CRISTÓBAL COLÓN DE KAZANZAKIS

Entre las voces de la pléyade de artistas de la palabra que desde fines del siglo pasado han logrado traspasar las barreras del aislamiento lingüístico de la Grecia Moderna, se distingue la de Nikos Kazantzakis (1883-1957), por el sello de la universalidad y la actualidad de su arte. Los autores nombrados, extraordinariamente distintos entre ellos, poseen sin embargo el rasgo común esencial de ser justamente ante todo y por sobre todo poetas. Sus obras, como conjunto, constituyen los más originales mundos estéticos creados por el genio del neohelenismo y ocupan un puesto valioso en la literatura universal.

Sin embargo, en el ámbito de la lengua castellana, la creación de estos poetas dista bastante de ser conocida en sus verdaderas dimensiones. Es así como del autor cretense, faltan todavía por publicarse algunas piezas dramáticas. Y al menos dos de las traducciones editadas corresponden a versiones indirectas.¹

¹ En versiones indirectas, vieron la luz en Argentina *Melisa* en 1957 y *Teseo* en 1958. Nuestras traducciones directas de *Cristóbal Colón* y de *Constantino Paleólogo* se editaron en Argentina y España (Ed. Lohlé 1966 y Planeta 1968), Y en Chile y España (Editorial Santiago 1968 y Planeta 1968), respectivamente. En Venezuela, Caracas, se publicó *Cristóbal Colón* en 1983 y en 1986. En España, Granada, se editó en 1997. En el año 1968, Planeta presentó también *Sodoma y Gomorra* en versión de Enrique de Juan. En 1978, el Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile publicó el volumen I, de tres originalmente proyectados, con traducciones nuestras de

Y debido al hecho de que varias novelas Kazantzakianas tuvieron una difusión rápida, no pocas personas podrían extrañarse de que lo mencionemos como poeta. *Cristo de nuevo crucificado, Vida y hechos de Alexis Zorbas, Libertad o muerte, La última tentación, Los hermanos enemigos*, son títulos que dieron al autor cretense fama como novelista. Pero en verdad Kazantzakis es esencialmente un poeta. No solamente porque su obra cumbre y más extensa, la *Odisea*, es poesía; no sólo porque haya escrito tragedias métricas; no sólo por haber dejado una colección de *Cantos* en tercinas, en endecasílabos clásicos; sino porque toda su creación es en el fondo poesía. Es el aliento poético el que presta encanto a todas sus creaciones, desde la más modesta hasta la deslumbrante y oceánica *Odisea*.

Justamente por parte de diversos estudiosos se ha insistido en que el carácter del teatro de Kazantzakis es fundamentalmente poético. Más adelante nos referiremos con alguna detención a este punto.

Odiseo, Julián el Apóstata, Nicéforo Focás y Kapodistrias. En 1983, Editorial Lohlé publicó en Buenos Aires nuestra versión de *Buda*. En coedición del mencionado Centro y de la Editorial Cuarto Propio, apareció en 1997 la tragedia *Cristo*. En 1998, apareció la traducción de Roberto Quiroz de *Comedia-tragedia en un acto. Prometeo portador del fuego y Prometeo encadenado* se publicaron en Santiago los años 2000 y 2001, respectivamente. El año 2012, se editaron las traducciones de *Comedia – tragedia en un acto* y *El maestro primero*, esta última en traducción de M. Castillo Didier (en el tomo *Destino y fatalidad en dos dramas juveniles de Kazantzakis*).

La creación dramática de Kazantzakis.

Kazantzakis escribió 21 piezas teatrales a lo largo de 45 años; desde *Amanece* en 1906, hasta *Constantino Paleólogo* en 1951. De manera que, en su distribución cronológica, la creación dramática se extiende durante casi toda la vida literaria del escritor, que terminará con su muerte, en 1957. Y dentro de su muy vasta labor de traducciones de obras literarias, filosóficas y científicas al neogriego, sus versiones de piezas de Shakespeare, Goethe, Pirandello y Cocteau, ocuparon un lugar importante.

Las agendas y cartas del escritor, presentadas por su esposa, Heleni Kazantzakis², muestran que a lo menos durante dos tercios de su vida literariamente activa, el teatro y la *Odisea* constituyeron el centro de su interés. El hecho de que él mismo emprendió la traducción de sus tragedias al francés³, habla del valor que atribuía a esa parte de su creación.

Es interesante dar una mirada a la distribución cronológica del teatro kazantzakiano. Nikos Athanassiou, en la "Introducción" al volumen primero de la obra dramática de Kazantzakis, propone ordenar las piezas según su anterioridad o posterioridad a la redacción de la *Ascética* (1923), "un libro pequeño que más tarde servirá de llave

² Heleni N. Kazantzaki: *Le dissident: Nikos Kazantzakis vu à travers ses letters, ses carnets, ses texts inédits*, Plon, París, 1968.

³ Desgraciadamente, sólo seis versiones alcanzaron a salir de su pluma.

para comprender bien su obra. Ni novela, ni poema, ni ensayo filosófico, precisará él mismo. Ochenta páginas breves, versículos bíblicos de gran belleza. Los altos mandamientos de Nietzsche, a quien Kazantzakis venera sobre todo por su estilo encendido y sus padecimientos innumerables; los de Bergson, que le ayudaron a liberarse de ideas filosóficas que lo tiranizaban; la quintaesencia de sus experiencias personales”⁴.

Las obras anteriores a la *Ascética* son siete y de ellas está perdida hasta hoy la tragedia *Heracles*. La primera pieza teatral Kazantzakiana que conocemos es *Amanece* (1906), que fue premiada en un concurso en Atenas y cuya representación encontró acogida favorable en el ambiente literario y artístico de la capital griega. *Hasta cuándo* y *Fasga* datan de 1907 y fueron enviadas a Atenas desde París, donde el autor seguía el curso de filosofía de Bergson en el Collège de France. Curioso resulta el destino de estas tres primeras obras. *Hasta cuándo* y *Fasga* no fueron siquiera admitidas a concursar en el certamen universitario al cual las destinaba el joven escritor. *Amanece*, en cambio, mereció un galardón, pero, a la vez, fue condenada por el mismo jurado que la había premiado. Sus ideas habían parecido demasiado audaces a los jueces: “¡Coronamos al poeta, pero expulsamos de este templo pudoroso al joven que ha osado escribir tales cosas!, declara poco más o menos el venerable profesor de la Universidad Spiridón Lambros, que preside

⁴ Heleni N. Kazantzaki, Conferencia inédita sobre la obra de Kazantzakis, obsequiada al autor de estas notas, p. 3.

esta extraña ceremonia de premiación. ¿Y qué hace nuestro joven laureado? Muy digno, abandona la sala ‘pudorosa’, sin dar un portazo”⁵.

En 1908, el joven autor presenta la tragedia *Sacrificio o El primer maestro*, basada en una leyenda recogida en un hermoso poema popular neogriego⁶. El motivo del primer maestro o maestro de obras, que dirige la construcción de un gran puente sobre el río Arta y que debe enterrar viva a su propia esposa para que el espíritu de las aguas no destruya cada noche lo construido durante el día, podía relacionarse con la idea del sacrificio personal total en aras de un objetivo elevado, idea que tanto inquietó siempre a Kazantzakis. Esta pieza tendrá un largo destino teatral, tanto en su forma original, como en la del *Drama musical*, escrito por el compositor Manolis Kalomiris, con gran respeto por el texto, y estrenado en 1916⁷ con mucho éxito.

La espera en vano es otra idea de las que preocuparán reiteradamente a Kazantzakis. Esta constituye el núcleo de otra obra escrita en esta primera época, 1908-1909: *Comedia*

⁵ Heleni N. Kazantzaki, op. cit., p. 39. “Nous couronnons le poète, mais nous chassons de ce temple pudique le jeune homme qui a osé écrire de telles choses!, declare à peu près le vénérable professeur de l’Université Sp. Lambros, qui préside à cet étrange couronnement. Et que fait notre lauréat? Tres digne, il quitte la salle ‘pudique’, sans claquer les portes”.

⁶ Traducción castellana de esta obra, realizada por M. Castillo Didier en el volumen R. Quiroz Pizarro y M. Castillo Didier: *Destino y fatalidad en dos dramas juveniles de Kazantzakis*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 2012.

⁷ Repuesta en 1930. El texto definitivo de la obra apareció en 1939.

*en un acto llamada tragedia*⁸. “Si no hubiera sido publicada en 1909 – escribe Heleni Kazantzakis- se habría pensado más tarde en un plagio, de tal modo recuerda la pieza *Huit clos* de Sartre. En Kazantzakis, los doce muertos encerrados en una pieza sin salida no hacen sino esperar la llegada del Salvador, que por cierto no llega nunca⁹. Varios autores han destacado el notable adelanto a su tiempo que significa esta pieza. Si bien el motivo de la espera vana de lo que no llegará jamás había recibido forma poética genial en el tan discutido y enigmático *Esperando a los bárbaros* de Constantino Kavafis¹⁰, su expresión en el teatro y su conjunción con el tema de la transición de la vida a la muerte y con la tremenda incógnita del más allá, la encontraremos muchas décadas después en Sartre y Becket. “Esta comedia se representa en el espíritu del hombre en el momento de su agonía, cuando en su alma se opera en el más alto grado la síntesis de su vida. Todos los temores, todas las esperanzas que, oscuras y confusas, sólo afloraron en el espíritu del hombre cuando vivía y luego se adormecieron, se despiertan de repente en el momento de la muerte y alcanzan su mayor intensidad: gritos, lágrimas, terror. Y la voz de la Fe y la voz de la Duda, la del orgullo y de la humildad, las de la alegría y del sufrimiento, se hermanan todas y arden en el espíritu que se extingue. Se

⁸ Traducción castellana de esta obra realizada por Roberto Quiroz en el volumen mencionado en la nota 6.

⁹ Heleni N. Kazantzaki, op, cit., p. 48.

¹⁰ En el volumen *Kavafis íntegro*, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, Santiago, 1991, nos hemos referido al tema, en los capítulos “La fatalidad” y “Kavafis y el Egipto”.

cogen enloquecidas del umbral de la conciencia, gritando, gimiendo, anhelando la luz. El alma entera del hombre, con sus mil facetas, sus contradicciones y su desesperación, se abate y llega hasta el borde de los labios que se inclinan, trémulos, sobre el caos de lo desconocido. ¿Se encontrará en otra vida –eterna ahora- o se extinguirá?”¹¹. M. L. Baudier, en su luminoso ensayo *Nikos Kazantzakis: ¿Cómo el hombre llega a ser inmortal?*, se detiene también en esta inquietante obra de juventud del escritor cretense: “Respecto de esta obra se ha dicho que podría llamarse El silencio de Dios, para medir todo su horror. En una pieza cerrada, que simboliza la prisión de la muerte, un grupo de personajes de edad y ambientes diversos espera a Dios, que vendrá a abrirles las puertas del reino de la luz. Pero a medida que las bujías se extinguen, que las horas transcurren, que el gran reloj da las doce campanadas, la esperanza va desapareciendo y la angustia aumentando. La puerta no se abre. Una angustia que llega a ser asfixiante y el frío de la muerte que aplasta el pecho con el peso de una lápida, quiebran los corazones con la nostalgia de la tierra y de la dulzura de la vida. La espera de lo que debía venir se transforma en la espera de lo que no vendrá jamás. Imposible no pensar en *Godot* y en *Huit clos* al repasar las páginas de esta obra juvenil, pero plena de anticipaciones”¹².

¹¹ Nikos Athanassiou, “Introducción” a N. Kazantzaki, *Théâtre I Melissa, Kouros, Christophe Colomb*, Adaptation Française de Liliane Princet et N. A., Plon, Paris, 1974.

¹² Marie-Louise Bidal-Baudier, Nikos Kazantzakis *Cómo el hombre se hace inmortal*, trad. P. Canto, Ed. Lohlé, Buenos Aires, 1987, p. 164.

Después del *Primer maestro*, al parecer la primera obra dramática que escribió Kazantzakis fue *Heracles*. En sus anotaciones de agenda de comienzos de 1915, mientras se encontraba “como peregrino” en Olimpia, se encuentran estas líneas: “Cuánto se equivocan los hombres respecto de la santa figura de Heracles, héroe místico, vida plena de ascetismo, de lucha, de muy profunda tristeza y de purificación interior final”¹³. Estas características identifican a varios de los venerados personajes del escritor cretense. No resulta, pues, raro, que dedicara a Heracles una pieza dramática. Pero hasta ahora no ha podido ser rescatada. Se sabe que se publicó en la revista *Nea Zoí*, de Alejandría, Egipto, en 1922, sin que haya podido ubicarse un ejemplar del número en que apareció¹⁴.

Entre los años 1915 y 1921, Kazantzakis trabaja en tres de sus más hermosos dramas, obras muy distintas entre ellas. Se trata de *Odiseo*, una pieza muy “clásica”, que aparece en 1921 en la revista *Nea Zoí* de Alejandría, y en edición autónoma en Atenas más tarde, en 1928. Este mismo año se publica el “drama bizantino” *Cristo*, que había sido escrito en el período en el período que recordamos aquí. La otra tragedia de este grupo es *Nicéforo Focás*. Escrita antes de la *Ascética*, sólo fue publicada en 1917.

La tragedia *Buda*, la más extensa obra dramática de Kazantzakis, trabajada y reelaborada muchas veces a través de más de veinte años, suele ser ubicada en el período

¹³ Heleni N. Kazantzaki, *op. cit.*, pp. 60-61.

¹⁴ Pandelís Prevelakis, “Nikos Kazantzakis. Contribución a la cronología de su vida”, rev. *Nea Hestía –Homenaje a N.K.* (Navidad 1959 – Atenas), p. 12.

posterior a la *Ascética*, pese a que sus primeras redacciones datan de antes de 1923. Pero se considera como definitiva la versión de 1941, que vino a publicarse en la década de los 50, poco antes de la muerte del escritor, después de haber sido objeto de más de alguna revisión. Kazantzakis estimaba extraordinariamente esta vasta, densa y poética obra; soñaba con una representación digna de ella y llegaba a señalarla como una de sus más altas creaciones, junto a la *Odisea*¹⁵.

Más adelante nos referiremos con alguna detención a algunas obras posteriores a la *Ascética*. Por eso, terminaremos este panorama con una simple enumeración de los títulos y su cronología: *Vuelve Otelo* (1936), *Melisa* (1937), *Julián el Apóstata* (1939), *Prometeo portador del fuego*, *Prometeo encadenado*, *Prometeo liberado* (1943), *Kapodistria* (1944), *Sodoma y Gomorra* (1948), *Teseo* (cuyo título original es *Kuros*, 1949), *Cristóbal Colón* (con el título original *La manzana de oro*, 1949), *Constantino Paleólogo* (1951). De todas estas obras sólo permaneció inédita en vida del escritor la pieza *Vuelve Otelo*¹⁶.

Como parte de la edición de sus obras completas, que Kazantzakis había iniciado poco antes de morir, alcanzaron a aparecer en versiones definitivas tres volúmenes de piezas teatrales, distribuidas como sigue: tomo I Tragedias de temas antiguos: *Prometeo portador del fuego*, *Prometeo*

¹⁵ En carta al traductor de la *Odisea* al inglés, Kimon Friar, fotocopia de cuyo autógrafo poseemos gracias al gentileza de la señora Heleni Kazantzaki, el escritor afirma: “Creo que *Buda* y la *Odisea* son mis obras de más aliento”.

¹⁶ Fue publicado en el Homenaje a Nikos Kazantzakis de la revista *Nea Hestia*, en 1962.

encadenado, Prometeo liberado, Teseo, Melisa, Odiseo; tomo II Tragedias de temas bizantinos: *Cristo, Julián el Apóstata, Nicéforo Focás, Constantino Paleólogo*; tomo III Tragedias de asuntos varios: *Kapodistria, Cristóbal Colón, Sodoma y Gomorra, Buda*. No sabemos cuáles de sus obras juveniles proyectaba republicar Kazantzakis en esta serie de textos definitivos.

Un teatro poético

Se ha dicho que el teatro de Kazantzakis es esencialmente poético, expresión que aceptamos en su mejor sentido, en cuanto toda la obra del artista cretense es poesía: exclama uno de sus traductores y estudiosos¹⁷, y agrega: “Una intensa poesía fluye de ese sentido divino que impregna toda la obra”.¹⁸.

Discutible resulta, en cambio, la calificación de “poéticas” en cuanto se la pretenda asimilar a una presunta falta de cualidades dramáticas de las tragedias kazantzakianas. Esta posición ha sido sustentada por la escritora y destacada crítica Alkis Thrilos (Heleni Uranis) en un extenso estudio. Thrilos desarrolla una serie de argumentos a favor de su tesis y propone para las piezas de

¹⁷ N. Athanassiou, op.cit., pp. 7 y 11.

¹⁸ “Un grand poème: así se podría con una palabra calificar toda la producción dramática de Kazantzakis”: voilà comment en pourrait en un mot qualifier toute la production théâtrale de Nikos Kazantzakis”. “Une intense poésie découle de ce sens du divin qui imprègne toute l’oeuvre”

Kazantzakis el título de “poemas en forma de diálogo”¹⁹. Tal fórmula no deja de recordar la aplicada al teatro de Chejov a raíz del fracaso de *La gaviota*, en 1896: “lirismo que se ha convertido por casualidad en forma dramática”.

Para el escritor cretense, el teatro constituía una de las formas más altas de expresión artística. Aunque no lo afirmara explícitamente, coincidió al menos en su actitud práctica con el juicio de Claudel, en el sentido de que “el drama supera a la novela y es una de las mejores formas en que puede expresarse un escritor”. Recordemos que –aparte de una trilogía comenzada en sus años de estudiante y nunca terminada y de obras que poseen más carácter de meditación o confesión, como *Toda Raba* y *El jardín de rocas-*, la producción novelística de Kazantzakis es posterior al grueso de su creación dramática y fue escrita en la vejez. Y en el plano de la escena, excepción hecha de *Vuelve Otelo*, nuestro autor se limita a la tragedia, haciendo también suyo, de hecho, el planteamiento de Sartre: “El verdadero campo de batalla del teatro es el de la tragedia, el drama que incluye un mito genuino”.

Pensamos que el teatro de Kazantzakis es poesía, como es poesía en el fondo toda la vasta producción del artista cretense. En realidad, en sus obras dramáticas todo contribuye a ubicar al lector o al espectador en un plano de elevación poética nunca decaída: la naturaleza misma del asunto; el tratamiento de éste; la forma, lograda por lo

¹⁹ *Nea Hestía* (Navidad 1959), pp. 210 y ss. El estudio, interesante en muchos aspectos, incluye dos anexos con motivos musicales de *El primer maestro* y de *Constantino Paleólogo*.

general después de varias redacciones completas y múltiples revisiones. Pero no es posible contraponer la calidad poética al dramatismo. En casi todas las obras teatrales de Kazantzakis se respira un aire auténticamente dramático. En la mayor parte de ellas, se da una contradicción –en esencia trágica- entre el impulso interior, grande, generoso, heroico, del personaje y una realidad exterior que pugna por quebrarlo. Los héroes de la mayoría de las tragedias kazantzakianas luchan en vano; consumen su vida en una perdida batalla, a la que los impulsa un fuego interior inapagable: Prometeo, Cristo, Julián, Constantino Paleólogo, Kapodistrias. Otros, como Cristóbal Colón, alcanzan al fin el objetivo buscado con pasión tenaz; pero junto a él deben aceptar el martirio, el triunfo de la injusticia, y asumir todas las consecuencias que trae la materialización de la “gran idea” que los empuja a actuar.

Las expresiones de la *Ascética* podrían ser repetidas por no pocos de los personajes de Kazantzakis: “Vencer también la última, la más grande tentación, la Esperanza. Luchamos porque nos gusta; cantamos aunque no exista oído humano que nos escuche. Trabajamos, aunque no haya un patrón que, al atardecer, nos pague un salario... ¿Dónde vamos? ¿Venceremos alguna vez? ¿Para qué todo este batallar? ¡No preguntes: combate! La esencia de nuestro Dios es el combate”²⁰.

²⁰ *Ascética*, pp. 19 y 68. Acerca de esta obra, puede verse “Sobre la Ασκητική de Kazantzakis”, de Ana Martínez Arancón en el volumen *Tras las huellas de Kazantzakis*.

Es verdad que hay poca acción en el teatro kazantzakiano. Más no es posible confundir acción y dramaticidad. En Kazantzakis, ésta proviene de una contradicción insoluble. La única salida, el único desenlace – ya que solución no existe- es el sacrificio heroico. Es lo que sucede, por ejemplo, en Constantino Paleólogo, Julián y Cristóbal Colón.

“Más allá del despliegue de la trama y de sus artificios exteriores –escribe Guy Sabatier-, más allá del interés de las sucesivas situaciones, la fuerza del teatro de Kazantzakis aparece en la densidad de los personajes, en sus pasiones y sus contradicciones, en el choque de las ideas que ellos encarnan, no como abstracciones, sino como valores profundos entre los cuales se juzga la suerte del mundo”²¹. Este autor califica de “barroco” y mediterráneo el rito dramático de Kazantzakis, afirmando que éste se cumple gracias a una eficacia simbólica: “Las palabras del héroe mítico se imponen por la magia de su evocación; ellas devienen actos y transportan a los otros personajes –así como también a los espectadores- a una realidad diferente a la vez de la Historia y de la Escena. Sobrepasando el marco de la representación, sus palabras poseen la potencia onírica de los mensajes sagrados o de las utopías. En efecto, un soplo poético arrastra todo y las imágenes turbulentas son nutridas por un verbo revolucionario que brota como

Alkis Thrilos (Heleni Uranis) en un extenso estudio. Thrilos), p. 28.

expresión pura de una filosofía que privilegia el choque de ideas”²².

Una mirada a algunas tragedias kazantzakianas ilustraría las afirmaciones contenidas en los párrafos anteriores. En otro trabajo lo hacemos respecto de *Odiseo*, *Kapodistriás*, *Julián* y *Nicéforo Focás*. Aquí entregaremos algunas líneas sobre Constantino Paleólogo. El asunto de esta tragedia se relaciona con el momento más crucial en la historia del neohelenismo: el derrumbe final de Constantinopla, que abrirá paso a cuatro siglos de esclavitud, llenos de las más terribles penalidades. Colocado en una situación histórica que podríamos calificar de apocalíptica, Constantino sólo ve un camino consecuente con la “gran idea” a la que ha entregado su vida, y ese camino es enfrentar la muerte.

Constantino Paleólogo

Es ésta una de las tragedias más representativas de Kazantzakis. El último emperador de Bizancio recibió sobre sus sienes una corona “no de oro ni de piedras preciosas, sino de espinas”, cuando en 1449 fue llamado desde Mistrás para ocupar el trono imperial. Ha visto retroceder a su pueblo en todos los campos de batalla e ir cayendo esclavizado, a medida que los territorios bizantinos reciben sobre ellos el yugo otomano. Como príncipe, cómo “déspota” de Mistrás, se ha esforzado por preservar ese

²² *Ibíd.*, p. 30.

último territorio para Constantinopla. Ésta, la Ciudad Reina, “la alegría y esperanza de todos los helenos”, aún permanece en pie y combate. Pero está carcomida por dentro por las luchas intestinas. Los nobles, parte del pueblo y hasta la misma Virgen, tantas veces antes salvadora de la Ciudad, parecen haber abandonado al emperador. Tiemblan los muros de la Polis²³ encomendada a sus manos. La estirpe griega y su azarosa historia parecen haber llegado al borde del abismo definitivo.

En medio de la desesperación, de la confusión, de la corrupción y de las traiciones, Constantino alza su espíritu indomable. Puede salvarse y evitar la destrucción de la Ciudad y hasta salir de ella llevando riquezas. Le bastaría aceptar los ofrecimientos de Mahomet, el joven sultán turco, y entregarla. Pero él no ha de elegir tal camino de deshonra. Más que su propio destino trágico, una especie de sublime obsesión lo devora:

“Con libre voluntad, tomé sobre mis hombros la Cruz de mi estirpe.

“Y soy crucificado y marchó hacia la muerte con ojos bien abiertos.

“Un instante he podido vacilar –cuerpo soy y sufro-, mas luego yérgome y con plena libertad sigo mi destino:

²³ Polis: la Ciudad por excelencia, denominación que hasta hoy dan los griegos a Constantinopla.

“Sin esperanzas luchar heroicamente...”²⁴

La grandeza de alma de Constantino se destaca nítida en los actos segundo y tercero. El primero prepara el fondo donde vive y actúa en su última hora el basileo, al presentar un impresionante cuadro del horror y la confusión imperantes en Constantinopla la noche anterior a la caída. Mientras las campanas de Santa Sofía –cuya imponente vista sirve de marco a la escena- doblan a duelo y se escucha el himno bizantino “Señor, salva a tu pueblo”, vamos conociendo a los personajes del drama. El pueblo, hambreado y azuzado contra un presunto entendimiento del emperador con los occidentales, implora y exige la paz. Circulan rumores sobre vaticinios horribles enviados por Dios en forma directa, ante la “traición” del basileo, que ha entregado la fe ortodoxa y ha pactado con el Papa. Las mujeres sollozan y claman con desesperación por un acuerdo con los mahometanos. Los nobles no abandonan sus mezquinas rencillas y obstaculizan la posible ayuda desde Occidente. Un piróbata, enloquecido, detiene a los que pasan y aterroriza al pueblo, repitiendo con salvaje frenesí la predicción de tres arcángeles negros que divisa en su delirio. Es la catástrofe apocalíptica que se abate, fatal e inexorable, sobre la Ciudad sitiada.

Cuando el enviado de Mahomet entrega a Constantino la última proposición de paz, todas las voces

²⁴ *Teatro*, Ed. Difros, Atenas, 1965, vol. II, p. 511.

piden un entendimiento. El mensaje ofrece al emperador un trono en la dulce y culta Mistrás, que él dejara allá en el Peloponeso cuatro años atrás²⁵, cuando vino a tomar la Cruz de la Polis. Pero el rey no cede a la presión y se prepara para el sacrificio final. Sólo un momento de alegría le es reservado en las horas de agonía de la Ciudad: el recibir a cuarenta cretenses que vienen desde su isla a combatir, a sabiendas de que no existe ya esperanza alguna.

La catástrofe se aproxima. Constantino ha de morir luchando solo, sin que haya siquiera un cristiano para tomar su cabeza y evitar su profanación por los infieles, mientras los otomanos irrumpen en oleadas incontenibles por las calles de la Polis. Y antes de marchar a la puerta de San Romano, entrevé quizás la permanencia de su sacrificio: “Ahora quedamos solos los dos, alma mía. Dentro de nosotros, la Ciudad ya ha caído. La Virgen que hasta ahora la sostenía sobre el abismo, la deja de su mano; y casas, iglesias y palacios al Hades precipítanse. Mas tú, alma mía, tú no te derrumbas; pues palacio no eres ni templo, sino un ave gigante que te remontas por sobre la devastación sin destruirte”.

Las luchas de Julián, Nicéforo Focás y Kapodistrias, a las que aludimos en las introducciones a la traducción de las respectivas tragedias, poseen, como la de Constantino

²⁵ Al subir al trono de Bizancio, en 1449, Constantino dejó el Principado de Mistrás, en Morea, Peloponeso, estado griego, donde el espíritu y la conciencia griegas conocieron un fecundo florecimiento, que fue interrumpido violentamente por la conquista otomana. Allí vivió y actuó el filósofo Ghemistós (Plethón), quien representa, como Constantino, la naciente conciencia neogriega.

Paleólogo, aunque en épocas y condiciones distintas, el signo de la desesperanza, de la imposibilidad de resolver un conflicto trágico, salvo a través del auto sacrificio conscientemente aceptado²⁶.

El Maestro primero

El auto sacrificio aparece no sólo en la última pieza dramática de Kazantzakis, *Constantino Paleólogo*, y en las que tienen por protagonistas a Julián el Apóstata, a Nicéforo Focás y a Kapodistrias. Aparece ya en uno de los primeros dramas del autor, y el primero en ser representado: *El Maestro Primero* (1908). Esta obra toma el tema de un poema popular, que acoge una tradición común a varios pueblos balcánicos. Nos referimos a la *Canción del puente del río Arta*. En síntesis, el poema cuenta la historia de un maestro que está construyendo un puente sobre el río Arta. Pero en la noche se deshace lo que ha levantado en el día. El espíritu del río pide un sacrificio humano: que se sepulte una persona en los cimientos. Así se afirmará el puente. La persona indicada es la esposa del maestro. Éste, desesperado trata de evitar la muerte de la mujer y le envía con un pajarillo recado de que no venga a traerle el almuerzo. El pajarillo da el mensaje al revés. Y aparece la esposa alegre y feliz. Pero al ver el rostro descompuesto de su marido, pregunta qué le pasa. Le responden los operarios que se le

²⁶ Véase el tomo N. Kazantzakis, *Teatro*, Introducción, traducción y notas M. Castillo Didier, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, Santiago, 1978.

ha caído el anillo a la obra. Ella se ofrece para bajar a traerlo. Baja y todos aprovechan para dejar caer argamasa encima de ella. Muere enterrada viva. La mujer alcanza a lamentarse de su fatal destino y su voz se escucha arriba.

Este poema plantea una situación trágica. El maestro repentinamente ve venir la fatalidad. Lo mismo le pasa a su esposa. Ninguno de los dos tiene culpa alguna.

Kazantzakis altera muchos elementos de esta tradición. Sitúa la escena en una época no bien determinada. Un maestro constructor que ha levantado otros puentes, es contratado por el Señor del pueblo. Surge un amor secreto entre el maestro y Smaragda, la hija del Señor. El puente queda muy hermoso y el Señor le ofrece lo que quiera al maestro. Éste va a pedir la mano de Smaragda. El día en que se va a inaugurar la obra, la Madre, una anciana que vive en el río y lo representa, dice que el puente se derrumbará a menos que el culpable de un gran delito muera en los cimientos. El Señor amenaza al maestro y a los aldeanos y exige que el culpable se presente o sea delatado. De otro modo, el maestro debe morir. La tensión es muy grande, pues la exigencia del río debe ser satisfecha antes que caiga la noche. El maestro nada dice. Y Smaragda, la hija del Señor, se delata a sí misma y defiende apasionadamente su amor. El horror del Señor es indescriptible. Las mujeres del pueblo recriminan cruelmente a Smaragda. Se acerca la hora y el sacrificio debe cumplirse. La acción termina con el emparedamiento de la joven. El puente, que había comenzado ya a estremecerse se afirma. El maestro y sus

hombres se retiran tranquilamente a acometer otras obras en otros lugares.

La obra plantea sin duda el problema de la culpa. Recuerda en varios sentidos a la tragedia de Edipo. Como éste, Smaragda hace frente a un castigo injusto. Con respecto al Señor del pueblo, el proceso de develación de la verdad recuerda igualmente la situación de Edipo (en la tragedia de Sófocles) porque no puede ver la verdad, aunque está a su lado. El desencadenamiento de la fatalidad sobre Smaragda, cuando menos podía esperarla, recuerda algunos de los textos en que Kavafis reflexiona poéticamente sobre la fatalidad y la amenaza oculta: el día en que la obra de su amado sería triunfalmente inaugurada y cuando ella sería pedida en matrimonio, llega la muerte, injusta y cruel. Pero afronta con entereza el sacrificio y hace frente a la feroz censura del pueblo y de su padre, quien reniega de ella. Y el maestro, que en el poema popular aparece como víctima de la fatalidad al igual que su mujer, en la obra de Kazantzakis es presentado como un personaje brutal que es capaz de permitir el sacrificio de quien le entregó su amor²⁷.

Helenismo y universalidad

²⁷ Sobre esta obra, puede verse el excelente estudio de Olga Omatos “Ο Πρωτομάστορας, la primera tragedia de Kazantzakis”, en *Byzantion Nea Hellás* 28-2009; y la sección correspondiente del estudio “El teatro de Kazantzakis”, en el volumen R. Quiroz Pizarro y M. Castillo Didier: *Destino y fatalidad en dos dramas juveniles de Kazantzakis*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 2012, tomo en el que se incluye la traducción de la obra.

“Primero soy cretense, después griego”. Esta afirmación de Kazantzakis podría complementarse más o menos así: “Y en todo caso, un hombre del atormentado siglo XX”. Sin duda, la raíz cretense explica algunos rasgos de la personalidad del escritor que más atraen a quienes no conocen el apasionante y complejo mundo del neohelenismo. Pero dicha raíz se enlaza perfectamente con otras venas del espíritu neogriego y con la universalidad de su voz. Ésta ha hecho que con su palabra, así como con la de Kavafis, Seferis, Ritsos, Elytis y Vretakos, los grandes valores del alma griega moderna hayan conquistado al mundo. Y el artista ha permanecido fiel a sus raíces. Aprovecha la milenaria tradición helénica, la mitología, la historia y la literatura antigua y medieval.

Teseo, Melisa, Odiseo, Prometeo, se sitúan en el mundo antiguo; *Julián, Nicéforo Focás, Constantino Paleólogo y Cristo* en el ambiente bizantino; *El Maestro primero* nos lleva al ambiente de la leyenda y la poesía populares griegas; *Kapodistriás* recoge el drama del primer Gobernante del naciente Estado neogriego, cuando aún no termina la heroica y sangrienta Revolución de la Independencia. La Grecia de la luz inmarcesible y de las sombras aciagas; es la Hélade de las grandezas sobrehumanas y las pequeñeces de los seres terrenales; es historia y vida plenas de heroísmos, sacrificios sublimes, sufrimientos sin número, y también caídas e injusticias; es una tradición fecunda, cuya vida jamás dejó de palpitar. Es la Hélade que no murió con la Antigüedad, sino que continuó viviendo y creando nuevos tesoros espirituales en el complejo mundo bizantino y luego

en su etapa moderna. Tal es la fuente fundamental del teatro y de toda la obra de Kazantzakis.

Pero este griego, que vivió como pocos el sentido más genuino del helenismo y en especial del neohelenismo, vivió también intensamente las inquietudes del hombre contemporáneo. Su *Odisea*, monumento oceánico de la lengua, la expresión y la mitología popular neogriegas, se yergue como una de las obras literarias más universales de nuestro siglo. Y gran parte del teatro kazantzakiano habla al hombre de hoy. El escritor cretense recrea el mito, la historia o la leyenda, escogiendo un momento “trágico en sí” y un personaje que, con la grandeza de su sacrificio, parece levantar al género humano de su pequeñez y su carácter efímero. Y así, el teatro de este griego, siempre desasosegado e insaciable, es leído y representado más allá de los juicios encontrados que su “dramaticidad” pueda merecer.

Las explicaciones de esta acogida pueden ser diversas. Se ha dicho que los hombres, pese a todo, siguen sedientos de poesía, y en la escena de Kazantzakis la encuentran. Nikos Athanassiou se refiere así a este punto: “A l’ heure des remises en cause, des efforts contradictoires et désordonnés quoique tous valables, à l’heure où l’ on fabrique des pales idoles à défaut des vrais héros, où la jeunesse internationale s’insurge enfin contre une humanité “dénaturée” que domine l’injustice légalisée, le théâtre de Nikos Kazantzakis nous est indispensable. C’est un théâtre débordant de passion, de messages tragique, de caractère. Il tranche des situations, formule des opinions, ouvre des horizons. Il surtend les ames et donne au desespoir del

dimensions de la vertu. La transposition de l'Histoire en des tableaux grandioses crée une exaltation qui parcourt l'obstination, l'extase, la folie, sans que se relache la densité dramatique. Les idées jaillissent, les symboles s'incarnent, le cri pour la vie et pour la mort est universel²⁸.

Pese a la forma tan negativa con que algunos personajes kazantzakianos, como *Julián, Constantino Paleólogo y Kapodistriás*²⁹, se expresan de los hombres; pese a la descarnada crudeza con que se ponen de relieve debilidades y bajezas humanas, en el fondo, el teatro de Kazantzakis destila amor, y "contemplándolo" como conjunto, bien podríamos recordar la expresión de Barrault: "Le théâtre est amour. Amour de l'homme et de tout ce qui, dans la nature, s'humanise »³⁰.

El lenguaje dramático

Nos hemos referido ya al núcleo dramático de gran parte de las obras de teatro de Kazantzakis, señalando que se da en ellas una contradicción esencialmente trágica entre el impulso interior, grande, generoso, heroico, del personaje

²⁸ N. Athanassiou, *op. cit.*, p.15.

²⁹ Alkis Thrilos destaca declaraciones de personajes de Kazantzakis, como las de Kapodistriás quien, adorando a Grecia, ha llegado a aborrecer a los griegos o las de Constantino Paleólogo, quien entregó su vida por el helenismo y la humanidad, pero que había llegado a odiar a los hombres. A. Thrilos, *op. cit.*, pp. 213 y 224.

³⁰ Jean Louis Barrault, *Paul Claudel et Christophe Colomb*, Présentation des Cahiers de la Compagnie Renaud Barrault, N° 1, Ed. René Julliard, Paris, 1953, p.4.

y la realidad exterior; entre lo sublime de una lucha y el resultado impuesto por el mundo real. El lenguaje mismo, la forma toda, parece estar colocada al servicio del asir tal contradicción a través de la palabra.

Como se ha hecho notar, los hallazgos escénicos no parecen haber preocupado mayormente al escritor. Admirador ferviente de los trágicos clásicos griegos y de Shakespeare, a ellos suele recordar la dramaticidad de sus piezas más logradas, aunque siempre puede captarse la tendencia del artista cretense a servir principalmente una idea, a subordinar todos sus recursos a una voluntad de poner de relieve un pensamiento, intenso y elevado y no pocas veces obsesivo.

Como lo destaca Athanassiou, y como tratamos de reflejarlo en nuestras versiones, el procedimiento preferido de Kazantzakis es una especie de disertación dramática, a través de la cual se expone y desenvuelve el pensamiento del personaje. Da la impresión de que el escritor no se ha trazado un cuadro cuidadosamente elaborado, sino que se ha empapado de la calidad trágica de su personaje; se ha enfervorizado con algunas ideas en cierto modo obsesivas de éste – positivas o negativas, buenas o malas, justas o equivocadas, pero siempre grandes -. Michel Monory destaca el parentesco de la disertación dramática con el grito espontáneo: “La obra de Kazantzakis se adapta a esta arte poética: desde el aforismo hasta el mito, desde la tragedia hasta el relato de viajes, busca la palabra que está más cerca

del grito y deja hablar a su imaginación”³¹. Y Panayotópulos pone acento en la conciencia y la búsqueda de la grandeza: “Quisiera destacar que Kazantzakis, más que ningún otro escritor, trajo a nuestras letras la conciencia de la grandeza”. El verbo es el arma de esa grandeza. “Todo el arte de Kazantzakis reside en esas largas frases que pueden alcanzar hasta el sortilegio; en que las expresiones comunes se iluminan con el sentido primordial; en que la emoción, la cólera, la violencia, se entremezclan sin interrupción; en que la angustia se libera a través de la cólera y la blasfemia”. Como lo anota Sabatier, “la cadena objetiva de los hechos no parece sino un pretexto para la puesta en escena de la tragedia espiritual vivida intensamente por su héroe”³².

La representación del teatro de Kazantzakis

Pese a la relativa falta de utilización de los recursos específicos del teatro o de su mención en ella, la obra dramática de Kazantzakis no ha tenido un destino desafortunado, aunque en mayor medida fuera de Grecia que dentro de ella. En su patria, las piezas más favorecidas han sido *El primer maestro*, *Constantino Paleólogo*, *Melisa*, *Kapodistriás* y *Cristóbal Colón*. En el exterior, son numerosas las representaciones de tragedias kazantzakianas, especialmente en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia y otros países. En el mundo de lengua

³¹ Michel Monory, “Kazantzakis y las imágenes del fuego”, rev. *Nea Hestia* (Septiembre 1971), p. 179.

³² G. Sabatier, *op.cit.*, p.26.

española, nuestra versión de *Cristóbal Colón* ha tenido afortunadas y, según las noticias que poseemos, excelentes puestas en escena, en Argentina, en México, en Venezuela y en España.

Durante los primeros años de su vida literaria, la preocupación del escritor por la escenificación de sus piezas fue clara. Con posterioridad, durante los largos años de elaboración de la *Odisea*, Kazantzakis pareció descuidar el aspecto “práctico” de su creación dramática, para retomar cierto interés al final de esa etapa, como lo muestra este pasaje, tomado de una carta escrita en octubre de 1938: “Espero ver qué pasa con *Melisa*. La pieza de teatro es algo completamente distinto del poema. Puedo escribir poemas sin que sean publicados y sin que nadie los lea. Mientras que la obra dramática es como la encarnación del pensamiento, tal como se realiza en el Tíbet. Es un organismo autónomo que se desliga de uno y que anhela subir a la escena. Si no sube, la potencia creadora de uno se aniquila; uno no puede “engendrar” más”³³.

¿Son representables las tragedias kazantzakianas? Esta pregunta ha sido formulada más de una vez. La práctica ha entregado una respuesta positiva. Ha demostrado que el “teatro poético” de Kazantzakis es teatro. Es más, la escasez o ausencia de indicaciones relativas a la puesta en escena puede constituir una ventaja para el buen director que llegue a compenetrarse del aliento grandioso que anima a las piezas principales. Sin duda, un buen

³³ H. N. Kazantzaki, op.cit., p. 368.

resultado exige ante todo amor por este teatro y fe en la palabra o mensaje de la tragedia. El resto será imaginación, audacia, elección cuidadosa de recursos y medios.

El tipo mismo de técnica teatral puede ser variado. No sólo es viable la opción del “teatro trágico”. En Grecia, es éste el camino que se ha seguido con espléndido resultado. Pero no están en absoluto excluidas las opciones del “teatro heroico” y del “teatro de cámara”. En este último caso, justamente la escasez de acción puede permitir al director centrarse en el dúo central, casi estático, en el que el pensamiento se destaca como lo esencial. El “teatro-laboratorio” puede también tener un campo en acaso no pocas piezas de Kazantzakis. Si el realizador ha captado el logos kazantzakiano y se ha enamorado de él, con cualquier técnica y a través de cualesquiera recursos, sabrá hacer aflorar la magia de aquél y comunicar al espectador ese hálito de grandeza poética y trágica que anima las mejores obras del artista cretense, esa chispa de “la llama que devora al hombre”.

Guy Sabatier ha sugerido algunas líneas que deberían guiar la puesta en escena de *Cristóbal Colón*. Esta velará “por subrayar los ritmos internos, propios del lenguaje dramático del autor, guardándose bien de agregarles artificios. Deberá tender a la mayor sobriedad posible para que pueda difundirse el estado de gracia y para que, entre realismo y simbolismo, la mística barroca de la obra llene el teatro, haciendo oír su música divina a través de la voz y el cuerpo

de los actores”³⁴. Formula, asimismo, otras recomendaciones: “Estilización del vestuario, estilización del decorado y del mobiliario (con objetos religiosos simplemente sugeridos por la representación misma y con la ayuda de cirios encendidos). Todo debe contribuir a la pureza de expresión que brota de la interioridad. Un fresco pintado simbolizará el océano en tempestad en el acto IV... La música destacará al final la presencia obsesionante del océano, como presagio del destino, como voz de Dios...”

Como anotamos más arriba, *Cristóbal Colón* sería la única obra dramática de Kazantzakis, y la única neogriega, que se ha representado en español. En Argentina se montó la obra en tres temporadas, la primera en 1966. La crítica argentina destacó la fuerza dramática y la calidad poética del texto kazantzakiano. Uno de los comentaristas expresaba: “En materia estrictamente teatral podrá imputársele falta de acción externa. Pero a ésta hay que buscarla en el interior, en el pensamiento. Insuflada de un gran hálito poético, conceptualmente ciclópea, *Cristóbal Colón* es, no obstante, la obra de un literato y de un pensador antes que la de un dramaturgo”. Otro crítico escribía: “*Cristóbal Colón* plantea un verdadero desafío al director y al espectador teatral. Aquí la acción verifica mediante un contrapunto poético que va perfilando la grandeza o la mediocridad de los caracteres, la idea de que cada personaje tiene su destino. Kazantzakis demuestra que su talento y su destreza bastan para afrontar un relato que carece de

³⁴ G. Sabatier, *op.cit.*, p.31.

enigmas, porque sus interrogantes ya han sido descifrados en gran parte por la historia. Lograr con tal limitación de recursos que el interés del público se mantenga en tensión constante, exige un acabado dominio del género dramático. Y exige también un público sensible a los sutiles valores de la poesía”³⁵.

Además del montaje en Argentina, la tragedia se ha representado en México, Venezuela y España.

Y antes de la primera representación, el escritor y crítico chileno Hernán del Solar aludía a las posibilidades de que *Cristóbal Colón* fuera representado: “Obra hermosísima, de segura permanencia poética y de un destino teatral que deseamos ancho, firme, sin que trate de obstruirlo el parecer crítico de que es un “poema en forma de diálogo”. La sostenida emoción que acompaña a la lectura aparecerá ante el escenario indudablemente, si alguna vez tiene el lector la propicia suerte de ver representada la obra”³⁶.

El Descubridor

La voluntad tenaz de autosacrificio en pro de una “gran idea”, una gran causa, constituye la médula de la tragedia de Kazantzakis dedicada a Cristóbal Colón.

Olga Omatos se refiere a las características del Descubridor que lo hacían atrayente para Kazantzakis:

³⁵ Skylos, “Cristóbal Colón. Un personaje alucinante aunque presentido”, diario *Clarín* de Buenos Aires (23.III.1967).

³⁶ Hernán del Solar, “Nikos Kazantzakis: *Cristóbal Colón*”, diario *El Mercurio* de Santiago (20.XI.1966), p. 5.

“El personaje de Cristóbal Colón reúne, en nuestra opinión, dos características atractivas para el autor, que quizás pudieron empujarlo a elegirlo como protagonista de una tragedia. En primer lugar, se trata de un hombre de mar, como Odiseo, uno de los faros en la vida de Kazantzakis, según él mismo confiesa en diversas ocasiones. Hay, por otro lado, un aspecto de la figura histórica que posee una atracción especial para aquél: Colón es el hombre que, firmemente confiado en una idea que parecía una locura, sale contra viento y marea a una aventura descabellada. El hombre que desafía toda prudencia y atraviesa las columnas de Hércules lanzándose al abismo a la conquista de una ruta desconocida. Añadamos a estos otros ingredientes: Colón va al frente de una empresa mesiánica presidida por el signo de la Cruz y tiene un final trágico, abandonado de todos y aherrojado en prisión. Esa doble vertiente de marino y de hombre visionario que, “borracho de estrellas”, en una expresión castellana muy del gusto del autor, rompe los límites de la tierra conocida guiado por la fuerza de su alma, es lo que pudo empujar a Nikos Kazantzakis a la elección del personaje”³⁷.

Sin duda, el tema de Colón toca de cerca a todo hispanoamericano.

Para el latinoamericano común, la figura del descubridor del Nuevo Mundo se presenta rodeada de un nimbo trágico. Por lo general, en las mismas tierras que

³⁷ O. Omatos: “Cristóbal Colón, un héroe trágico”. En el volumen *Tras las huellas de Kazantzakis*, p. 169.

descubrió no se sabe mucho de su vida. Se poseen noticias más o menos vagas acerca de sus esfuerzos por hacer realidad su temerario proyecto de navegación y sobre la adversidad que el destino reservó a Colón después de su hazaña. Hasta el mismo olvido de los poetas –quienes en América, con muy escasas excepciones, ignoraron al Descubridor- contribuye a hacer menos conocida su personalidad. Hablando objetivamente, por otra parte, un nimbo de misterio –que no aclaran las obras de Oviedo, López de Gomara y Pedro Mártir ni el poema de Juan de Castellanos- circunda la figura del Almirante. “Un enigma extraño, un verdadero equívoco flota desde antaño en torno a la figura de Colón. Todo está en tela de juicio: el carácter, la obra, el desarrollo, el curso de su vida y su patria...”³⁸.

No es éste el lugar para intentar un esbozo biográfico de Colón. Pero nos interesa ubicar brevemente al lector en la época del Descubrimiento y bosquejar la imagen –verdadera o falsa, pero viva y palpitante- que nos proporcionan los escritos del Almirante y la biografía atribuida a su hijo Fernando. En aquéllos, “no sólo se aprecia la espontánea elocuencia de un alma inculta, a quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándolas por el poder de la emoción a alturas superiores a toda retórica; sino que aparece el hombre entero, con su mezcla de soberbia y debilidad, de amargura desalentadora y sobrenatural esperanza; con el presentimiento grandioso de su misión histórica; con la iluminación súbita de su gloria; con el temor religioso que lo

³⁸ J. Waasserman, *Cristóbal Colón El Quijote del Océano*, p. 6.

penetra y embarga al ver descornado y patente el misterio de los mares; con sus fantasías proféticas, en que el oro de Partia y la conquista de Jerusalén, las perlas y especierías del Levante y la conversión del Gran Kan de Tartaria forman tan abigarrado conjunto”.

El descubrimiento de América se produjo en una época de la historia humana que, con mayor justeza que muchas otras, merece el calificativo de crucial. La ampliación del horizonte geográfico de la humanidad coincide con un ensanchamiento de los límites de la vida económico-social y de las fronteras del espíritu humano. “A la sazón, Europa vivía en el punto divisorio entre dos épocas, la medieval y la moderna. Ansiaba proyectarse más allá de sus límites, convulsionada por el desarrollo de nuevas formas productivas, por el proceso de aparición de una nueva clase, la burguesía comercial, vitalmente interesada en la empresa conquistadora”³⁹.

El descubrimiento de nuevas tierras y riquezas se volvía una necesidad en una época en que se tornaba posible romper las fronteras físicas del mundo. La caída de Constantinopla cierra el paso al Oriente. La crisis de las rígidas concepciones medievales trae un florecer de las especulaciones en torno a la forma de la tierra, al vencimiento de presuntas barreras geográficas, a la posibilidad de hallar nuevas tierras viajando al Occidente. Leyendas sobre viajes inauditos, sobre tierras maravillosas, sobre mapas misteriosos, exaltan la imaginación de los

³⁹ V. Teitelboim, *El amanecer del capitalismo y la conquista de América*, p. 9.

marinos. La brújula abre a los navegantes la posibilidad de abandonar el estricto apego de las costas. Se ha dicho certeramente que sobre Europa flotaba como un presentimiento de nuevos mundos.

Pero junto a la audacia de miras o imaginación de quienes soñaban con nuevas rutas y con tierras de donde fluirían el oro y las especias, se daban también la cerrada posición de lo que, con la mente aún oscurecida por el dogma y la ignorancia, no podían sino clamar escandalizados por la impiedad atrevida que pretendía negar verdades evidentes. La comisión nombrada por los Reyes Católicos para estudiar la posibilidad de que se realizaran los proyectos de Colón, razona, al oponerse a ellos, no sólo con la Biblia – que proporciona nutrida argumentación -, sino también con el sentido común. “¿Hay alguien tan desatinado que crea en la existencia de los antípodas, hombres que están con sus pies contra los nuestros y caminan con las piernas hacia arriba y la cabeza colgando?; ¿Que existe un lugar de la tierra donde invertido el orden de las cosas, los árboles crecen hacia abajo, y llueve, graniza y nieva hacia arriba? El disparate de que la tierra es redonda es el origen de la absurda fábula de los antípodas, que se mantienen con los pies en el aire; y semejantes personas van de desatino en desatino, derivando del error inicial otros nuevos”⁴⁰.

El afán de viajes y descubrimientos hace plantear los mil interrogantes que despierta el conocimiento del mundo:

⁴⁰ Cit. por V. Teitelboim, op. cit., p. 73.

“¿Era toda la tierra habitable? ¿Hervían los mares del sur? ¿Había hombres de un solo ojo, de un solo pie, con rabo? ¿Dónde estaba la isla gobernada por mujeres? ¿Qué parte de la tierra está cubierta de agua? ¿Qué parte seca? ¿A qué distancia de las costas occidentales de Europa se hallan las orientales de Asia?”⁴¹.

En tal época y ambiente de navegantes y aventureros, de buscadores de oro y especias, aparece la figura de Colón, navegante también, aventurero y buscador de oro, y, mucho más que esto, el hombre que emprenderá y llevará a término una de las hazañas más maravillosas que ha contemplado la historia: el hombre que, con voluntad indomable, hollará y dominará el Mare Tenebrosus y encontrará un mundo nuevo en sus confines.

La conciencia de una misión sobrenatural aflora en las palabras del Almirante y en la de su biógrafo, quien no se preocupa por lo incierto del lugar de origen y de la estirpe de aquél y no se esfuerza por demostrar la presunta raíz ilustre del abuelo colombino: “Pero yo me excusé de estos afanes, creyendo que el Almirante fue elegido por Nuestro Señor para una cosa tan grande como la que hizo; y porque había de ser verdadero Apóstol, como lo fue en efecto, quiso que en este caso imitase a los otros, a los cuales para publicar su Nombre eligió en las orillas del mar y no en los palacios y en las grandezas”⁴².

⁴¹ Salvador de Madariaga, *Vida del muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, p. 115.

⁴² Fernando Colón, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, p. 14.

No sólo la patria y la estirpe de Colón permanecen en el misterio. Éste también se liga a su nombre, cuya explicación simbólica –explicada posteriormente con variantes por diversos escritores – hallamos en las primeras páginas de la biografía: “Así como la mayor parte de sus cosas fueron obradas por un misterio, así en lo que toca a la variedad de semejante nombre y sobrenombre, no deja de haber algún misterio. Podríamos traer para ejemplo muchos nombres que fueron puestos como indicios de los efectos que habían de suceder por causas ocultas, como en lo que pertenece al Almirante, de quien fue pronosticada la maravilla y novedad de lo que hizo; porque si atendemos al sobrenombre común de sus ascendientes, diremos que verdaderamente fue Colombo, o paloma, en cuanto llevó la gracia del Espíritu Santo al nuevo mundo que descubrió [...]. Llevó, como la paloma de Noé, el ramo de olivo y el aceite del bautismo”⁴³.

Sobre su apasionada vocación de navegante nos informa el mismo Colón, con su lenguaje directo, con su ruda manera de aludir a su propia valía y especial destino: “Entré a navegar en el mar de muy tierna edad y lo he continuado hasta hoy, pues el mismo arte inclina a quien lo sigue a desear saber los secretos de este mundo [...]. Y siempre he hallado a Nuestro Señor muy propicio a este deseo mío, y se sirvió de darme espíritu de inteligencia, hízome entender mucho de la navegación; dióme a entender lo que bastaba de la astrología, geometría y aritmética; me

⁴³ *Ibíd.*, p. 13.

dio el ánimo ingenioso y las manos hábiles para pintar la esfera y las ciudades, montes, ríos, islas, y todos los puertos, con los sitios convenientes de ella [...]. Veintitrés años he andado por el mar, sin salir de él por tiempo que deba descontarse; vi todo el Levante y el Poniente y al Norte, Inglaterra..."⁴⁴.

Quizás lo que más atrae en la personalidad del Descubridor es la extraña mezcla que en ella se da de una profunda religiosidad, de honda raíz en la visión medieval del mundo y de una audaz inquietud de hombre moderno, que rechaza con energía, basándose en la experiencia, lo que se mira por dogma geográfico, aunque sin escatimar también en esto los argumentos bíblicos. Cree poder romper los límites del Occidente, pues los hechos le han demostrado que eran falsas otras presuntas fronteras: "Así en una Memoria que hizo, mostrando ser habitables todas las cinco regiones, probándolo con la experiencia de la navegación, dice: "En el año de 1477, por Febrero, navegué más allá de Thile, cien leguas [...]. Yo estuve en la fortaleza de San Jorge, de la mina del Rey de Portugal, que está debajo de la equinoccial, y soy buen testigo de que es inhabitable como dicen algunos""⁴⁵.

En Portugal, la tierra de los navegantes que quebraron las barreras del sur, alcanzando el extremo de África, concibe Colón el gran proyecto, y comienza su

⁴⁴ Cristóbal Colón, *Carta a los Reyes Católicos* (1501).

⁴⁵ F. Colón, op. cit., pp. 18-19.

peregrinar y argumentar sin descanso para llegar a realizarlo: “Estando en Portugal, empezó a conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaron tan lejos al Mediodía, podría navegarse la vuelta de Occidente, y hallar tierra en aquel viaje; y para confirmarse más en este dictamen, empezó de nuevo a ver los autores cosmógrafos, que había leído antes, y a considerar las razones astrológicas que podían corroborar su intento, y consiguientemente anotaba todos los indicios de que oía hablar a algunas personas y marineros, por si en alguna manera podría ayudarse de ellos”⁴⁶.

La gran idea toma caracteres de mandato; más aun, de privilegio divino. El navegante no vacila en presentarse como mensajero de Dios: “En este tiempo he visto y he estudiado en todos los libros de cosmografía, historia, filosofía y otras ciencias, de manera que Dios Nuestro Señor me abrió el entendimiento para que yo vaya de aquí a las Indias; y me puso gran voluntad en ejercitarlo. Lleno de este ardiente deseo, llegué a Vuestras Altezas [...]. La Santa Trinidad movió a Vuestras Altezas a esta empresa de las Indias, y por su infinita bondad hizo a mí mensajero de ello”⁴⁷.

Y cuando la increíble hazaña se realiza, después de años de apasionada lucha, a la obsesionante inquietud y expectación, sucede la exaltada maravilla: “En ella /San Salvador/ hay muchos puertos en la costa de la mar, sin

⁴⁶ *Ibíd.*, pp. 25-26.

⁴⁷ C. Colón: *Libro de las profecías*. En *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, p. 329.

comparación e otros que yo sepa en cristianos, y fartos ríos buenos y grandes, que es maravilla; las tierras de ellas son altas y en ellas hay muchas sierras y montañas altísimas [...], todas ferrosísimas y de mil fechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras, y altas, que parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la foja, según lo que puedo comprender, que los vi tan verdes y tan ferrosos como por Mayo en España. Dellos están floridos, dellos con frutos y dellos en otro término, según es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pájaros, de mil maneras, en el mes de Noviembre por allí donde yo andaba [...]. Esta otra Española [...] es para desear, e, vista, es para nunca dejar [...]. Güertas de árboles, los más hermosos que yo vi, y tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo [...] como en el Abril en el Andalucía, y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de papagayos que oscurecen el sol”⁴⁸.

Cuando se vislumbra ya la caída, en 1502, parafrasea los versos de Séneca, aplicándoselos a sí mismo, como profecía: “Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en lo cuales el mar océano aflojerá los atamentos de las cosas, y se abrirá una grande tierra, y un nuevo marinero, como aquél que fue guía de Jasón, que obe nombre Típhi,

⁴⁸ C. Colón : *Relación del primer viaje*. En *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, p. 40.

descubrirá nuevo mundo, y entonces no será la isla Tille la postrera de la tierra”⁴⁹.

Y cuando, caído de su increíble gloria, deshecho por la enfermedad y la injusticia, reclama sus derechos y reivindica la grandeza de su misión, mezcla realidad e imaginación, sueños y presuntas visiones, para impresionar a los lejanos monarcas; y escribe aquellas patéticas palabras que Claudel recoge con tanta oportunidad y certeza: “Que el Ciel me fasse misericorde et que la Terre pleure sur moi”⁵⁰.

Colón en la visión de Kazantzakis

En España, Kazantzakis se encuentra con la sombra de Colón. Gran “hispanófilo,” Kazantzakis aprendió tempranamente el español; se adentró en la literatura castellana, la que admiró profundamente. ; recorrió la Península varias veces y se apasionó con su geografía física y humana. Entre sus 21 *Cantos* a los guías de su espíritu, están los dedicados a Don Quijote, a Santa Teresa y al Greco⁵¹, escritos en la década de 1930. En 1931 publicó una *Antología de la poesía española contemporánea*. Más tarde, editará un tomo con las impresiones que le produjo el mundo español en sus tres primeras estadias en la

⁴⁹ C. Colón : *Libro de las profecías*. En *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, p. 342.

⁵⁰ Paul Claudel, *Le Livre de Christophe Colomb*, II Parte, Escena 6.

⁵¹ Traducciones nuestras de estos *Cantos* han sido publicadas en *Byzantion Nea Hellás* 26-2007.

Península, el que ha aparecido en nuestra lengua con el título de *España: dos rostros*⁵².

Quién haya examinado con alguna atención los escritos de Colón y la biografía atribuida a su hijo, comprobará que Kazantzakis aprovechó una gran cantidad de elementos históricos para su tragedia, mezclándolos, adecuándolos a sus propósitos, deformándolos. Sus conocimientos de español y su gran admiración por todo lo hispánico –que lo llevaron a traducir a cerca de cien poetas castellanos para su *Antología de la lírica española contemporánea*- lo indujeron a rastrear en los documentos originales la historia de la apasionante personalidad de Colón.

En el *Libro de viajes por España*⁵³, cuya primera parte fue publicada en Alejandría en 1927, leemos el siguiente pasaje, donde se insinúan algunos de los motivos que desarrollará veinte años después en la tragedia:

Más allá, en el muro, está pintado San Cristóbal. Atraviesa el río, llevando en sus hombros a Jesús Niño. Delante de la pintura hay un féretro de mármol, sostenido por cuatro reinas. Es la tumba de Cristóbal Colón. Y debajo, están grabadas en la piedra las tres carabelas del destino, que lo llevaron a descubrir el Nuevo Mundo: la Santa María, la Pinta y la Niña. Sólo algo falta –lo más importante- para completar la historia del gran hombre: las

⁵² N. Kazantzakis: *España: dos rostros*. Traducción Joaquín Maestre, Ediciones Júcar, Madrid 1985.

⁵³ Vertido al castellano como *España: dos rostros*, trad. J. Maestre, Ed. Lohlé, Buenos Aires, 1985.

*cadena con que lo ataron para hacerlo volver del mundo que descubrió a España. La amargura del trágico destino de Colón embarga mi espíritu. Sobre la proa de un barco, él se había embriagado de estrellas. Miraba hacia la lejanía, hacia el poniente, la mar desierta. Y se deshacía como el gusano que, henchido ya de seda, la saca de sus entrañas para tejer el capullo. De igual manera, pues, el Don Quijote del Océano extraía de su ser, día y noche, en silencio, y la creaba, la nueva tierra, carne de su carne. Hasta que un día el sueño cobró realidad y aparecieron las primeras avocillas, trayendo unas hierbas verdes*⁵⁴.

El motivo del nuevo mundo, creado en el pecho del hombre, había sido utilizado por Kazantzakis como elemento simbólico en su *Ascética*, cuya primera versión fue escrita en Alemania en 1923: “Un barco es nuestro ser y navega en profundas aguas celestes, ¿Cuál es nuestro objetivo? ¡Navegar! Porque el Atlántico es una catarata y la nueva tierra sólo existe en el corazón del hombre”⁵⁵.

En 1941, en los durísimos años de la Ocupación alemana, de nuevo Kazantzakis se ocupa de Colón. Escribe una biografía de tipo escolar, dentro de una serie de trabajos de esa clase que emprendió para sobrevivir. Pero es en 1948 cuando ante el poeta griego reaparece la figura del Descubridor, con su fuego interior, con su ímpetu obstinado, con su voluntad a toda prueba de emprender la gran aventura. Kazantzakis retoma sus lecturas sobre el Navegante y su época. Encuentra en Colón “la llama que

⁵⁴ *Libro de viajes por España*, 2ª. ed., pp. 113-114.

⁵⁵ *Ascética*, p. 21.

arde en el corazón de los santos y de los héroes". Y ese se fue el fuego lo que esencialmente lo atrae y no el significado histórico de su hazaña ni el juicio que pueda merecer el Descubrimiento y sus consecuencias. Para el escritor griego, Colón es por excelencia "el hombre devorado por la llama de una gran idea". Ambición, imaginación, obstinación, locura, son características del siglo XV que Kazantzakis percibe en el descubridor. Lo ve – y lo ha destacado así el profesor César García – como un hijo de su centuria, del "siglo obstinado", como lo llamará más tarde Humboldt; el siglo de la imaginación desatada por viajes increíbles; de las ambiciones que superan las estrechas perspectivas de la capacidad individual, empujando a algunos hombres a empresas inverosímiles; siglo en que, según Foucault, se rehabilita el binomio humano locura-cordura. Precisamente, para Kazantzakis, en la voz de Isabel la Católica, en el tercer acto de la tragedia, la locura es elevada a la categoría de Santa, "aquella que combate sobre el abismo, allí donde los otros santos no se atreven a poner los pies". En la amplitud de su saber y en su sed de conocimientos y experiencias, Colón se presenta también como hijo de su siglo ante Kazantzakis. Pues, para él, el Navegante fue un humanista "e hizo suya la tipología de Castiglione. Hombre de voluntad fuerte y mentalidad abierta a una humanidad más amplia y rica, cultivó con decisión el saber universal propuesto en *El cortesano*". Estos rasgos de hombre de una época que muestra Colón, son fundidos por Kazantzakis con otros que ve en personajes de distintos tiempos y ámbitos, a los que también venera como Cristo y Ulises. Como el

personaje de su nueva *Odisea*, Colón lucha contra toda esperanza. Como el Cristo de su *Última tentación*, Colón rechaza la tentación de no seguir adelante y así evitar la pobreza, el despojo, las cadenas que le anuncian los ángeles. Es el instante de la gran decisión, de la aceptación del sacrificio, del martirio; es la hora de decir “el gran Sí” o “el gran No”, de que habla Kavafis en el poema *Che fecce...il gran rifiuto*. Colón dice el “No”, como Jesús cuando, agobiado por los sufrimientos.

La tragedia *Cristóbal Colón*

Si se estudia con atención esta obra de Kazantzakis, se pueden advertir varias contradicciones internas. Estas aparentes faltas de lógica no suelen percibirse a la primera lectura, en parte por el interés apasionante que despierta la figura de Colón; y en parte, porque, en cierto modo, aquellas contradicciones corresponden a la personalidad misma del personaje y aún a la del autor, así como al gusto de éste por la hipérbole y la paradoja. Hay aquí un curioso paralelismo entre la tenacidad de Colón, quien en su empeño visionario no trepida en mentir, en ocultar hechos e imaginar otros, y el tesón del artista, quien, intensamente atraído por su personaje, quiere dibujarlo con fidelidad, tal como lo siente, en toda su patética grandeza, aunque para esto deba atropellar la propia lógica interna de la obra. “Kazantzakis no vacila en mostrar las contradicciones o las sombras de un héroe salido de los mitos de la filosofía nietzscheana –dice Sabatier-. Frente a él, los otros personajes se revelan en toda su pesantez, con suelas de plomo; aún los que pudieran elevarse algo no poseen sino alas recortadas que no les permiten alcanzar el cielo de las ideas luminosas”.

Para el escritor cretense, el aspecto religioso de la hazaña de Colón no es fundamental. Lo más importante es el aspecto puramente humano, la grandeza de la lucha obstinada del Navegante, al margen, incluso, de su inaudito resultado, el descubrimiento del Nuevo Mundo. Aquí podemos hallar la diferencia básica entre estas dos obras de

gran aliento escritas en nuestro siglo sobre el Almirante: la de Claudel y la de Kazantzakis.

Le livre de Christophe Colomb de Claudel recoge un enfoque esencialmente religioso de la personalidad y la hazaña de Colón. En la tragedia de Kazantzakis hay, en cambio, un enfoque humano. Si bien en ambas obras encontramos elementos simbólicos comunes o semejantes, la raíz de éstos es diferente. En Claudel, los símbolos religiosos corresponden a una concepción religiosa. Claramente queda presentado el sentido de la obra en la "Plegaria" del comienzo:

L'Explicateur. –Je prie le Dieu Tout-Puissant afin qu'il me donne lumière et compétence pour vous ouvrir et expliquer le Livre de la Vie et des Voyages de Christophe Colomb qui a découvert l'Amérique, et ce qui est ultra. Car c'est lui qui a réuni la Terre Catholique et en a fait un seul globe au-dessous de la Croix. Je dis la vie de cet homme prédestiné dont le nom signifie Colombe et Porte Christ, telle que cela s'est passé non pas seulement dans le temps, mais dans l'Eternité. Car ce n'est pas lui seulement, ce sont tous les hommes, qui ont la vocation de l'Autre Monde et de cette rive ultérieure que plaise à la Grace Divine de nous faire atteindre »⁵⁶.

En la tragedia kazantzakiana, los elementos religiosos están dispuestos por el autor al servicio de su caracterización del personaje y por éste, al servicio de su férrea voluntad de hacer realidad su gran idea. La alusión al

⁵⁶ P. Claudel, op.cit., I Parte, Escena 2.

simbolismo del nombre, por ejemplo, se mantiene en el plano de los demás elementos de argumentación con que Colón asombra a los frailes y al capitán Alonso, al empezar a descubrir sus propósitos, en el primer acto:

“JUAN. - ¿Qué quiere decir / la Cruz? / VIAJERO. – Combate, martirio, peldaño para subir al cielo. / Quiere decir navío que nos lleva del viejo y mil veces hollado mundo al suelo virgen; de la tierra y polvo hasta el oro; / desde este monasterio donde estoy conversando con vosotros al sagrado país de torres de diamantes y tejados de oro. JUAN. - ¿Quién eres? Has llenado nuestra pobre celda de navíos y diamantes...! VIAJERO. - / Con voz segura y entera. / Pertenezco a una ilustre y noble estirpe. Famosos capitanes y almirantes fueron mis antepasados. / Y yo – no lo sabéis aún, mas pronto lo sabréis – no avergüenzo a mi estirpe. / Mi patrono y compañero es San Cristóbal. ¡Juntos pasaremos a Cristo a través del Océano! / ¡Dios me llamó al darme mi nombre y obedezco!”

Después vendrá la soberbia referencia a los múltiples viajes realizados, de la que se retractará más adelante Colón, en la confesión ante el Prior de convento.

Las visiones del Almirante forman parte, dentro de la tragedia, de los elementos caracterizadores de su personalidad. Dentro de la realidad de la obra, algunas son reales: la de la voz sobre la cubierta del barco, bajo la infinitud del firmamento estrellado. Alguna hay francamente inventada, como aquella de las voces que

ordenan a Colón volver a Sevilla para encontrar al capitán Alonso y llevarlo consigo. Otros permanecen en un plano en que realidad y fantasía se confunden. Es de observar que las alusiones a visiones e intervenciones sobrenaturales no son escasas. Recuérdese la conversación con el Prior, al comienzo del acto cuarto, cuando Colón afirma haber visto tres veces a Dios; y la alusión a la presencia del arcángel Gabriel, en el largo diálogo con la reina Isabel, en el tercer acto.

Las visiones fantásticas están dentro de la desmesura del actuar de Colón, a la que se refiere Sabatier: "Director de orquesta que da el "la", gran hechicero que preside el ritual, mago que lanza su polvo de perlimpinín. Ángel o demonio, más allá del bien y del mal, él actúa en la desmesura: nada lo detiene (mentiras, robos, violencia, crimen...) en el camino de una Creación de la cual se considera el único elegido"⁵⁷. Cuando en el segundo acto, el capitán Alonso viene a la iglesia, puñal en mano, para matar a Colón, éste no se inmuta en absoluto:

"Yo no puedo morir ahora, capitán Alonso" –dice-.
"No puedo, aunque quisiera. La Virgen me ha confiado a su Hijo para que lo pase a través del océano. / Nadie puede matarme antes de que lo pase por sobre las olas".

Al final de la obra habrá una dramática visión. Tal como Ulises o el Mesías, aferrado a su mástil-cruz de

⁵⁷ G. Sabatier, op. cit., p. 29.

dolores, “Colón supera todos los obstáculos y realiza el viaje que había soñado. Pero la tierra nueva, más allá de lo maravilloso, es también la anunciadora de tristes realidades, que los ángeles se encargan de profetizar al Descubridor”⁵⁸.

Del mismo impresionante aliento trágico de *Julián el Apóstata*, *Nicéforo Focás* y *Constantino Paleólogo*, la tragedia *Cristóbal Colón* se distingue, junto a *Buda* y *Cristo*, por su elevada poesía. La acción es relativamente limitada. Se prolonga en el tiempo hacia los años anteriores a la materialización del gran proyecto, a través del relato del mismo Colón; y hacia el futuro, hacia la época de la caída del Almirante, a través de las profecías de los ángeles, antes de la aparición de las nuevas tierras, al final de la obra.

La caracterización de Colón está admirablemente lograda, dentro de la concepción que del personaje tenía el escritor, por medio de recursos sencillos, pero eficaces. La avasallante personalidad del Descubridor y su entrega exaltada a la realización de una “gran idea” sin trepidar en medio alguno, se nos va apareciendo a través de situaciones en que la fuerza de espíritu de Colón se expresa con poesía sobrecogedora. Véase en el segundo acto la relación que hace el Navegante al Prior del nacimiento de su idea, en aquella noche de guardia sobre cubierta, cuando embriagado por la infinitud del cielo y las estrellas, concibe el propósito de dominar el mundo y escucha la voz misteriosa. Recuérdese la invocación de Colón en medio del

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 28.

rugir de la tormenta, cuando va a estallar la revuelta del capitán Alonso, en el último acto:

“¡Me has abandonado en el medio del océano, Dios mío! ¡Pero yo no te abandono! / Desapareció mi carne: cayó desde la cubierta al mar; pero / quedaron mis huesos y ellos se entrelazan a tu alrededor y te abrazan, / ¡oh siempre oscuro y salobre Mástil de la Esperanza!”.

El lenguaje rotundo y acerado de Cristóbal Colón está salpicado de sentencias hermosas. Cuando afirma que el pecado mismo está al servicio de Dios, en el acto cuarto, explica brevemente al Prior:

“Estiércol, aguas pútridas: yo os transformaré en rosas – dice el rosal. ¡Esto dice también el alma grande a la mentira, al robo, al crimen...!”

Ante la insistencia del monje para que vuelva atrás y ceda al clamor de los marineros, al final del viaje, Colón responde:

“Pero entonces, ¿nunca has leído las Escrituras? ¿Es incapaz tu mente de comparar hombres y épocas? Mírame; mira en torno tuyo; abre los ojos: / Yo soy el nuevo Moisés y el Atlántico es mi desierto. Y esa tripulación que jadea, aterrada es mi pueblo”.

Cuando los marineros escuchan, por fin, el canto del ruiseñor sin ver al ave y gritan que se trata de hechicerías, el Almirante contesta lapidariamente: “¡Impíos... primero nace, sabedlo, el trino del ruiseñor y después el ruiseñor!”⁵⁹.

En esta obra, como se ha anotado, Colón no llega a ver siquiera las nuevas tierras. Mientras los marineros gritan gozosos, él, mirando siempre al suelo, estalla en sollozos.

⁵⁹ El examen del teatro de Colón en el teatro desborda obviamente los límites de esta introducción. Aunque naturalmente atrasado ya, es de gran utilidad al respecto el trabajo de Menéndez y Pelayo sobre la comedia de Lope de Vega *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, pieza calificada por Moratín como “comedia de las más disparatadas de Lope”. *Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega, Obras Completas*, vol. XIV, Madrid, 1925.

CRISTÓBAL COLÓN

PERSONAJES

Cristóbal Colón

Isabel, reina de Castilla

Prior del Monasterio de la Virgen del Atlántico

Capitán Alonso de Sevilla

Padre Juan

Coro de marineros

Ángeles I y II

Marineros I, II y III

Un novicio

Voces

ACTO PRIMERO

Monasterio de la Virgen del Atlántico. Celda del Prior: un canapé de aldea, una mesa descubierta, algunas sillas rústicas, portalámpara de madera con un candelabro de tres cirios. Apoyada en la pared, una estatua de madera que representa a la Virgen; está sentada y sobre sus rodillas sostiene una carabela. En un rincón, dos gruesos palos clavados en cruz y sobre ellos, todo ensangrentado, Cristo. Al fondo una ventana de barrotes. A través de ella, se escucha potente el rugir del mar. En la silla más alta está sentado el Prior. A su lado, está el padre Juan. El capitán Alonso, de pie, termina de hablar.

CAPITÁN. – Santo Prior del Monasterio de Nuestra Señora del Atlántico: con tu venia, dos palabras aún; solamente dos y termino.

PRIOR. –Escuchamos, capitán Alonso.

CAPITÁN. – La pobreza golpea las puertas del Monasterio y ha entrado ya en él.

Han entrado la miseria, la discordia, la desnudez, el frío... Los muros se desmoronan; las bodegas están vacías; los monjes padecen hambre...

PRIOR. – ¡Bienvenida sea! ¡Bienvenida sea! Bendita sea la Pobreza, la amada y fiel compañera de San Francisco, nuestro maestro. Yo le abrí la puerta. Y entró la Pobreza, excelsa reina, con sus andrajos, después del muelle y pecaminoso bienestar. ¡Loado sea Dios! Los monjes padecen hambre. Pero también el cielo tendió sobre nuestro Monasterio la escala de Jacob y suben y bajan los monjes y los ángeles por ella. Con la pobreza, pues, no nos asustas, capitán: ¡nos gusta!

CAPITÁN. – ¿Te gusta, santo Prior? Entonces ¿he perdido cuanto hablé hasta ahora? Yo vine a tu Monasterio inspirado por Dios en sueños, para salvarlo, para traerte oro y plata en espuestas. Para afirmar los vacilantes muros; para llenar las bodegas vacías; para que vuelvan a colgar los candelabros de plata ante las imágenes...Para que coman y beban los

monjes y puedan dar gloria a Dios. Y ahora tu reverencia dice...

PRIOR. – Capitán, Dios sólo escucha las plegarias del hambriento. Y nosotros no nos enclavamos aquí, en estos peñascos del Atlántico, como ostras, para comer y engordar; sino para ayunar y hacer oración. El mundo está corrompido y se desmorona. Solamente la oración puede mantenerlo aún en pie sobre el abismo.

CAPITÁN. – Acertadas son tus palabras, santo Prior. Pero el hombre también necesita un respiro, un poco de aliento, a fin de cobrar fuerzas para orar. También tiene el alma necesidad de encontrar un poco de hueso y un poco de carne donde agarrarse para no desparramarse. Pero aquí, los monjes - ¿no los compadeces, santo Prior?: los vi ayer en el claustro - no pueden tenerse en pie de hambre... ¿Cómo vivirán, entonces, para hacer oración? ¿Con qué los alimentarás? ¿Con aire acaso?

PRIOR. – ¡Con Dios!

CAPITÁN. – Con Dios se alimenta el alma, pero no la carne! Y el cuerpo -perdóname- necesita pan, vino, pescado, carne. ¿Dónde hallaréis estas cosas? Nada os queda ya. Vendisteis a los hebreos conversos de Sevilla y Córdoba los cálices de oro, los evangelios de plata y los valiosos rubíes de la corona de la Virgen.

PRIOR. – Pero no para comer, señor Alonso. No para vestirnos; sino para ayudar a nuestra Reina a arrojar a los infieles de Granada, su último refugio. Quería también Nuestra Señora del Atlántico ir a esa guerra y arrojar Ella la lanza, como los demás.

CAPITÁN. – Y arrojó la lanza y huyeron sin vuelta los infieles. Pero mira lo que dejaron tras ellos: tierras devastadas, viudas, huérfanos, casas reducidas a cenizas...y el Monasterio vacío y arruinado.

(Se escucha sonar la campanilla del portón, fuerte y atropellada. El capitán deja de hablar. Todos ponen atención. Se oye potente el ruido del océano).

PRIOR. – Debe ser un viajero nocturno que toca al portón del Monasterio. No te detengas. Termina ya, capitán. Ha anochecido y estas conversaciones – perdona que te lo diga – no me agradan mucho.

CAPITAN. – No te agradan, santo Prior, porque en tu vida de mundo fuiste un gran señor de tierra firme; y no puedes comprender a los hombres de mar. Pero a tu lado está el padre Juan, tu juicioso consejero, que fue un terrible lobo de mar: él entiende bien qué quiere decir abordaje y botín. Que despegue los labios y hable.

PRIOR. – Padre Juan, levántate, te ruego; despega los labios y habla. Difícil encrucijada es ésta: ¿Qué camino hemos de tomar? El Monasterio pende de nuestro cuello.

JUAN. – ¡Con tu bendición, reverendo Prior! (*Se inclina. El Prior posa su mano sobre la cabeza del monje*). Capitán Alonso, ni una hoja verde se mueve entre todos los árboles de España sin la voluntad de Dios. Llegaste ayer a nuestro Monasterio. Te envió el Señor. Te confió un mensaje para que nos lo trajeras. Pero zumba el bullicio en los oídos de los hombres y no oyen claramente la palabra de Dios. Llegaste, capitán, y durante largo rato nos has hablado sobre nuevos países que pretendes descubrir y sobre oro y glorias de este mundo y grandezas...

CAPITAN. – ¿Sobre qué otras cosas quieres que hable, padre Juan? Éste es mi trabajo.

JUAN. – Está bien; está bien. No te enfades, capitán. Ése es tu trabajo. Y el nuestro es transformar aquel terrible demonio que los hombres llaman oro y convertirlo en oración.

PRIOR. – Mejor sería que se hiciera oración por medio del ayuno, del sacrificio, del temor de Dios, padre Juan. No tengo confianza en los hombres.

JUAN. – ¡Ni yo tampoco! Pero tengo confianza en Dios, santo Prior. Él se inclinó sobre la tierra. Contempló a Castilla

y la compadeció. Vio nuestro Monasterio y se dolió de él. “Capitán Alonso – exclamó – enfila proa a las islas remotas; trae oro; entrégalo a los monjes”. Y dijo Dios a los monjes: “¡tomad oro y casad huérfanas, construid iglesias, encended fuego y cocinad para que coman los pobres!”. (*Guiñando el ojo al capitán Alonso*). Eso es lo que te encargó Dios, capitán. Pero tú lo entendiste mal y nos has hablado de bienestar y de mundanales grandezas... ¡Cosa vergonzosa!

CAPITAN. – ¡Qué puedo decirte, padre Juan? Un desusado rumor escuché dentro de mis oídos. ¿Cómo entender? Me dije: Dios está hablando... Sobre oro ha de ser. Pero tu reverencia, que sabe cómo se dirige el Señor a los humanos y qué les dice, puede explicármelo... Éste es tu trabajo. Explica entonces.

JUAN. – Has escuchado la voz de Dios y has venido. ¡Grande será tu recompensa espiritual! Pero además querrás paga, por cierto. El capitán Alonso no hace nada – ni bueno ni malo – sin un interés, y no celestial, sino terreno. A fe mía, el reino de los cielos no te basta, viejo lobo de mar. ¿Qué pides pues, de nuestro Monasterio? (*Se oye de nuevo la campanilla, más enérgica e impaciente*).

CAPITAN. – El Señor te bendiga, padre Juan. Has puesto orden en mi mente. Palabras claras y honestas has pronunciado: dame tú y yo te daré. ¿Qué pido yo? Lo que es nada. No muevas la cabeza, santo Prior. ¡Lo que es nada, repito! He sabido que hace poco, padre Juan, has traído de la

Ciudad Eterna un nuevo mapa. Señala la ruta más breve hacia lejanos países abundantes en oro. ¿Es verdad?

JUAN. – (*Sacando del pecho un mapa*). Mira, capitán, para que creas. (*Lo desenrolla y lo enrolla enseguida rápidamente*). El Santo Pontífice me lo confió como un valioso obsequio para Nuestra Señora del Atlántico. Aquí están dibujadas todas las rutas secretas del mar. ¡Ah, señor Alonso, dichoso el capitán que tenga en sus manos tal papel!

CAPITAN. – Nada es el mapa, reverendos padres. Es un simple papel: no os envanezcáis. ¡Se necesitan también navíos, marinos valientes y capitán audaz! ¡Y es menester combatir día y noche con las olas y con la muerte! La Virgen tiene el mapa. Yo tengo una carabela de tres mástiles, de gruesos maderos, con hombres curtidos, maestros en el remo y en el puñal. ¡Adelante, pues, reverendos padres: vosotros ponéis el mapa; yo pongo los hombres! ¡Y el oro que obtenga, mitad y mitad! No frunzas el ceño, santo Prior. No te resistas a la voluntad de Dios.

PRIOR. – Mal demonio quieres introducir en nuestro Monasterio, capitán Alonso. Insaciable y maldito, el oro devora hombres y devora almas. ¡No perdamos el juicio, padre Juan!

CAPITAN. – Si vosotros no me tenéis confianza – mal nombre me han dado mis enemigos, malditos sean -, si no me tenéis confianza, entonces que vaya conmigo el padre

Juan, famoso piloto en otro tiempo, y que vuelva a empuñar el timón.

JUAN. – (*Estremeciéndose, dichoso*). Santo Prior, oigo dentro de mí la voz de Dios. Dame tu venia para hablar.

PRIOR. – Padre Juan, llena de sólido juicio es tu cabeza de catalán; pero a menudo escuchas la voz del mar y crees que es la voz de Dios. Ahora oíste hablar de viajes y tu mano sintió al punto el timón. ¡Ay, no ha muerto aún dentro de ti el viejo hombre de mar!

JUAN. – Padre, si la gracia del Señor se apiada de mí y me lleva al paraíso, he de entrar en él con botas, capote y gorra de timonel. No me riñas.

PRIOR. – No te riño, hermano Juan. Pero es menester que nosotros los monjes matemos el recuerdo; que hagamos desaparecer dentro de nosotros la tierra y el mar, para que quede solamente el cielo. No lo olvides ahora que debes dar respuesta a este enviado del océano. (*Levantando la voz*). ¡No existe mar; no existe oro; no existe hombre; existe solamente Dios!

CAPITAN. – ¡Mejor será entonces que me marche! No existe capitán Alonso; no existe Prior (*golpeando la mesa y la silla*); no existe mesa ni silla... ¡Mal andamos! (*coge su gorro para irse*).

JUAN. – ¿Dónde vas, capitán? Ten paciencia y verás que cielo y mar pueden ponerse de acuerdo.

CAPITAN. – ¡Lo que ha de ser que sea pronto! Otro capitán –sabedlo- golpea a estas horas la puerta de la Reina. Lleva colgado de su hombro un bolso lleno de misteriosos mapas que señalan, dice, nuevas rutas. Hace poco partió para Sevilla. Lo supe yo. Le tendí una emboscada; pero la presintió el maldito. Cambió de camino y se escapó. De otra manera... (*Hace el gesto de apuñalar a alguien*).

PRIOR. – ¡Maldito sea el oro! ¡Trasuda sangre por todas partes; sangre, no sudor!

CAPITAN. – No lo habría asesinado por cuestión de oro solamente, santo Prior. ¡Terribles dudas me asedian! Si fuera él... Ocho años que lo persigo... (*Se vuelve hacia el crucificado*). ¡Cristo, ocho años que clamo a Ti! ¿No oyes? (*Golpea con el puño en la cruz.*) ¿Te has vuelto sordo, acaso?

(*En ese momento se abre la puerta. Entra un joven novicio. Hace una genuflexión ante el Prior*).

NOVICIO. – Santo Prior, un caminante golpea la puerta del Monasterio y pide tu venia para que le abramos. Dispón.

PRIOR. – Dile que el sol se ha entrado; que las puertas están cerradas y que yo he guardado las llaves. Nadie entra. A

esta hora sólo podemos abrir a un visitante ilustre. Es lo que ordena la Regla.

NOVICIO. – Eso le dije, santo Prior, y me respondió: “Yo soy un visitante ilustre. Mi nombre no es ahora sino un sonido vacío. Pero pronto resonará en el mundo entero. Ábreme”.

CAPITAN. – Debe ser algún loco, santo Prior; algún hidalgo arruinado que perdió las chavetas. Échalo fuera. Aquí tenemos asuntos importantes que despachar.

PRIOR. – (*Al novicio*). ¿Cómo es el viajero?

NOVICIO. – Alto, de tez quemada, de cabellera larga. Lleva un hábito lleno de remiendos y un rosario de ceñidor, como de fraile. Al hombro trae colgando un bolso. Tiene hambre. Me pidió un pedazo de pan y un vaso de agua.

JUAN. – No le abras, santo Prior. Esto dice la Regla: “Después de la puesta del sol...”

PRIOR. – Abrámosle, por amor de Cristo. Toma las llaves. Toma las llaves. Ábrele. (*Se saca las llaves del cinturón y las entrega al novicio; éste sale*).

CAPITAN. – ¡Henos aquí ahora...! Por amor de Cristo, dice...

PRIOR. – No digas palabras descorteses, capitán Alonso. Este viajero tardío puede ser el mismo Cristo. Así puede andar alguna vez, andrajoso, con un atado al hombro, para probar a los hombres.

JUAN. – Atropellamos la Regla, santo Prior. Está escrita con las letras negras en el pergamino.

PRIOR. – ¿No has leído, padre Juan, qué dice el pergamino en lo no escrito, entre las letras negras?

JUAN. – No poseo yo la virtud de leer lo que no está escrito. Tu reverencia la posee. ¿Qué dice, pues, lo que no está escrito?

PRIOR. – ¡Esto dice, padre: por amor de Cristo pisotearás lo que está escrito! (*Se oyen pasos afuera. Los perros del Monasterio ladran*). Helo aquí. Viene ya. Hermanos, recibámoslo con respeto: puede ser Cristo. (*Se abre la puerta. El viajero aparece en el umbral. Permanece inmóvil*). Entra, cristiano; no temas. Somos dos monjes del Monasterio y éste es el famoso capitán Alonso, de Sevilla. Lo habrás oído nombrar. ¿Y tu señoría?

VIAJERO. – Nada. Lo mandé decir con el novicio. No soy nada. (*Silencio*). Nada todavía.

PRIOR. – (*Algo extrañado*). Toma una silla y siéntate. Pareces cansado. ¿Pediste pan y agua?

VIAJERO. – Sí; pan y agua y paz.

PRIOR. – Siéntate; descansa. Voy a traerte...

JUAN. – (*Trata de impedirselo*). Santo Prior... (*Pero el Prior ya ha pasado a la celda contigua. El capitán toma del brazo al padre Juan. Le habla rápido y en voz baja*).

CAPITAN. – Ven conmigo, capitán Juan... No escuches al Prior. El es un santo varón, pero no se da cuenta de su oportunidad. Ven a recordar tus viejos tiempos, la sabrosa galleta, el vino, las tempestades, los abordajes, el botín... Tienes tiempo por delante, cuando envejezcas y no den más tus huesos, para llevar vida de fraile. (*El padre Juan escucha el océano que ruge*). ¿Oyes cómo te llama el océano? ¡Ésa es la voz del Señor!

JUAN. – (*Señalando al viajero*). Más despacio, más despacio... Nos está oyendo.

CAPITÁN. – Arréglatelas como puedas: baja a Dios del cielo; sube al demonio del infierno para que se atemorice el Prior y te deje partir.

JUAN. – ¿Me vas a dar el timón a mí?

CAPITAN. – ¿El timón solamente? Tuya será también una porción del oro, aparte de lo del Monasterio... Pero yo quiero el mapa... ¿Entiendes?

JUAN. – Comprendo... Calla. Míralo. Ha acomodado las orejas y está escuchando.

CAPITÁN. – (*Acercándose al viajero*). Buen hombre, ¿eres monje o has tomado los hábitos de la orden de San Francisco? (*Silencio*). (*Al padre Juan*). ¿Será sordo? No oye...

JUAN. – Parece un noble venido a menos. ¿No ves sus manos? Nunca conocieron ni remo ni azadón.

CAPITÁN. – ¡Ni espada! ¿Qué noble es éste? Pero ¿no ves sus pies? Debe ser un tejedor o un molinero. (*Al viajero*) Eh, buen hombre, ¿no oyes? ¿Quién eres? (*Silencio*). ¿No quieres hablar?

VIAJERO. – ¡No quiero!

(Entre tanto, el Prior trae agua, aceitunas y pan. El viajero recibe todo en sus manos y se retira al rincón, a su silla. Se santigua y come con ansia, pero con maneras finas. Entra el novicio, extiende dos frazadas sobre el canapé y sale caminando en la punta de los pies).

PRIOR. – Somos pobres, hermano. Pan, agua y algunas aceitunas: nada más tiene el Monasterio. Perdónanos.

VIAJERO. – Basta con esto, padre. No necesita más el cuerpo, ni el alma. ¡Un día he de pagarte en forma principesca!

CAPITAN. – (*Nervioso*). Santo Prior, no perdamos el tiempo. Espero una respuesta.

JUAN. – (*Señalando al viajero*). ¿Puedo hablar, padre?

PRIOR. – Habla libremente. Ponen un lado de la balanza la honra y el interés del Monasterio y en la otra, las palabras del capitán. Pesa con equidad y juzga. Y después, la Virgen, Nuestra Señora, ha de decidir.

JUAN. – Nuestra Señora empuñó la lanza y expulsó a los infieles. Pero el país se arruinó: puentes, casas, iglesias, escuelas, monasterios, quedaron destruidos. Los caminos se llenaron de huérfanos y viudas... En este momento, santo Prior, una voz misteriosa clama dentro de mí: “La Virgen dejó la lanza y toma ahora la trulla para construir”.

CAPITAN. – ¿Cómo va a construir? ¿Con qué va a construir? ¿Con aire? Hace falta oro. ¡Es lo que yo digo!

JUAN. – ¡Eso es lo que yo digo también! He aquí que Dios te ha enviado oportunamente, capitán Alonso. No muevas la cabeza, santo Prior. La Virgen, que sostiene en sus rodillas la

sagrada carabela, se inclina sobre nosotros y me dice: “Sube a la carabela, padre Juan. El Señor sea contigo”.

PRIOR. – Padre Juan... Padre Juan...

CAPITAN. – La Virgen del Atlántico ordena: “Toma el mapa y parte”.

No escuches a los hombres, capitán Juan, ¡escucha a Dios! Y de lo que consigamos –oro, hombres, especias-, la mitad de la Virgen, para que construya; la otra mitad para mí. Mitad y mitad. ¿De acuerdo? Llamemos entonces a un escribano y firmemos contrato con ello real.

PRIOR. – Extiendo mis manos ante ti, Virgen del Atlántico. ¿Es éste el camino? Dame una señal. En mi interior el corazón se rebela: no quiere.

VIAJERO. – *(Deja caer el pan al suelo, irritado. Se levanta bruscamente)*. ¡Eh, eh! ¿Qué estáis repartiendo ahí entre vosotros? ¡Consultadme a mí, al patrón! *(los tres se vuelven sorprendidos)*.

CAPITAN. – ¿Qué os dije, reverendos padres? *(Hace un gesto, indicando que el viajero está trastornado)*. ¿Quién es tu señoría para que pidamos tu venia? ¿Por qué no nos lo dices?

JUAN. –Vamos, buen hombre; déjanos tranquilos.

VIAJERO. – ¿Qué estáis repartiendo?

CAPITAN. – (*Riéndose*). El mundo. Es una manzana: la cortamos y cogemos una tajada.

VIAJERO. – (*Se estremece*). ¿Manzana?

CAPITAN. – ¿Te parece raro? Sí; una manzana... ¿Qué te pasa? Tu rostro se ha encendido.

VIAJERO. – San Cristóbal, tú que tomaste sobre tus hombros a Jesús pequeñito para que pasara la mar, ¡no permitas que nadie me haga injusticia! Santo compañero mío, también llevo yo sobre mis hombros a Cristo y las olas del océano empapan ya mis pies.

PRIOR. – ¿Quién eres? ¿Qué son esas insensatas y presuntuosas palabras?

VIAJERO. – Santo Prior, me preparo para un gran viaje. La fama de tu santidad llegó hasta Portugal, donde he conversado hace poco con el rey don Juan II. Y vine en peregrinación, a pie, vistiendo hábito, para que me confieses antes de desplegar las velas y partir. Soy un alma grande, lo que quiere decir que en mi vida he realizado grandes acciones buenas y he cometido grandes pecados. He venido, pues, esta noche, para que me des la absolución. Traigo un cirio para encenderle a la Virgen del Atlántico y un exvoto para colgarlo de su cuello. (*Busca en el bolso. Saca una*

manzana dorada). Una manzana de oro: aquí está. (*Sostiene la manzana en la palma de la mano y la muestra a cada uno de los presentes*).

CAPITAN. – ¡¡Oro!! ¿Eres, entonces, rico, mi señor? ¡Oro!

VIAJERO. – ¡Oro! Fundí los pendientes y brazaletes de mi mujer, Felipa, y nuestros anillos de bodas y una gruesa cadenilla de oro que me obsequió el Rey de Portugal, mi amigo.

PRIOR. –¿Tu amigo?

VIAJERO. –Mi amigo.

JUAN. –¿Y qué lleva grabado encima? Veo marcadas unas hileras como de clavos de olor sobre el oro... Extraños límites: ¿qué representan?

VIAJERO. – El mundo: (*Señalando sobre la manzana*) Europa, Asia, África. Yo también hago mapas, padre Juan, pero de oro y con fronteras de clavos de olor.

JUAN. – Y entre Europa y Asia, ¿qué señal es ésa?

VIAJERO. – Una Cruz.

JUAN. – ¿Qué quiere decir?

VIAJERO. – Combate, martirio, peldaño para subir al cielo. Quiere decir navío que nos lleva del viejo y mil veces hollado mundo al suelo virgen; desde la tierra y polvo hasta el oro. Desde este Monasterio donde estoy conversando con vosotros al sagrado país de torres de perlas y tejados de oro. Esto quiere decir la Cruz, reverendos padres.

JUAN. - ¿Quién eres? Has llenado nuestra pobre celda de navíos y perlas... Y escucha: la voz del océano se ha embravecido...

VIAJERO. – (*Con voz segura y entera*). Pertenezco a una ilustre y noble estirpe. Famosos capitanes y almirantes fueron mis antepasados. Y yo – no sabéis aún, mas pronto lo sabréis - no avergüenzo a mi estirpe. Mi patrono y compañero es San Cristóbal. ¡Juntos pasaremos a Cristo a través del océano! ¿Con mi nombre Dios me ha llamado y le obedezco!

CAPITÁN. – ¿Es, entonces, capitán tu señoría? ¿Has viajado por muchos mares?

VIAJERO. – ¡Por todos ellos! Al norte llegué hasta Tule, en el helado y muy tenebroso océano. Vi allí cardúmenes tan apretados, que cuando clavaba sobre ellos un remo, éste permanecía erguido. Al oriente he navegado íntegro al Mediterráneo y llegué hasta una isla musulmana, Quíos, donde el árbol del amastija produce una resina olorosa que los sultanes mascan para perfumar la boca. Por el sur llegué

hasta las costas africanas, llenas de negros, piñas y marfiles. Pero me ahogo en estas lagunas. ¡He de desplegar las velas para romper los límites!

PRIOR. – Viajero, uno de los siete pecados es la vana presunción.

VIAJERO. – ¡Uno de los siete pecados es la humildad; el decir: estoy bien aquí; no merezco más; no voy más allá.

CAPITÁN. – ¿Tienes carabelas propias? ¿Tienes hombres? ¿Con qué alas pretendes volar?

VIAJERO. –Dentro de mi pecho están alineadas todas las carabelas de España. Levan ya anclas para partir. Ocho años he esperado que sople viento propicio.

CAPITÁN. – (*Se estremece*). ¿Ocho años has dicho? ¿Por qué ocho?

VIAJERO. – Tantos años como llevo clavada en el corazón una gran idea.

JUAN. – (*Irónicamente*). ¿Ocho años y todavía no sopla viento propicio?

VIAJERO. – No te rías, padre Juan; no te burles. ¡Soplará! Y será viento de levante. ¡Y todos los navíos de España desplegarán airoso velamen y se adelantarán por la nueva

ruta que abriré yo por el poniente, animado por la fuerza de Cristo! También yo poseo un mapa misterioso, capitán Alonso! (*Golpea su atado*). Ocho años lo cargo sobre mis hombros. Si me quitara el hábito, verías marcada en mi espalda la esfera de las tierras y los mares! (*El capitán trata de alargar la mano hacia el bolso, pero el viajero se la toma*). ¡No toques!

CAPITÁN. – (*Acercándose más al viajero, con agitación*). ¿Dónde lo hallaste?

PRIOR. – ¿Qué te pasa, capitán? ¿Por qué gritas? ¡Respeto para el huésped del Monasterio!

CAPITAN. – ¿Dónde lo encontraste? (*En voz más baja, irritado*). ¡Ocho años!

JUAN. – Buen hombre, ¿cuál es la ruta que abrirás? (*Riendo*) ¿Has puesto proa hacia el Paraíso terrenal de que hablan las historias?

VIAJERO - (*Con irritación creciente*) ¡Raza impía, corrupta, miserable, condenada a muerte! ¡Estos hombres hablan del Paraíso y los ataca la risa! ¡Nunca, capitán Alonso; nunca, capitán Juan, nunca encontraréis nuevas tierras – sabedlo por mí -, porque no las lleváis dentro de vuestras entrañas! Primero aparece la nueva tierra en nuestro pecho y después aparece en la mar. ¡Sí, sí! ¡En el medio de la mar, quiera ella o no quiera!

CAPITAN. – ¿Qué locuras son ésas que estás diciendo? Desde la creación del mundo, las tierras han brotado del mar y esperan al hombre. Y un buen día, mientras navegamos a ciegas, la proa de nuestro barco encalla en ellas. Eso es todo: ¡el azar!

VIAJERO. – Todos vosotros estáis cogidos por el azar y colgáis de sus faldas. ¡Otra deidad no poseen los impíos! Pero yo estoy suspendido de las manos de Cristo. Tengo un mapa en mi mente, grabado por el gran cartógrafo, Dios. Y en él están señaladas todas las cosas, sin error alguno: las tierras desconocidas, el cuándo y dónde soplan los vientos y las corrientes; los días, las noches, las distancias... ¡Y una línea roja que divide el océano, mi línea! Pondré proa, siguiéndola, y si no encuentro las tierras que ascendieron a mi pecho desde hace ocho años, imprecaré a Dios y le advertiré que está cometiendo falta. ¡Y Él sumergirá sus manos entre las olas y las hará subir!

CAPITÁN. – Con tal cerebro, sólo predicador puedes llegar a ser; pero capitán, nunca, y perdóname.

PRIOR. – No riñáis, hermanos; no te irrites, huésped inesperado, que no has accedido siquiera a dar tu nombre. ¿Cómo sabes – no nos lo has dicho - que Dios te eligió para pasar a Cristo sobre las olas? ¿Fue acaso en sueños?

VIAJERO. – ¡No tengo necesidad de sueños, santo Prior! No cierro yo los ojos para ver a Dios: los abro. Hace pocas semanas, cuando atravesaba la frontera y pisaba la tierra y las piedras de España, en un recodo del camino, bajo una encina solitaria, vi a esta Virgen – alta es su gracia -, vi a la Virgen del Atlántico alzarse ante mí y sonreírme. Ella sabía que yo pasaría por allí y me esperaba. No llevaba ya vestidos negros. Sus hábitos eran verdes como las olas del océano. Se cubría los cabellos, el mentón y la boca con un velo blanco. No se distinguía sino su frente, con una cicatriz roja como media luna; y sus ojos, verdes y jubilosas esmeraldas, no lloraban, como acostumbran, sino que sonreían. Cuando me vio. Nuestra Señora, extendió su mano: una manzana, al parecer de oro, destellaba sobre ella. Alargué yo también mi brazo y la manzana se encontró sobre la palma de mi mano. “Virgen Santa –exclamé -, ¿qué es esta manzana que me regalas? Pero en eso, una brisa suave sopló desde la nevada sierra y la visión desapareció. (*Silencio*).

PRIOR. – (*Sobrecogido*). ¿Y después...después? Mi corazón está pendiente de tus labios.

VIAJERO. – Durante un rato sentí un peso leve en la palma de mi mano. Pero, poco a poco, la manzana se desvaneció y desapareció como escarcha bajo el sol...Pero alcancé a retener en mi memoria las señales que estaban marcadas con clavos de olor sobre la manzana; y, cuando llegué a Córdoba, las grabé una a una en el oro. Y esta noche, hela

aquí. Vengo a devolver a Su Grandeza la manzana dorada. *(Levanta las manos hacia la Virgen)*. ¡Virgen del Atlántico, Señora del verde océano: no era una manzana la que depositaste en mi mano; ¡lo sé! ¡Era el mundo! ¡Ayúdame a hacer zarpar una carabela que lleve tu nombre, que se llame Santa María, para llegar hasta las islas –todas oro y especierías– que flotan en mi mente! *(El viajero se acerca a la ventana abierta. Respira profundamente. Se oye potente el rugir del mar. El Prior se aproxima a él. Le toca levemente el hombro, como si quisiera serenarlo. El capitán Alonso, excitado, mantiene los ojos clavados sobre el viajero)*.

JUAN. – (En voz baja). ¿Qué urdes en tu cabeza, lobo de mar? Tus ojos se han enrojecido.

CAPITÁN. – Viejo lobo de mar fue también tu señoría. ¿Por qué preguntas si has entendido el asunto?

JUAN. – Por amor de Cristo, no te impacientes.

CAPITAN. – ¡Si es éste el capitán que sospecho, lo mataré! A un lado Cristo; no lo mezcles en mis cosas.

JUAN. – Matar no es pecado. Pecado es matar en vano. Acércate y sondeémoslo primero... ¿Has visto alguna vez a este hombre?

CAPITAN. – No; pero le diré que lo conozco. Le voy a tender una trampa, a ver si cae. Ven conmigo.

PRIOR. – *(Tocando suavemente al viajero en el hombro)*. Tu espíritu está lleno de Dios y de mares. Serénate, hermano mío. Mira, he ordenado que te preparen un lecho. Ve a dormir. Un ángel del Señor es el sueño...ama a los hombres...

VIAJERO. – No tengo sueño. He dejado de dormir, reverendo padre. También es un ángel de Dios el Miedo, un arcángel... y converso con Él toda la noche.

PRIOR. - ¿El Miedo?

VIAJERO. – Habla despacio. No sea que escuche su nombre y venga. Así suele venir. Tomaré un poco de agua para apagar mi espíritu: está ardiendo. *(Vuelve a su silla. Se sienta. Bebe quedamente. Se apoya en la pared e inclina la cabeza, pensativo. Suspira. Mientras tanto, el Prior se ha arrodillado ante la Virgen y reza)*.

CAPITÁN. – Eh, buen hombre, levanta un poco la cabeza para verte. Todo el tiempo te estás ocultando en la penumbra. Padre Juan, hazme el favor, descuelga el candelabro y dámelo. *(El padre Juan descuelga el candelabro)*.

JUAN. – Manda, capitán.

CAPITÁN. – (*Toma el candelabro y observa con curiosidad el rostro del viajero*). Como que he visto en alguna parte esta cara... ¡Levanta la cabeza, te digo! ¿Tienes miedo?

VIAJERO. – Limpio está mi rostro, limpias mis manos; llama pura es mi corazón: ¿por qué habría de temer? Pero no soy un mico enjaulado para que me contemplen. Soy un hombre y aborrezco a los humanos.

CAPITÁN. – ¡Ah, ah, valiente señor, no te enardecas! Por un momento me recordaste a un capitán a quien conocí hace ocho años... Venía de un puerto africano. De Puerto Santo...

VIAJERO. – (*Se estremece*). ¿De Puerto Santo? ¿Has estado tú en Puerto Santo?

CAPITÁN. – ¡Si he estado o no he estado, es asunto mío!

VIAJERO. – ¿Y entonces...?

CAPITÁN. – Por aquellos días, el mar estaba embravecido y arrojaba a la playa maderas, mástiles rotos, hombres ahogados... ¿Estás oyendo? ¡Levanta los ojos y mírame!

VIAJERO. – ¡Aparta la luz! ¡Déjame!

CAPITÁN. – Y un marinero, hombre muy fuerte, que se había agarrado a un mástil, fue arrojado por las olas, medio muerto, a las rocas de la costa. ¡Levanta los ojos, te digo, y

mírame! En ese momento – Dios o el diablo lo envió, ahora lo veremos - pasaba el capitán de que habábamos...

VIAJERO. - ¿Cómo se llamaba?

CAPITÁN. - ¿Quién...? ¿El capitán...?

VIAJERO. – No; el marinero...

CAPITÁN. – ¿Qué te importa? Dios lo haya perdonado: murió. Era portugués, no castellano. Otra cosa quiero preguntarte. Puede que lo sepas...Pero quizás tienes sueño.

VIAJERO. – Yo nunca tengo sueño. Habla. Pero aparte, te digo, el candelabro. ¿Qué me buscas? No soy una bodega para que busques contrabando. Soy cielo puro.

CAPITÁN. – Bien, bien. No grites. Pasaba entonces el capitán de marras. Vio al marinero desplomado entre las piedras, sin sentido. Se agachó; lo levantó y lo sostuvo hacia abajo para que botara el agua que había tragado. Después comenzó a darle masaje. Poco a poco, el hombre volvió en sí; abrió los ojos. El capitán lo cargó en sus hombros y lo llevó a su casa... ¿Estás escuchando?

VIAJERO. – Oigo, escucho. ¿Cómo se llamaba el marinero?

CAPITÁN. – ¿De nuevo con el mismo canto? ¿Qué te importa? Digamos que se llamaba Alonso para que te quedés tranquilo.

VIAJERO. – *(Se incorpora de un salto, como aterrado).* ¿Alonso? *(El capitán se vuelve y lanza una rápida mirada de inteligencia al padre Juan. Su voz muestra cada vez mayor irritación).*

CAPITÁN. – ¿Te has asustado?

VIAJERO. – ¿Yo? El mundo está lleno de Alonsos. ¿Y entonces...?

CAPITÁN. – Lo llevó a su casa. Lo tendió en una cama. Le dio a beber ron. El desdichado comenzó a revivir. Abrió bien los ojos; tomó las manos de su salvador; los besó; y comenzó lentamente, con voz apagada, a revelar cosas singulares, increíbles...

JUAN. – ¿Cosas singulares, increíbles? ¡Habla, capitán, en nombre de Dios!

CAPITÁN. – Dijo haber arribado a una isla maravillosa, donde había bosques de alcanfor y canela y donde desde las montañas se deslizaban trozos de oro enormes como peñascos, cuando venían las lluvias torrenciales...

VIAJERO. – *(Abalanzándose hacia la puerta).* ¡Basta ya! ¡Me aburríste!

CAPITÁN. – ¡Aquí te quedarás! ¡No has de salir! (*Lo coge de un brazo*).

JUAN. – En el nombre de Dios, capitán Alonso! ¿Peñascos de oro? ¿Dónde está el marinero aquel? ¿Dejó algún mapa? ¿Qué hacemos aquí sentados, pudriéndonos?

CAPITÁN. – No te apures, padre Juan. Deja. (*Al viajero.*) Ven aquí, falso fraile. ¿Dónde vas, demonio de capitán? ¡No saldrás de aquí, te digo; tendrás que oírlo todo! El capitán de que hablaba tomó por la fuerza al marinero. Le puso un papel y una pluma en las manos y una regla – no era un simple marinero, era un piloto y entendía de mares – y le dijo: “Hazme el mapa. ¡Señala dónde y a cuántas millas! ¡Todo, todo!” - “Mañana, mañana, rogaba el piloto, ¿no me ves? Estoy extenuado; déjame dormir” – “¡Más tarde no, no; ahora mismo! Mañana puede que estés muerto: ¡ahora mismo!”, gritaba el capitán y lo apretaba rudamente por los hombros. ¿Qué iba a hacer el desdichado? Tomó el papel y comenzó por señalar las islas Canarias, de donde había zarpado su navío. Puso el océano; dibujó la carabela. Marcó en un rincón la rosa de los vientos. Dibujó en un extremo una isla: bosquejó encima una lanza con la enseña de Portugal, bajo la cuál escribió...

VIAJERO. – ¡Basta ya!

CAPITÁN. – ¡Escribió debajo el nombre de la isla...
(*Lentamente, separando las sílabas*). ¡An-ti-lla!

VIAJERO. – ¡Fábula de puerto! ¡Mentiras, mentiras! ¡Me cansé de escucharte! (*El Prior se levanta, inquieto, y se acerca al viajero*).

CAPITÁN. – ¡Esto que he dicho, falso fraile, es la verdad, la verdad! ¡Y tú lo sabes muy bien!

VIAJERO. - ¿Yo?

CAPITÁN. – ¡Tú, tú! Aquel capitán vivía, sin matrimonio, con una mujer del lugar, aficionada al ron. El mismo año llegué yo a ese mismo puerto. El capitán la había abandonado. Le di una botella de ron; la hice embriagarse. ¡Me lo descubrió todo! ¿Oyes? ¡Todo!

JUAN. – (*Con angustia*). ¿Y el mapa, el mapa?

CAPITÁN. –El capitán lo arrancó de las manos del piloto. Él conservaba el gran secreto. Toda la tripulación se había ahogado. Nadie sabía ya dónde se encontraba la Antilla. Sólo un ser humano: el piloto aquel. Y entonces...

JUAN. – ¿Entonces...?

CAPITÁN. – Santo Prior, hace tiempo eras un grande y noble señor en la corte real. Observaste, escuchaste, te

cansaste de los hombres. Y te refugiaste aquí, en el Monasterio, entre estos áridos peñascos, para no verlos...Cierras tus oídos; sal, santo Prior. ¡Terribles palabras voy a decir: no las escuches!

PRIOR. – Capitán Alonso, ahora creo en la misericordia del Señor. Entonces no creía. Ahora creo y soporto. Habla.

CAPITÁN. –Cogió el mapa ese capitán y después llenó una copa de ron; mezcló veneno en él, del veneno con que los salvajes impregnan los dardos, mortíferos y se lo dio a beber.

VIAJERO. – Mentira!

CAPITÁN. – ¡Asesino!

PRIOR. – En nombre de Cristo, hermanos! ¡El Señor os está mirando!

CAPITÁN. – ¡Aquel piloto era Alonso Sánchez, primo mío!
¡Y este hombre lo mató!

VIAJERO. – ¡Mis manos están limpias! ¡Lo juro!

CAPITÁN. – (*Cada vez más exaltado*). Y el mapa que llevas ocho años en ese atado es el mapa de mi primo asesinado. ¡Es mío, es mío! ¡Y te lo voy a quitar!

VIAJERO. – ¡Mentiras, mentiras!

JUAN. – ¡Despliega el mapa, si eres inocente, para que lo veamos!

VIAJERO. – He jurado que nadie lo verá. Solamente la Reina. ¡Abajo las manos!

CAPITÁN. – ¡No te escaparás! Existe un Dios y te arrojó esta noche a mis garras. No te escaparás, ¡asesino! (*Corre hacia la puerta y le echa cerrojo*).

PRIOR. – Capitán Alonso, estás en mi Monasterio. No estás en tu barco. Aquí soy yo quien manda. Ve a tu celda y acuéstate a dormir. Extiendo mi mano sobre este huésped. Vino a confesarse, a recibir la Comunión. Es un alma que pende de mi cuello. ¡No lo toques!

CAPITÁN. ¡Ocho años pende de mi cuello el cadáver de mi primo y clama venganza! ¡Sobre mi pecho se descompuso y hiede! ¡Llegó la hora de liberarme de su peso! Santo Prior, con tu venia o sin ella, ¡me he de vengar! ¡Dentro del Monasterio o fuera de él, en los confines del mundo o donde sea! ¡Y agarraré el mapa y no tendré necesidad de vosotros, reverendos padres! ¡Todo se facilita! ¡Y lo que encuentre no será mitad y mitad, vive Dios!

PRIOR. – Padre Juan, tómalo; llévalo a su cuarto; enciérralo y tráeme la llave. ¡Esta sagrada casa de la Virgen no se va a

mancillar con un crimen! ¡Y no tenemos necesidad de tu oro, capitán Alonso! Estamos hambrientos, harapientos, descalzos: a honra lo tenemos. ¡Así eran nuestros padres, San Francisco y su esposa, la Pobreza! (*Extiende los brazos hacia la Virgen*). Señora del Atlántico, por un momento me deslumbré. Ya tomaba el cerrojo para abrir las puertas de tu casa a fin de que entrara el demonio de cuernos dorados. Pero al último momento, extendiste tu mano, Virgen Santa... (*Señalando al viajero*). ¡He aquí la señal que te pedí!

CAPITÁN. – ¡Vamos, vamos, capitán Juan! Comenzábamos una conversación; vamos a terminarla. Buenas noches, santo Prior, y buen sueño. Vine para tu bien; pero parece que no lo deseas. ¡Al diablo! En poco tiempo más, morirán los frailes; se desmoronará el Monasterio; y vendrán las gaviotas con los soles de enero a dejar sus huevos en vuestras celdas y sobre el santo altar... Tales cosas suceden, santo Prior, al que camina por la tierra mirando al cielo. ¡Buenas noches, asesino! A ti te hablo, Cristóbal Colón de nombre! (*Salen el capitán Alonso y el padre Juan. Solos, el Prior y Cristóbal escuchan por unos momentos el rugir del océano*).

PRIOR. – ¿Tienes miedo?

CRISTÓBAL. – ¿Yo?

PRIOR. – Puede romper la puerta de la celda en la noche. Es una fiera salvaje.

CRISTÓBAL. – El puñal no puede atravesar mi cuerpo. Llevo como coraza una gran idea.

PRIOR. – ¿Has asesinado a alguien?

CRISTÓBAL. – Santo Prior, no voy a dormir. Voy a ir a la iglesia a colgar el exvoto del cuello de la Virgen. Tengo que decirle dos palabras. Después vendrá tu reverencia con la estola y...

PRIOR. – ¿Has asesinado?

CRISTÓBAL. – (*Colgando su bolso del hombro*). Voy a la iglesia. (*Se dirige a la puerta*).

PRIOR. – (*Severo*). Una salvación existe: ¡la penitencia!

CRISTÓBAL. – Una sola salvación existe: ¡seguir la línea roja que está marcada en este mapa (*Golpea el atado*), y clavar la Cruz en los portales de oro!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una pequeña iglesia, pobre, con vitrales quebrados. Sólo una ventana brilla, entera, policroma: representa a San Cristóbal, en tamaño gigantesco, que lleva sobre sus hombros al Niño Dios. Las olas verdes alcanzan hasta sus rodillas. En la media luz, distinguimos la estatua de la Virgen, de tamaño natural; y frente a ella, la de Cristo. Se escucha suave, implorante, la voz de la Virgen; profunda y serena la de Jesús.

LA VIRGEN. – ¡Jesús, hijo mío!

CRISTO. – Madre, ¿por qué me llamas?

LA VIRGEN. – Hijo mío, apiádate de él... ¿Por qué lo has empujado? Dejó el puerto donde nació; dejó a su mujer, Felipa, y a su hijo; abandonó su tranquilo taller; y se hizo a la mar. Tú lo sabes. No existen islas maravillosas; no existen portales de oro; no existen torres de perlas. ¿Dónde va? Se inmola, se pierde en vano. ¿Por qué no pones tu mano sobre su corazón para que se serene?

CRISTO. – Madre, pongo mi mano sobre su corazón para que se enardezca. Sólo así el mundo puede crecer. Solamente así puede el hombre vencer el bienestar, la rutina, la felicidad.

LA VIRGEN. – Hijo mío, apiádate de él. Tú sabes bien lo que le espera: ¡la ingratitud, la enfermedad, la pobreza, las cadenas! Extiende tu mano y hazlo volver atrás.

CRISTO. – Desde el instante en que nació lo elegí entre todos los hombres y no tiene ya salvación... Yo le di el nombre por Dios escrito; yo lo llamé Cristóbal; y ahora ¡quíralo o no, me ha de tomar sobre sus hombros y me ha de pasar a través del océano!

LA VIRGEN. – ¡Hijo mío! Escucho ya sus pasos en el patio; se acerca; caerá a mis pies. ¿Qué decirle? Por última vez te ruego: ¡ten compasión de él!

CRISTO. – ¿Por qué lo he de compadecer, madre? Lo amo: ¿por qué compadecerlo? Me tomó ya sobre sus hombros y no acepta ya la felicidad. Y ¿qué dices tú, Cristóbal, mi gigantesco portador, que resplandeces en el vitral de la iglesia? ¿Te arrepientes? ¿Quieres volver atrás?

SAN CRISTÓBAL. – *(Riendo, con voz potente). ¡Nunca!. (Se oyen pasos. Cristóbal aparece en la puerta. Las voces callan de golpe. El vitral iluminado se apaga. Cristóbal avanza a tientas,*

lentamente. Enciende el cirio que trae en la mano y lo coloca en el candelabro, delante de la Virgen. Se arrodilla).

CRISTÓBAL. – Patrona de la mar. Señora mía, ¿por qué me miras con pena? Tus labios se mueven. Percibo que hablas, que respondes a lo que secretamente mi corazón te pregunta, ¡pero no escucho! ¡Ay, cuándo habré de terminar mi tarea en esta tierra y en esta mar, mi deber, para despojarme del cuerpo, para atravesar el último estrecho arroyo que nos separa, que los hombres pusilánimes llaman muerte, y llegar a posarme a tus pies. Señora mía, para que Tú me hables y yo te oiga! ¡Para no hablar solo en este mundo; para no errar por mares desiertos, clamando, sino para escuchar yo también una voz que me responda! He subido escalas; he golpeado puertas; he besados pies. ¡Estoy cansado, Soberana mía! Lleno está el cielo de estrellas y de santos; pero sobre la tierra sólo hay micos que ríen burlones y mulas que se retacan y patean... Miro a mi alrededor: todos caminan en cuatro patas; con los ojos, con la nariz, con la boca pegados a la tierra, buscando agarrar algo que comer; husmean entre las inmundicias, el olor de la hembra que pasó, para correr jadeantes tras ella. Y sólo yo camino erguido, con los ojos en alto, hombre en medio de simios y de mulas. Y pienso en Ti, soberana mía, y en las lejanas islas maravillosas que tu Grandeza no ha pisado aún. Y quisiera apartar las olas, para ir a encontrarlas y traértelas. Y después, cruzar mis manos y morir, quiero decir, volar a sentarme a tus pies. Mientras tanto, mientras llega aquel día bendito, recibe esta noche, Señora mía, como místicas arras,

la manzana de oro que tu Grandeza dejó una mañana sobre la palma de mi mano. ¿Recuerdas?, bajo aquella encina solitaria, en los confines de Castilla. Déjame colgarla de tu cuello, para que te acuerdes de mí: soy Cristóbal Colón, tu fiel servidor. Errante vas, con los pies desnudos, por los pedregales de España, con tu Hijo en brazos. Y yo te sigo, silencioso, y espero que te vuelvas y me hagas una seña... Atravesamos Aragón, Castilla, Extremadura, Andalucía; llegamos hasta las primeras olas: Te volviste; me sonreíste; dejaste a tu Niño sobre mis hombros y me señalaste el Atlántico. Ten confianza en mí, Soberana Señora. Pasaré a tu Hijo por sobre las olas, sin que se mojen siquiera sus tiernas plantas. Y lo dejaré en las lejanas islas felices, debajo de frondosas palmas datileras, entre canelos floridos y plantas de clavos de olor. Pero ayúdame Tú también, Soberana del cielo y de Castilla: concédeme una gracia... Sonríes, Señora mía; sabes a dónde voy; sabes con quién voy a reunirme; con qué alma grande voy a juntarme en Granada...Solamente ella existe en el mundo: ella y yo. Señora del Atlántico, haz que se unan nuestros astros, el suyo y el mío; que se mezclen nuestros alientos; y verás, se abalanzarán los vientos sobre todas las galeras y carabelas de Castilla y éstas zarparán directamente hacia el poniente, cargadas con tu hijo. (*Cuelga la manzana de oro del cuello de la Virgen*). Señora, el mundo está pendiente de tu cuello, como un infante: tiene hambre, tiene sed; clama. Amamántalo; ¡también él es hijo tuyo! (*Se oye que la puerta se abre despacio. Alguien ha entrado*). Debe ser el Prior...Alma mía, no te avergüences; no tengas miedo; confiesa todo. Vacíate, purifícate: ¡es Dios quien llega!

Ábrele, alma mía, para que entre, se desentuma y no quiera vagar afuera. Él, en casa vacía. Todas las casas son tuyas: las estrellas, los mares, las fieras, las aves, los navíos. Sin embargo, solamente en una descansa y se serena, como si se tratara de su hogar paterno, en el corazón del hombre. (*Cae hacia delante y se prosterna*). Alma mía, ¿estás preparada? (*Siente leves pasos tras él y se levanta*). Santo Prior... (*Se vuelve y ve al capitán Alonso con un puñal en la mano*).

CAPITÁN. – ¿Tienes puñal?

CRISTÓBAL. – ¿No tienes respeto, no temes a la Virgen, que está sobre nosotros?

CAPITÁN. – ¿Tienes puñal?

CRISTÓBAL. – ¡No!

CAPITÁN. – ¡Toma! (*Le arroja un cuchillo. Cristóbal deja que caiga al suelo*). Deja el mapa en el suelo. El que salga vivo lo tomará.

CRISTÓBAL. – Capitán Alonso, no saldrás vivo de esta lucha. Vete. ¡Santos son estos instantes! No quiero ensangrentar mis manos.

CAPITÁN. – ¡Asesinaste! ¡Serás asesinado!

CRISTÓBAL. – Yo no puedo morir ahora, capitán Alonso. ¡No puedo, aunque quisiera! La Virgen me ha confiado a su Hijo para que lo pase a través del océano. Nadie puede matarme antes de que lo pase por sobre las olas. Cuando lo haya hecho, entonces, hasta una leve hoja de árbol que caiga sobre mí puede despedazarme.

CAPITÁN. – Yo no mato hombres desarmados. Deja las palabras. Toma el puñal. ¡Te voy a golpear! ¡Golpea! ¡Asesino, criminal, bandolero!

CRISTÓBAL. – En vano gritas e injurias. No me irrita. No temo. Llevo a Dios por coraza. No puede herirme puñal alguno.

CAPITÁN. – Te me refugias aquí a los pies de la Virgen y crees que eres inmortal. ¿Tanta confianza tienes en una piedra, irreverente?

CRISTÓBAL. – ¡Alma impía e impotente, que no eres capaz de coger un trozo de piedra y ver dentro de ella al mismo Dios Todopoderoso! Te compadezco, capitán Alonso, y no deseo que mueras en pecado y caigas al infierno. ¡Vete! Siento en mis manos una fuerza tal que no la controlo como propia. ¡Vete, te vuelvo a repetir!

CAPITÁN. – Ocho años te persigo, asesino; y ahora que te he encontrado, ¿me voy a ir? ¡El mapa! (*Levanta el puñal*).

CRISTÓBAL. – Si este pedazo de papel nos separa, capitán Alonso... *(Busca apresuradamente en el bolso. Saca el mapa. El capitán trata de cogerlo, pero Cristóbal, con un leve movimiento de la mano, lo extiende abajo)*...lo consagro a su Grandeza... *(Se acerca al cirio y quema el mapa)*.

CAPITÁN. – *(Lanza un grito)*. ¿Y ahora...?

CRISTÓBAL. – Ahora seremos amigos, capitán Alonso. Ahora nada nos separa.

CAPITÁN. – ¡Malvado! Ahora has asesinado también a las islas; las has hundido. ¿Cómo vamos a poder encontrarlas? *(Recoge las cenizas, rugiendo)*. ¡Se han vuelto ceniza!

CRISTÓBAL. – No te aflijas. Nada se ha perdido. Nada se ha quemado. Las islas están grabadas profundamente en mi mente. Sé con seguridad hacia dónde pondremos proa; qué viento soplará; y en cuántos días llegaremos a poner los pies en los portales de oro.

CAPITÁN. – *(Removiendo las pavesas, desesperado)*. Cenizas... cenizas...cenizas...

CRISTÓBAL. – No te aflijas, te digo. Existo yo: ¿qué puedes temer? Yo soy el mapa: no hay otro en el mundo. Despliego las velas; me santiguo, comienza el viaje proyectado por Dios. Capitán Alonso, ¡dichoso aquél a quien llevo conmigo! *(Silencio)*. ¿Por qué crees que he vuelto a Castilla? Vengo a

elegir a mis hombres. ¿Crees que vine al Monasterio sólo porque se lo prometí a la Virgen? ¿O porque llegó a mis narices el olor de la santidad del Prior? ¡Vine porque sabía que aquí te encontraría, capitán Alonso!

CAPITÁN. – ¿A mí...?

CRISTÓBAL. – A ti. Al valiente que luchó con tres corbetas el año pasado – una contra tres -; arrojó los garfios; las abordó; las amarró a la popa de su navío, una detrás de la otra; y las remolcó y las vendió en los puertos ingleses... (*El capitán sonríe con expresión de agrado*). Al valiente que no teme ni la muerte ni la vida ni el pecado. ¡Tales hombres me agradan; tales compañeros busco! Formemos juntos una orden sagrada, como hacen los monjes. Tomemos por jefe a San Cristóbal, el gigantesco varón, que levanta en sus hombros a Jesús Niño y lo pasa a través del océano y se moja solamente hasta las rodillas... ¡Cristo y oro: he aquí nuestro doble objetivo! No para perder la vida terrena, como los frailes; ni la celestial, como los necios e infieles piratas; sino para conquistar de un tiro el reino de los cielos y el de la tierra a la vez... ¿Has comprendido?

CAPITÁN. – ¡Maldito seas! Se rompe el casco de mi cerebro...

CRISTÓBAL. – ¿Vienes conmigo? ¿Entras a esta cofradía? (*Silencio*). Enchaparé de oro la proa de tu barco, te daré vasos de oro para que bebas; escudillas doradas para que comas;

ropas de seda para que duermas... Y cuando, con el auxilio del Señor, vuelva la carabela de Castilla, cargada de especias, toda España, desde Sevilla hasta Burgos, se llenará con el perfume de la nuez moscada y la canela.

CAPITÁN. – ¡Falsedades!

CRISTÓBAL. – Ven conmigo y verás. Dios tiene confianza en mí y ¿tú no la tienes? Sólo yo poseo las rutas no halladas sobre las olas. Sólo yo puedo llevarte a la Antilla, con la ciudad toda de oro que está en los confines del océano... para que la contemples y se confunda tu mente. Tiene ella cuatro torres: una, con frente al mar, está incrustada de zafiro. La del otro extremo mira hacia el llano y es de esmeralda; la del norte, edificada con rubíes, da a la montaña; la del sur mira hacia un gran río y está recubierta con perlas grandes como huevos de perdiz...

CAPITÁN. – (*Sobrecogido*). ¡Debe ser el Paraíso!

CRISTÓBAL. – ¡Es el Paraíso! El verdadero, el tangible, el que nos viene a nosotros, los navegantes. No aire celestial, sino oro y especias y fragatas... Capitán Alonso, escucha: vine esta tarde aquí, al Monasterio, para buscarte. Me envió Dios a llevarte conmigo. Me dirigía hacia Granada: un importante contrato me esperaba en el Palacio de Granada, con una Real Orden... Firmar yo mi propia Orden y repartir con los reyes las tierras y los mares que hallare... Y de repente. Mientras caminaba, al atardecer, oí una voz en

medio de los desiertos pedregales: “Vuelve atrás; ve al Monasterio de la Virgen del Atlántico y toma contigo al capitán Alonso de Sevilla”. Pero yo llevaba prisa por llegar a Granada. Hice como que no escuchaba y proseguí mi camino. Y oí nuevamente la voz, ahora más irritada: “¿No oyes? ¡Vuelve atrás! Lleva contigo al capitán Alonso”. Tuve miedo. Volví hacia el sur. Corría y corría, como si me persiguiera un batallón de caballería. Era Dios mismo. Y llegué sin aliento, hambreado, de noche ya, al Monasterio. ¡Capitán Alonso, en buena hora te he encontrado! (*El capitán permanece callado, pensativo, indeciso. Mira a Cristóbal con el ceño contraído, como si tratara de distinguir cuáles palabras son verdaderas y cuáles falsas*). Sé que tienes una carabela de tres mástiles. ¿Cómo se llama?

CAPITÁN. – Santa María.

CRISTÓBAL. – (*Precipitándose sobre el capitán y estrechándolo en sus brazos*). ¡Santa María! Hermano mío, en buena hora nos hemos encontrado. Señal divina es ésta. ¡La Virgen lo quiere!

CAPITÁN. – ¿Qué te ocurre? ¿Por qué das voces de alegría y estrechas mis brazos? ¡Déjame!

CRISTÓBAL. – ¡Qué milagro es éste, compañero enviado por Dios! Había dado a la Virgen mi palabra de ir a buscarle las islas en una carabela que tuviera su nombre. Era tu carabela, capitán Alonso, la Santa María. ¡La hora ha

llegado!. Levanta los ojos; mira: qué milagro es éste. ¡La Virgen ha sonreído! Todas las cosas me hacen señas y me dicen: la hora ha llegado. Si golpeo una puerta, apareces detrás del umbral, oh Señor, y me sonríes. Entro y hallo al hombre que buscaba. Si bajo a un puerto, encuentro listo el navío que me llevará; y en su popa, en letras doradas, leo el nombre que yo le había dado en sueños: ¡Santa María! Si extendo mi mano, el mundo, cual una manzana de oro, viene a posarse sobre ella. Capitán Alonso, hermano, la hora a llegado. ¿No lo sientes? ¡Deja a tu corazón hablar libremente!

CAPITÁN. – (*Cae en los brazos de Cristóbal*). ¡Capitán Cristóbal, llévame contigo! (*Entra el Prior y los ve abrazándose. Se detiene sorprendido*).

PRIOR. – ¡Necia y ridícula estirpe humana! Sopla una suave brisa y caéis uno sobre el otro y os matáis... Viene otra brisa y caéis uno en brazos del otro, y os besáis... ¡Más firmes ante el viento las hojas de los árboles! Eh, capitanes, por lo que veo, sopló sobre vosotros el hálito de Dios. ¡Se abrieron vuestros ojos y visteis que erais hermanos!

CAPITÁN. – Vimos que éramos socios, santo Prior, y nos cobramos cariño. Pero no mezcles de nuevo a Dios en nuestros asuntos. Él no entiende de negocios y nos haría reventar en el aire.

CRISTÓBAL. – Santo Prior, no escuches al capitán. Rudas son sus palabras, pero sigue fielmente a Dios, aunque grite. *(Al capitán)*. De acuerdo, entonces, capitán Alonso: feliz convenio. Vuelve a Sevilla; calafatea la Santa María, prepárala; llena la bodega de agua, vino y víveres. Luego llegaré yo, cargando sobre mis hombros a Jesús niño.

CAPITÁN. – ¿Y la Real Orden de la Soberana, capitán Cristóbal? ¡De otro modo yo no me muevo!

CRISTÓBAL. – También la Real Orden de la Soberana, capitán Alonso. ¡Ve sin cuidado, en buena hora!

CAPITÁN. – ¡Santo Prior, con tu bendición! A uno buscaba en tu Monasterio. Y él me halló a mí. Vino la tempestad; luego, la bonanza. Desplegué las velas. Cambié de ruta. Me he confundido. ¿Qué viento es aquél que sopla y nos sobrecoge y nos lleva adonde no queremos ir, santo Prior? ¿Puedes decírmelo?

PRIOR. – Es Dios. Parte en buen hora, capitán Alonso; y piensa también alguna vez que tienes un alma...Rogaremos por ti en el Monasterio.

CAPITÁN. – Adiós, santo Prior. Piense también tu Reverencia alguna vez que tiene cuerpo. Reza de verdad por mí, y yo te traeré en pago, cuando vuelva, una jaula con papagayos. *(Sale el capitán. Silencio. Por los vitrales quebrados penetra el ruido del mar. La iglesia se va iluminando poco a poco*

con una luz rosada. Está amaneciendo. El prior se santigua, se pone la estola. Cristóbal se arrodilla y le besa la mano).

PRIOR. ¿Cómo puedo nombrarte, desconocido viandante nocturno?

CRISTÓBAL. – Cristóbal.

PRIOR. – Capitán Cristóbal: confusa, herida, llena de soberbia y de temor de Dios está tu alma. Pasiones terribles y oscuras la agitan. Ambiciones que sobrepasan la fuerza y la razón humanas la confunden. La verdad y la mentira cambian de rostro dentro de ti; y creo que ni siquiera tú mismo puedes distinguirlas. Dices que te preparas para un gran viaje. Sagrado es, entonces, el momento para que abras tu corazón a Dios y confieses todos tus pecados, a fin de que te alivies.

CRISTÓBAL. – Santo Prior, siento a Dios por sobre mí. Todo se me confunde. No sé por dónde empezar y si lo que diré será verdad o mentira... Toda mi vida es como un apretado tejido, que tiene por urdimbre a la verdad y como trama, diestra y vistosa, a la mentira. Me inclino sobre mi vida; y no puedo separar – lo juro - la urdimbre de la trama. La verdad te digo, santo Prior: ¡no puedo!

PRIOR. – Pon en esto todas tus fuerzas. Separa la verdad, hijo mío: Dios te escucha.

CRISTÓBAL. – Mentira todo lo que, jactancioso, dije en tu celda en la tarde. ¡Mentira que navegué todos los mares; que pertenezco a una gran estirpe y que tengo por antepasados grandes corsarios y almirantes! ¡Falsedades! Soy hijo de un mísero tejedor de Génova, tejedor yo también en mi juventud. Pero mi mente se arrebató. No me bastaba ya el humilde taller. Anhelé viajes a tierras lejanas y aventuras y riquezas y gloria. Y subí a un barco...Subí a un barco; y me golpeó al aire del mar y me embriagué. Sobre mí las estrellas; bajo mis pies el océano; y yo, sobre una cáscara de nuez, e hice el propósito de avasallar al mundo... Entonces, cuando me lanzaba a dominar el mundo... ¿Cómo decirlo?, padre; me avergüenzo...

PRIOR. – Valor, hijo mío. Comenzaste: debes terminar. Entonces, una noche...

CRISTÓBAL. – (*Habla con profunda turbación*). Oí una voz..."Cristóbal Colón, hijo del tejedor, salve. ¡Dios está contigo!"

PRIOR. – ¿Cómo te atreves? ¡Ése es el saludo del arcángel Gabriel a la Virgen María!

CRISTÓBAL. – Era la noche. Habíamos entrado en el infinito mar oscuro que se extiende más allá del Gibraltar. Yo hacía guardia en la cubierta del navío, totalmente solo, y contemplaba las estrellas... Miles y miles. Y colgaban sobre mí como espadas. Comencé a contarlas: número no tenían...

Me estremecí. Y entonces escuché la voz: “Cristóbal Colón, hijo del tejedor, salve. ¡Dios está contigo!” Me cogí de la baranda para no caer. Tuve miedo. Aquella voz permanecía sobre mí. Se había clavado en mi cabeza. Me dolía. “Manda, Señor”, exclamé. Y se oyó de nuevo la voz y sus garras e clavaron más profundamente en mi cerebro: “Cristóbal Colón, Gran Almirante del Océano, Virrey de las Indias, ¡salve!”

PRIOR. – Satánicas, llenas de soberbia son las palabras que dices. Recoge tu espíritu. Confiesa la verdad. ¡Desdichado, sobre ti se alza Dios y te escucha!

CRISTÓBAL. – Por el alma que he de entregar al Señor lo juro, santo Prior: tales palabras oí. Tal como te las he repetido; sin ningún cambio. Pero ¿brotó la voz de mi propio ser o bajó desde lo alto? ¿Quién habló? ¿Yo? ¿Dios? ¿El demonio? Trato de descubrirlo, mas no puedo distinguir bien. Pero desde aquel instante, mi vida se inflamó: arde como si le hubiera caído un rayo desde el cielo. No me bastaba ya el barco de un mástil en que trabajaba; y en la primera escala que hicimos, en Puerto Santo, desembarqué... ¿Por qué? ¿Qué buscaba? ¿A quién esperaba? Estaba seguro de que Dios me enviaría una señal. Imposible que no: él había dado su palabra y la mantendría. Entonces, yo tenía que esperar. Días y noches caminaba arriba abajo por la playa; miraba ya el cielo ya la mar. Y rumiaba incesantemente en mi cerebro las terribles y proféticas palabras: “¡Gran Almirante del Océano, Virrey de

las Indias, salve!” ¡Dios mío!, exclamaba, ¡ayúdame a cumplir tu voluntad! Clavaba mis ojos allá, hacia el occidente, y trataba de distinguir las lejanas islas que Dios me regaló...

PRIOR. – ¡Que Dios te regaló! ¿Cuándo? ¿Cómo?

CRISTÓBAL. – ¡Sí; sí! ¡Son mías: me las regaló! No me lo dijo claramente; pero yo escucho la voz dentro de mi pecho: “Virrey de las Indias”, me dice, “Almirante del Océano, ¡salve!”

PRIOR. – ¿Y si otro las descubriera antes?

CRISTÓBAL. – (*Irritado*). ¡No puede ser! ¡Eso no puede suceder! ¡Sólo yo puedo encontrarlas! ¡Yo: ningún otro! No encontrarlas, sino sacarlas del mar; desprenderlas del fondo del océano y hacerlas ascender hasta el sol. Si algún otro pasara por allí, sólo hallaría el piélago desierto.

PRIOR. – No puedo comprender...

CRISTÓBAL. – Tampoco yo. Pero estoy seguro.

PRIOR. – Y allí, en Puerto Santo... ¿Por qué desviaste la conversación? ¿Asesinaste a alguien?

CRISTÓBAL. – No te lamente, santo Prior. No me arrepiento. ¡Hice bien! Yo pedía a Dios una señal; y Dios

para complacerme levantó una tempestad y arrojó a la playa, ante mis pies, al único hombre que en el mundo poseía el secreto. ¡Dios me lo envió! Lo comprendí al instante; porque debes saber que desde el día en que escuché la voz, nada puede acontecerme que no posea un significado oculto. ¡Nada!. Mi mente, mi cuerpo, mi alma, y todos los hombres y todas las cosas, se unieron para conducirme hasta mi objetivo. No mi objetivo, sino el de Dios; porque yo no soy sino un obediente timón en sus manos. Levanté entonces al piloto, a Alonso Sánchez. Lo cargué en los hombros y los llevé a mi casa. Le di masaje; le di de beber; lo resucité. Abrió sus labios y comenzó a hablar: y al punto comprendí que él sabía el gran secreto que Dios me había confiado, y me aterró.

PRIOR. – ¿Qué secreto?

CRISTÓBAL. – (*Bajando la voz*). Ir al oriente por el poniente. Partir de nuestras costas y tener siempre alto tras uno al sol levante; hallar un mar feroz y desierto; no temer; avanzar; avanzar derechamente, siempre al poniente...;y hallar el oriente...!, ¡y hallar el oriente...! Temblé, te dije. Era necesario que nadie lo supiera; nadie; ¡sólo y solamente yo! Peligraban, pues, los designios del Señor. Tomé una decisión. Pero primero le hice dibujar el mapa. El no quería; de modo que debí obligarlo por la fuerza.

PRIOR. – ¿Por la fuerza?

CRISTOBAL. – ¡Por la fuerza! ¿Cómo quieres que de otra manera se haga la voluntad de Dios en este mundo? Los hombres se rebelan; las cosas se oponen; tierra, mar y alma se resisten. ¡Se necesita la fuerza! Y si entras al Paraíso, con violencia entrarás. ¿No lo dicen así las Escrituras? Aquel piloto era un portugués. Si lo dejaba vivir, entregaría el secreto a su rey. Y Castilla podía perder las islas doradas que Dios me regaló y que yo quiero obsequiarle.

PRIOR. – Pero entonces, ¿no estás seguro de que tú solamente puedes descubrirlas?

CRISTÓBAL. – Lo estoy. Sin embargo, cuando el alma no está tomada del manto del Señor, cuando desfallece mi corazón –hombre soy también y desfallezco alguna vez y siento miedo-, entonces me domina el pavor de que alguien llegue primero y me arrebathe el nuevo mundo que engendro y hago crecer en mis entrañas. Y entonces, ¿qué sería de mí? ¡Traiciono a Dios y a Castilla! ¡Y estaré perdido, padre, estaré perdido!

PRIOR. – ¿Así que asesinaste para gloria de Dios y de Castilla?

CRISTÓBAL. – Era necesario, santo Prior; ¡era necesario! No lo hice en mi propio interés, lo juro.

PRIOR. – ¿No asesinaste en tu propio interés? ¿Estás seguro, estás seguro, desdichado? (*Silencio angustioso de Cristóbal. De repente, habla con voz ahogada*).

CRISTÓBAL. – No. No estoy seguro.

PRIOR. – Asesinaste a un hombre...

CRISTÓBAL. – ¡Piedad! Cuando estoy cerca del mar y se levanta el viento, lo veo ante mí...de repente... (*Levanta los brazos, gritando*). ¡Señor, Señor, maté a un hombre; extiende tu brazo: golpéame! Haz que los marineros me corten la cabeza; subleva a los nuevos hombres que engancharé; pon piedras en sus manos para que me apedreen. Envía desde Castilla una fragata llena de cadenas para que me cojan, me escupan, me encadenen. ¡Y así, encadenado, pobre, avergonzado, que vuelva a España! ¡Pero que yo encuentre primero, que yo encuentre antes mis islas!

PRIOR. – ¡No grites! ¡No impreques! ¡Oí ya las piedras silbar por sobre tu cabeza y vi venir las cadenas!

CRISTÓBAL. – ¡También yo, también yo, padre; por eso clamo! (*Silencio*).

PRIOR. – ¿Son éstos todos tus crímenes? Falsario, ladrón, asesino... Falsario, ladrón, asesino. ¿Qué más?

CRISTÓBAL. – Lo más terrible, santo Prior, lo más sacrílego... ¿Cómo decirlo? Caigo a tu pies, padre, ayúdame: arranquémoslo juntos de mi pecho. Solo como estoy, tengo miedo. Santo Prior, escucha la pregunta que te haré y dame una respuesta.

PRIOR. – Desdichado, te devorará la satánica manía de preguntar...El cristiano no interroga. Todas las preguntas tienen dentro de él mismo una gran respuesta.

CRISTÓBAL. – ¿Cómo se llama esa respuesta?

PRIOR. – Cristo. *(Cristóbal inclina la cabeza. Silencio durante algunos momentos).*

CRISTÓBAL. – Perdóname, santo Prior; no puedo; tengo que volver a preguntar.

PRIOR. – Pregunta. No tienes otra manera de salvarte que la pregunta...Entonces.

CRISTÓBAL. – Existen quizás sólo dos cosas completamente separadas en el mundo: la verdad y la mentira. Pero ¿no existe también otra, cuyo aspecto fluye como el agua, fluye y se transforma? ¿Y no es ya falsedad, sin llegar a ser todavía verdad? ¡No sé cómo representártela; no tiene nombre; no existe! No existe, padre, pero está naciendo... Te estoy preguntando. Perdóname, pero respóndeme...

PRIOR. – Difícil cuestión me presentas; difícil, satánica... No sé. ¿Qué quieres decir?

CRISTÓBAL. – Esto: un día en Valladolid, en la gran Plaza Real, vi un hermoso caballo blanco y dos nobles de vestiduras doradas que lo sujetaban tenían los ojos fijos en la alta puerta del Palacio, que estaba cerrada. Esperaban a alguien... Me detuve. La plaza estaba llena de nobles – varones y mujeres-, de generales, almirantes y dignatarios de la Santa Iglesia. Unos permanecían a la sombra y sus pálidos rostros marchitos brillaban; y otros, al sol, y destellaban sobre ellos el oro, la seda, las piedras preciosas...Y yo estaba a un lado, con estos harapos, en hábito de fraile mendicante, y miraba. Y de pronto se abrió de par en par la gran puerta y en el umbral apareció, alta, severa, vestida toda de verde cual la primavera, de cabellos rubios, con una cruz de oro macizo en el pecho, ¡la Reina! Miró a su alrededor. En ningún lugar se dignaron posarse sus miradas. Pasaron sobre las cabezas de los nobles señores; sobre las altas peinetas de marfil de las señoras; sobre las estatuas de mármol de los reyes muertos; y súbitamente me vieron y se posaron sobre mí. Me deslumbré. Pero mantuve los ojos abiertos y la miré yo también... Y entonces, la Reina... Santo Prior, no sé si es verdad; no sé si es mentira. Mi mente vacila...pero así al menos me apareció...

PRIOR. – ¿Qué? Se apagó tu voz. Toma aliento, desdichado. Entonces, la Reina...

CRISTÓBAL. – ¡Me sonrió!

PRIOR. – ¿A ti?

CRISTÓBAL. – (*Con energía*). Olvidas con quién hablas, padre. ¡Habla con respeto!. ¡Sí: a mí! No muevas la cabeza; no estoy loco; no estoy ciego. Escucha: era en primavera, era un 22 de abril, y repicaban las campanas de Valladolid, ¡y la Reina me sonrió! Y no sólo me sonrió. Vi también cómo sus cejas se movían con alegría, como si me diera la bienvenida, ¡Me dio la bienvenida! ¿Quién conoce los caminos del Señor? Me habría visto quizás alguna noche en sueños, y me reconoció. Yo – más que todos los duques, almirantes, obispos y nobles - estaban cerca de ella; era uno con ella; ¡éramos una llama los dos!

PRIOR. – ¿No te avergüenzas? ¿No sabes respetar? ¿Cómo te atreves a levantar los ojos tan alto?

CRISTÓBAL. –Yo había oído la voz de Dios. Era Virrey de las Indias y Gran Almirante del Océano, oculto bajo los andrajos: ¡tenía derecho a levantar los ojos y mirarla! Le había escrito cartas y enviado mapas; le había pedido audiencia desde hacía muchos años. Pero la Reina siempre tenía prisa. Bajaba desde el norte; perseguía a los infieles; los expulsaba; los arrojaba al mar... Yo corría tras ella, pero no podía alcanzarla... Y de súbito, aquel mediodía, en medio del aire ardiente, ¡nos encontramos; llegamos a ser uno!

PRIOR. – ¡Cierra tus necios labios!

CRISTÓBAL. – ¡Llegamos a ser uno! No te irrites, santo Prior. Igual como luchaba ella, se arriesgaba, se consumía en llamas. ¡Uno junto al otro! Y cuando me divisó frente a ella, me reconoció. Y después de unos días, me envió un caballero con este mensaje: “Venid al palacio. Os espero.” ¿No lo crees? Te lo juro. ¡Ahora me dirijo a ver a la Reina! (*Silencio*). ¿Qué dicen las Escrituras? “Vienen los nuevos tiempo”. Nuevos tiempos vienen, santo Prior: Dios lo quiere. Me detengo a meditar: ¡qué grandes obras podríamos cumplir los dos; ella en la tierra y yo en el mar! No te cojas la barba, padre. No te enojés. Una palabra terrible te diré. Pero desde aquel día un pensamiento se me clavó en las entrañas y me devora... ¿Puedes oírla? ¿La vas a soportar? ¡La soportes o no, la he de decir para aliviarme!

PRIOR. – Quisiera, ¡ay de mí!, cerrar mis oídos. Pero es menester, tengo el deber de oír...

CRISTÓBAL. – (*Con voz débil, lentamente, con angustia*). Yo... yo... y no Fernando debería ser...

PRIOR. – (*Se estremece, espantado*). ¿Qué? ¿Qué dices?

CRISTÓBAL. – (*Apenas se le oye*). Rey de España... (*El Prior, temblando, mira en torno suyo; hace la señal de la cruz*).

PRIOR. – ¡Nada he escuchado! ¡No he visto nada! ¡Vete! (*Levanta las manos hacia la estatua de la Virgen*). Oculta tu rostro para que no veas, Virgen Santa; cierra tus oídos para que no escuches. El mundo está perdido.

CRISTÓBAL. – ¿Cuál fue la terrible palabra que se me escapó? Lo juro: una cosa quería decir y otra salió de mis labios. ¡Dios mío! Entonces, ¿también llevaba yo este demonio dentro de mi alma?

PRIOR. – Temo estar contigo. Temo dejarte solo. ¡Podrías prender fuego al Monasterio! Me inclino sobre tu alma y me dan vértigos...Llamas veo, infierno, paraíso: no distingo...Cristóbal Colón, ¿cómo te nombraré? ¿Bufón de Satanás? ¿Enviado de Dios? ¿Gran Almirante del Océano, Virrey de las Indias? Mi mente se confunde. No sé si tomar el aspersionario y expulsar de ti al demonio o arrodillarme y besar tus pies... (*Silencio*).

CRISTÓBAL. – Ten confianza en mí, padre. Creo que un alma grande puede crear lo inexistente. Es éste mi mayor secreto. Otro consuelo no poseo ni otras armas.

PRIOR. – (*Pensativo*). Falsario, ladrón, asesino, sacrílego... No puedo decir por mí mismo ni la indulgencia ni la excomunión... ¡Ay de mí! No tengo confianza en la mente del hombre. ¡Que Dios juzgue! (*Va y abre la puerta*). Levántate, desdichado; vete, sal del Monasterio. (*Se oye el*

canto de los gallos). Ya ha amanecido. ¡Sigue tu camino hasta el final, hasta donde te lleve!

CRISTÓBAL. – ¡Buen reencuentro, santo Prior! Dios no ha entrado todavía a tus entrañas, para inflamarte. Y por eso no crees. Pero pronto voy a hacer que creas. Sí; sí; te voy a llevar conmigo en mi barco. ¡Te sumiré hasta el cuello en Dios y en el oro, y creerás! ¡Feliz encuentro en mi carabela, en la Santa María, santo Prior; sobre el Atlántico, con la proa hacia occidente!

PRIOR. – Dios quiera, Dios quiera disipar las tinieblas que aplastan tu alma, desdichado.

CRISTÓBAL. – ¿Qué tinieblas? El sol –has de saberlo- no se ponga en mi espíritu: ¡De igual manera, haré que jamás se ponga en el imperio castellano!

TELÓN

ACTO TERCERO

Granada. Alhambra. Sala del trono. Media luz. Desde los grandes ventanales entra la luz rosada de la aurora. Una gran cruz. Clavado sobre ella, un Cristo impresionantemente vívido, hecho de cuero, vestido con harapos, con cabellos y barba verdaderos, con sangre rojísima que mana de sus cinco llagas. Alrededor, sobre los muros, cuelgan emblemas musulmanes, trofeos de guerra. En torno al palacio, ruido de campamento. Se escucha nítido el clarín matutino. La gran puerta del fondo se abre sin ruido y aparece la reina Isabel de Castilla. De unos cuarenta años, alta, de cabellos rubios, rostro melancólico quemado por el sol. En la frente, una cicatriz en forma de medialuna. Viste de verde oscuro. Lleva una lámpara encendida. Avanza. La coloca en el candelabro, delante del Crucificado. Después se yergue para dar su cuenta matutina.

ISABEL. – Señor de los Ejércitos, Obstinado, Invencible Guerrero, lleno de llagas, Primer Hidalgo de Castilla, mi Señor, comienza un nuevo día. He venido a erguirme ante ti, a estar de pie ante ti, como te agrada. Lo sé – me lo has dicho -, no te agradan las genuflexiones ni las súplicas. No quieres espaldas dobladas ni manos ociosas en cruz. No eres asilo para los impotentes, los charlatanes y los débiles. Eres jefe de un ejército que se arriesga sobre la tierra y combate. Y el que no se arriesga y no lucha junto a Ti, ¡maldito es! El día que subí al trono, cuando me quedé en el palacio, con la corona sobre mi cabeza, escuché el silencio, oí tu terrible voz. “No quiero salmos ni incienso –me dijiste -, te he confiado la mejor compañía de mi ejército, con el estandarte de Castilla: ¡combate!” “Y cada mañana quiero que vengas a darme cuenta, de pie. ¡Tal será tu oración; no otra, Isabel, reina de Castilla!” Hoy es domingo; ahora tañerán las campanas. Pero antes de ir a misa, vengo a contarte qué hice ayer, qué dije y qué pensé en el día y que soñé en la noche. Un nuevo día amanece, una nueva batalla. Como mi Jefe, escúchame y dame luego tus órdenes para el combate de hoy. De nuevo ayer me levanté al alba y sobre mi negra cabalgadura caminé hacia el norte, hacia las aldeas incendiadas, devastadas. Mi gran compañero de lucha, bien las conoces esas fecundas tierras de Andalucía; bien conoces toda España. Tus pies se ensangrentaron persiguiendo durante siete siglos a los infieles, desde Navarra y Burgos hasta Granada y el Atlántico. ¿Recuerdas? Esa campiña era un paraíso; corrían las aguas; sonreían las aldeas; el alma del más humilde brillaba en estos prados de Andalucía como un

naranja florido. ¿Y ahora? Los infieles borrarón los surcos; cortaron de raíz los olivos, los almendros, los limoneros; pegaron fuego a los pueblos; quemaron los muros desnudos. Se llenaron los caminos de huérfanos que tienen hambre... ¿Qué dices, Señor? Tus labios se movieron... ¿He cometido una falta? ¿Qué debo hacer? Ordéname lo que debo hacer y lo cumpliré. Todo el día anduve de aldea en aldea, de ruina en ruina. Lloraban las madres; lloraba yo también con ellas. Cuando retomé el camino, te llamaba para que aparecieras entre las iglesias destruidas; para que conversáramos; para que halláremos remedio al hambre, a la desnudez, a la muerte. Tú también tienes un deber. Conociste también lo que quiere decir pobreza y hambre y muerte. ¡Ayúdame a salvarlos de la pobreza, del hambre y de la muerte! Al mediodía, me apoyé en el tronco quemado de un olivo. Tenía hambre, pero me daba vergüenza comer, porque a mi alrededor todos tenían hambre. Por un instante me dominó el deseo de devolverte la corona real; de desprenderme de las ricas vestiduras que llevo y caminar descalza como las madres e ir mendigando de puerta en puerta; para sufrir todo el dolor, para sentir toda el hambre de mi reino; para morir toda su muerte. Pero tuve miedo. Recordé tus palabras: no te gustan las manos que piden; te gustan las manos que luchan. ¡Voy a luchar! Señor de los Ejércitos, expulsaste a los infieles. El 2 de enero pasado, el pequeño e impotente reyezuelo subió a una colina, miró por última vez a Granada con los ojos llenos de lágrimas... Se fueron, se fueron por el camino sin retorno. Llegó desnuda, hambrienta, viuda enlutada, la Paz. ¡Ayúdanos, Cristo, a

vencer también en la Paz! El pueblo tiene hambre; los nobles se rebelan; los bandoleros merodean por los caminos; los piratas, por el mar. He vendido todas mis joyas de oro; he fundido los candelabros de plata y los cálices de oro de las iglesias. Los reales cofres han quedado vacíos, llenos de telarañas. ¿Con qué armas pretendes, entonces, que combata? No me mires así, irritado. ¿Qué puedo hacer? Armas pide la guerra; oro demanda la paz: para construir, para vestir, para alimentar al reino. ¿Dónde encontrarlo? Ayer, durante todo el día, mientras caminaba entre la desolación y la miseria, en una sola cosa pensaba – perdóname-, en una solamente: en el oro, maldecido, todopoderoso y siempre manchado en sangre. Se me han acercado charlatanes, rudos capitanes, frailes malignos, inescrupulosos alquimistas, y me prometen oro... Y desde hace ocho años, un extraño navegante que conoce – según dice - rutas desconocidas para llegar a unas exóticas islas de portales de oro, me envía, uno tras otro, papeles y mapas; y sus palabras están llenas de locura y de certeza... ¿Qué hacer? ¿Qué contestarle? Hasta ahora con la razón no he hallado ningún tesoro. ¡Probemos, pues, con la locura! Y di mi venia para que se presente aquí, hoy, delante de Ti, Señor, este visionario y ardiente capitán, ¡Cristóbal Colón de nombre! Míralo, júzgalo y dame una señal. En tu paraíso, sentada entre las santas, está la Locura. Sus ojos son grandes, negros; ve más lejos que la Razón, tu juiciosa esclava. Si existe oro en los confines del océano, aquélla lo verá primero y dará la voz. Si existe camino de salvación en el confín de la razón, más allá de la razón, aquélla lo ha de encontrar. Y si

no existe, ¡solamente ella puede trazarlo! Es por cierto Locura la gran mártir que combate sobre el abismo, allí donde las otras santas no se atreven a poner los pies. Llamé, pues, al extravagante capitán: en sus carabelas voy a embarcar mis últimas esperanzas. Sonríes: tal es tu voluntad, Señor; lo sé. De otro modo, ¿cómo explicar los sueños que me envías? Todas las noches las llenas de delirio y oro. Estoy tendida en mi lecho; pienso en España; me vence el sueño; y de inmediato se abren las cataratas del cielo; se abre el techo del palacio; estalla una tempestad de oro y caen sobre mí, como granizos, los redondos ducados amarillos. Y hoy al amanecer, ¡qué sueño fue el que me enviaste, Señor! Se diría que era una gran fortaleza a cuyos pies rugía el océano. En sus troneras, se erguían altaneros y extravagantes reyes, cardenales, generales y almirantes... Unos estaban descalzos; otros llevaban enormes alas rojas en la cabeza; algunos tenían trompa como de elefante; otros, cuernos enroscados como de carneros... Todos sujetaban cuerdas, como los cargadores, y tiraban de ellas... ¿Qué tiraban? Yo no lo veía. Traspiraban, jadeaban; hablaban y miraban al mar... Y de pronto, una carabela de tres mástiles apareció sobre las olas. Lo que estaban sacando era esa carabela. Se acercaban y se agrandaba cada vez más. Tenía velas rojas y jarcias doradas. Y sus marineros subían y bajaban por ellas; saltaban de palo en palo; chillaban y reían. No eran hombres; eran simios. Y alineados en las barandas y en las jarcias doradas, había miles de papagayos amarillos, verdes, colorados... Echó anclas la carabela al pie de la fortaleza; saltaron los simios y frenéticamente comenzaron a descargar

frutas; gigantescos bananos, grandes como botes; nueces moscadas del tamaño de un melón; y miles de ladrillos de oro; y empezaron a construir... E innumerables papagayos volaban chillando y acarreaban agua y barro... Ríes, Señor; juegas conmigo; y me envías abigarrados sueños para confundir mi espíritu. Reía yo también contigo en el sueño; pero de repente me sobrecogió el terror. Perdóname, Cristo; vi, sí, lo vi. Al final, los monos subieron, riendo y chanceando, dos vigas clavadas en cruz; y sobre ellas – Señor, ¿cómo decirlo?-, no estabas crucificado Tú, sino otro. No te irrites. Me ordenaste contar todo cada mañana. Cumplo tu mandato. Sí. No eras Tú el crucificado, sino otro. Alto, curtido por el sol; vestía hábito de monje; de su hombro colgaba un atado... ¿Quién era, Señor? ¿Por qué miras hacia la puerta? ¿A quién esperas? He terminado mi cuenta. A Ti te toca hablar ahora. He aprendido a escuchar tu silencio. Sé que él es tu voz: oigo pues. *(Silencio. Isabel enjuga el sudor de su frente. Se dirige a la puerta. Escucha como si oyera pasos. Vuelve hacia el Crucificado)*. Desolado y mudo me envuelve el silencio. Me dejas sin respuesta, indefensa; y he aquí que vuelve a mi mente el sueño; dentro de mí ancló de nuevo la carabela; el aire se ha llenado de alas... *(Se abre la puerta. En el umbral aparece Cristóbal Colón, con el hábito, con el bolso y el rosario al cinto. Isabel se vuelve. Lo ve. Deja escapar una exclamación; pero de inmediato se contiene. Silencio. Parece que cambiara el aspecto de todas las cosas; que la realidad se transformara; que se hiciera más profunda; que se fuera volviendo un sueño. Hasta el repique de la campana, la escena debe presentar*

un carácter velado, de leve onirismo. Cristóbal e Isabel se miran, silenciosos, sorprendidos, con misterioso sobrecogimiento).

ISABEL. – *(Aparte)*. ¡El crucificado!

CRISTÓBAL. – *(Aparte)* ¡La Virgen con la cicatriz de media luna en la frente! Estoy soñando. Diría que aún me encuentro bajo la apacible encina, en los confines de Castilla. *(Da un paso y después otro, sobrecogido. Se detiene delante de Isabel y le sonríe. Ésta espera, agitada, en silencio, las primeras palabras).*

CRISTÓBAL. – Majestad...

ISABEL. – ¿Quién eres?

CRISTÓBAL. – No lo sé. Perdonadme, Majestad... Mis pies están ensangrentados, como si hubiera caminado por todos los continentes y hubiera luchado contra todos los mares; y he venido. Me habéis llamado y he venido. Y ahora que os veo, Majestad, comienzo poco a poco a animarme y a darme cuenta quién soy... Y para qué nací y hacia dónde voy.

ISABEL. – Tus palabras confunden la mente. No me gustan. ¡Habla claro! No; esto es mi Dios. Tú ¿quién eres?

CRISTÓBAL. – Un barco de tres mástiles, Majestad. Y vengo de más allá del Océano. Y desembarco a vuestros pies raros

frutos y pájaros multicolores y nuez moscada y todo el oro que necesitáis para salvar a la cristiandad.

ISABEL. – ¡Oro! ¿Dónde está? ¿Se llenó ya acaso el gran patio del palacio? Voy a verlo y a tocarlo.

CRISTÓBAL. – No tengáis prisa, Majestad. Se encuentra todavía en mi pensamiento. Dadme navíos, Señora del Mar, para ir a buscarlo y traéroslo.

ISABEL. – No tengo confianza en la imaginación ni en las grandes palabras. Tengo confianza sólo en mis manos. Existe solamente lo que toco: soy castellana. Lo invisible debe hacerse visible para que yo crea en ello. Mi alma debe transformarse en cólera, en amor y en acción para aceptar que existe. ¿Dónde está el oro que traes?

CRISTÓBAL. – (*Apasionadamente*) ¿Dónde están las carabelas que tantos años pido, Majestad? Yo solo no puedo, no puedo cargar el oro. Ni soy Cristo para andar sobre las aguas...

ISABEL. – No sobran barcos en España para enviarlos al extremo del mundo a buscar lo inexistente.

CRISTÓBAL. – Llamáis inexistente a lo que todavía no deseamos lo suficiente.

ISABEL. – ¡No basta el deseo!

CRISTÓBAL. – Sí basta! ¡Solamente él crea el mundo! ¿Cómo creéis que vencisteis a los infieles y los empujasteis al mar? Siete siglos que Castilla lo deseaba; y el cerebro pequeño y sin vuelo reía y se burlaba de tal locura. Pero ella clamó, anheló; era herida; era derribada; se volvía a levantar; recomenzaba la lucha. Y ahora, mirad; vuestro palacio se ha llenado de enseñas musulmanas conquistadas. Aquí, en la Alhambra; más allá, en la mezquita de Córdoba; en la Giralda de Sevilla: la Cruz ha sido clavada. La orgullosa medialuna ha huido de toda España y se borra, impotente, como una herida cerrada, sobre vuestra excelsa frente... (*Silencio*). Majestad, si supierais – como lo sé yo – cuán grande es el poder del deseo, los dos podríamos salvar al mundo...

ISABEL. – (*Sorprendida, irritada, contrae las cejas*). ¿Nosotros dos?

CRISTÓBAL. – Sí. Ningún otro. Nosotros dos.

ISABEL. – ¿Cómo te atreves?

CRISTÓBAL. – Bajad un momento la dorada corona que lleváis; dejad a un lado el hábito mil veces remendado que yo visto: dos reyes hablan; ¡dos almas grandes! Hablan y deciden sobre el destino del mundo.

ISABEL. – No acostumbro a que me hablen y me miren con tanto atrevimiento. ¡Baja la voz y los ojos!

CRISTÓBAL. – Majestad, ¿podéis vencer el orgullo y los ropajes de seda que lleváis? Caer humildemente a los pies de Cristo, como yo lo hago, y dejar a un lado todas las cosas efímeras – palacios y Granadas y reinos - y que deliberemos tranquilamente los dos sobre la manera de salvar al mundo? ¡A nosotros – debéis saberlo - nos confió Dios la salvación del mundo!

ISABEL. – Debes ser algún trovador que anda por las cortes de los nobles y en los grandes festejos inventando fantasías. Pero esta corte real es ruda y austera y distingue muy bien el aire de la piedra; y menosprecia a los ojos abiertos que sueñan.

CRISTÓBAL. – ¡Solamente estos ojos, sólo estos ojos saben ver, Majestad!

ISABEL. – Lo que tú ves de día, despierto, yo lo veo de noche, en mis sueños. Sobrepasso los límites de mis fuerzas. Doy forma al aire: lo hago ejército y oro y cabalgaduras; y avanzo y organizo una Cruzada para libertar a la cristiandad. Pero en la mañana despierta el cerebro. Extiendo las manos: vacías las arcas de Castilla; hechas cenizas las aldeas de España; extenuados los cuerpos de España por el hambre, el frío y la enfermedad. Y me enyugo como el buey al trabajo diario; empeño todos mis esfuerzos

y siento tras de mí a toda España que se resiste. Este es mi combate. Todo lo demás son alas satánicas que pretenden sacarme de la ruda tierra castellana que me dio Dios para trabajar. (*Abre una caja y saca un montón de papeles y mapas*). Toma los mapas y escritos que me has enviado. Llena tu bolso con estos papeles manchados, y trata de golpear otras puertas benignas. No tengo navíos para darte; ni ejército para equiparte; ni confianza en que existan islas de portales de oro, de que me hablas, me vuelves hablar y me juras en tus cartas.

CRISTÓBAL. – Si no existen, ¿por qué he nacido? ¡Existen, puesto que yo existo! Majestad, ¡dichoso aquél que guarda en el día los sueños de la noche y lucha por hacerlos realidad! Eso significa juventud; eso significa fe: ¡sólo así puede crecer el mundo!

ISABEL. – ¿Crece o se pierde? Los caminos de Castilla se han llenado de caballeros soñadores, con la razón algo extraviada. ¡Es tiempo que la fantasía se transforme en cerebro laborioso y se instale en esta tierra para trabajarla!

CRISTÓBAL. – Majestad, no arriéis el ala roja que flamea sobre la cabeza de Castilla. Si la arrancáis, se perderá España. Porque ella es – no lo olvidéis - el ala roja que está sobre la cabeza de Dios! Y todas esas mentes bien asentadas de que habláis tienen sólo un valor: que caminando sigan, mientras puedan, a esa ala en el aire. Vos sois el ala sobre la cabeza de España, Majestad. ¡Seguid adelante! No basta que

hayáis salvado al reino de los infieles. Vuestro deber es salvar toda la tierra.

ISABEL. - ¿Toda la tierra? Nunca mis anhelos salieron de los umbrales de España. Ella lucha como esforzada amazona desde los Pirineos hasta el Mediterráneo y el Atlántico, ya persiguiendo a los infieles, ya a la pobreza, ya a la holgazanería, ya a la injusticia. No desea otra cosa.

CRISTÓBAL. – Una palabra misteriosa os diré, majestad. Escuchad: todo soberano de la tierra mantiene un embajador en vuestra corte real. Ahora Dios ha decidido enviar también Él un embajador ante vuestro trono.

ISABEL. – ¿A quién?

CRISTÓBAL. – ¡A mí! Me entrega órdenes. Me envía con mensajes para que os lo diga. Y os los digo. Escuchad. Abrid las Escrituras y veréis: ¡próximo está el fin del mundo! ¿Cómo podéis, entonces, dormir tranquila? ¿No siente vuestro corazón como un ave de presa que lo picotea, que lo rompe por dentro con sus garras y que anhela salir? ¡Es Dios, a quien no le basta ya España y ha vuelto su rostro hacia Jerusalén y se impacienta! ¿Hasta cuándo habrá de esperar? Se acerca la hora terrible de la Segunda Venida, y ¡ay de nosotros si Él encuentra los Santos Lugares mancillados todavía por los infieles!

ISABEL. – ¿Adónde me empujas tú?

CRISTÓBAL. – No soy yo, majestad; es Dios. Poco tiempo dura nuestra vida terrena; pero de este escaso tiempo depende la eternidad. ¿Infierno eterno y paraíso eterno? Nuestros hechos aquí, en la tierra, lo decidirán. Cuanto más grande es un alma, tanto más extenso es el campo en que debe combatir. Algunos espíritus tienen como palestra sólo la propia casa; otros, la aldea en que nacieron; otros, todo un país; pero algunos, las almas grandes, poseen la tierra entera como palestra. ¡De vuestras manos depende el mundo todo, Majestad!

ISABEL. – (*Acercándose al Crucificado. Con voz suave*). Rey de los Reyes, ¿quién es este embajador que me envías? ¿Qué son estas palabras llenas de vuelo que me mandas decir? Hasta ahora mi entendimiento no vacilaba. Te he servido bien, según creo, en las tierras de Castilla. ¿Por qué deseas ahora levantar mi mente en el aire?

CRISTÓBAL. – ¿Ha llegado el momento! Maduraron ya los tiempos. ¿Estáis preparada, Majestad?

ISABEL. – ¿Qué quieres? ¿Qué te encargó Dios? ¿Qué solicita de mí? ¿Habla claro para medir mis fuerzas y ver!

CRISTÓBAL. – Majestad, cumplisteis las dos primeras hazañas que os encomendó el Señor: Salvasteis vuestro pequeño espíritu – a Isabel -, subordinándola a una gran idea. Salvasteis a vuestro gran espíritu – a España -,

haciéndola finalmente libre de infieles. Ahora comienza la tercera y más difícil hazaña: organizar una Cruzada; movilizar los ejércitos de toda la cristiandad; equipar flotas; y por mar y tierra firme, lanzaros ¡a liberar los Santos Lugares! Es lo que Dios me ha encargado deciros, Majestad. Ahora, vos debéis decidir.

ISABEL. – Mido mis fuerzas; vuelvo a medirlas: ¡no puedo!

CRISTÓBAL. –La fuerza del hombre verdadero no tiene medida. ¿Quién puede medir el espíritu de Dios? ¿Quién puede medir hasta dónde puede llegar la criatura de Dios, nuestra alma? ¡Gran pecado es, Majestad, poner límites al alma; humillarla y decirle: “¡No puedes ir más allá”! Es como humillar a Dios.

ISABEL. – Mi espíritu camina sobre la tierra y las piedras. Baja a la tierra y a las piedras si quieres que nos encontremos. Escucha: para la Cruzada que me impulsas a proclamar, no se necesita solamente alma. También es necesario oro. ¡Y no poseo oro!

CRISTÓBAL. – Yo os lo traigo! Desde la creación del mundo, el oro está en los confines del océano, en las entrañas de la tierra. El oro esperaba que nacierais, Majestad; que naciera yo también, el mismo día, a la misma hora, al mediodía de un 22 de abril...Os lo juro. Esperaba el oro durante miles de años que amaneciera este día, el de hoy, en la Alhambra; y que nos reuniéramos los dos bajo los pies de la Cruz. ¿No

visteis un ala descender sobre nosotros cuando hablábamos?
¿No escuchasteis una voz que nos decía el “Salve”?
Majestad, ¡en este momento, en medio de nosotros está el
arcángel Gabriel!

ISABEL. – (*Estremeciéndose*). ¿El arcángel Gabriel...?

CRISTÓBAL. – Si cerráis los ojos, Majestad, lo veréis. Si
ponéis atentos los oídos, lo escucharéis...

ISABEL. – No veo nada... No oigo nada...

CRISTÓBAL. – Nos mira y nos sonrío... ¡Ahora apoya el
nardo sobre vuestra cabeza y vuestros cabellos se cubren de
polvo dorado! Majestad, no os opongáis a la voluntad del
Señor. ¡Dadme los navíos que os pido para ir atraeros el oro!
Reunid los ejércitos; marchad adelante; y yo estaré junto a
vos para que libertemos los Santos Lugares ¡antes que llegue
el fin del mundo! Siento que la tierra entera pende de mis
manos. ¿Por qué os resistís?

ISABEL. – ¡No me resisto! Hoy al amanecer, tuve un
sueño...

CRISTÓBAL. – ¿Qué sueño?

ISABEL. – Vi en sueños una Cruz hecha con dos gruesas
vigas y sobre ella, crucificado...

CRISTÓBAL. – ¿Por qué vaciláis, Majestad? ¿Quién era?

ISABEL. – Un hombre.

CRISTÓBAL. – ¿Quién?

(Silencio).

ISABEL. – Mejor es el silencio.

CRISTÓBAL. – Majestad, Dios habla en los sueños... San Cristóbal es el sueño que lleva en sus hombros al Señor. Me inclino, beso vuestra mano. Escuchad: de nuestra secreta unión nacerá una criatura...

ISABEL. – *(Sobresaltada, con irritación. Se lleva la mano al pecho).* ¿Una criatura?

CRISTÓBAL. – ¡El Nuevo Mundo, Majestad! *(Se oye la campana que llama a misa. Isabel se estremece como si despertara de un sueño. Se santigua. La luz aumenta bruscamente su intensidad. La reina mira como si viera a Cristóbal por primera vez. Atraviesa la sala y se sienta en el trono. El tono de su voz ha cambiado ahora).*

ISABEL. – ¿Eres tú Cristóbal Colón?

CRISTÓBAL. – Sí, Majestad.

ISABEL. – ¿El que dice que ha hallado nuevas rutas sobre los mares?

CRISTÓBAL. – Sí, Majestad.

ISABEL. – La campana de la misa ya ha tocado. Debo ir a la iglesia. Tengo prisa. ¿Qué decíamos?

CRISTÓBAL. – Os he enviado escritos y mapas, Majestad...

ISABEL. – Entregué esos escritos y mapas a los más grandes sabios de Salamanca para que los estudiaran – y se rieron. Pregunté a capitanes que han navegado por todo el mundo: levantaron los hombros - y se rieron. Yo les creo a los sabios y a los capitanes. Pero ahora me encuentro en la duda desesperada. Seguiré el camino de la locura -¡pues la desesperación no tiene otro camino! ¿Qué solicitas de mí?

CRISTÓBAL. – Tres carabelas. Ya encontré una, la Santa María del capitán Alonso de Sevilla. Necesito otras dos.

ISABEL. – ¿Qué más?

CRISTÓBAL. – Unos cien marineros fuertes, que soporten las penurias y la desesperación.

ISABEL. – ¿Qué más?

CRISTÓBAL. – Que llenéis las bodegas con provisiones y armas. Nada más.

ISABEL. – ¿Nada más? Ambiciosas tus miras: no están satisfechas. Pides otras cosas. ¿Qué? ¡Habla claro!

CRISTÓBAL. – ¡Una Real Orden!

ISABEL. – Que diga...

CRISTÓBAL. – ¡Que me proclame Gran Almirante del Océano y Virrey de las Nuevas Tierras que descubriré! Y que yo tenga un décimo de todas las entradas, y mis hijos y los hijos de mis hijos, a perpetuidad.

ISABEL. – (*Con acento sarcástico*). ¡Ah, embajador de Dios en la corte de Castilla, Apóstol decimotercero, salvador de los Santos Lugares, ¿para qué quieres todas esas vanas grandezas? ¿Cómo puedes tú aceptar las riquezas terrenas?

CRISTÓBAL. – ¡No para mí; no para mí, Majestad! Pero he conocido bien a los hombres y los aborrezco. Para que os obedezcan y cumplan su deber, es menester que os sepan rico y fuerte. ¡Tengo, por tanto, el deber de llegar a ser rico y fuerte!

ISABEL. – ¿Tú eres el humilde asceta que peregrinas con remendados hábitos de monje? ¡Pero veo que no te basta el mundo!

CRISTÓBAL. – Si tengo poco, me basta; si poseo más, no me basta. (*Silencio. Isabel desciende del trono. Se aproxima al Crucificado; lo contempla un rato, en silencio. Después, se inclina y besa sus pies. Murmura quedamente*).

ISABEL. – “He aquí la esclava del Señor: ¡cúmplase tu voluntad!” (*Se vuelve hacia Cristóbal, severa, con los labios apretados. Cristóbal inclina la cabeza. La reina habla lentamente, con acento solemne*). Cristóbal Colón, acércate. (*Cristóbal se aproxima, inquieto. Isabel saca de su cuello la cruz de oro*). ¡Gran Almirante del Océano, Virrey de las Indias, esta Cruz del martirio sea contigo! (*Le cuelga la Cruz dorada. Cristóbal mira a la reina como si quisiera pedir algo más todavía*). ¿Todavía? ¿Qué deseas todavía, Don Cristóbal?

CRISTÓBAL. – Una gracia, Majestad; la última; la más grande.

ISABEL. – Escucho.

CRISTÓBAL. – Posar mis labios sobre la herida en forma de medialuna que se borra ya sobre vuestra frente...

ISABEL. – (*Sonriendo amargamente*). ¡No todavía! Cuando vuelvas, si vuelves... ¡Y cómo vas a volver! ¡Vete!

TELÓN

ACTO CUARTO

En el Océano Atlántico, a bordo de la Santa María. Terrible tempestad. Cristóbal, acabado, enflaquecido, se coge con fuerza del mástil y contempla tranquilo las olas espumeantes. Viste el mismo hábito remendado, pero de su cuello pende ahora la cruz de oro que le regaló la reina Isabel. El padre Juan trata desesperadamente de maniobrar el timón. A su lado, el capitán Alonso, cubierto con capote, afila lentamente un puñal. Los dos hablan rápido, en voz baja. Al fondo, en todo el rededor, marineros enfurecidos, cogidos de las cuerdas y las barandas, tienen los ojos clavados ya en Cristóbal ya en el capitán Alonso, y esperan. Desde abajo, desde la bodega cerrada, se oyen aullidos e imprecaciones. Está amaneciendo.

JUAN. – Capitán Alonso, ¿hasta cuándo seguirás afilando ese puñal? Mira: en torno nuestro los marineros, irritados, tienen los ojos clavados en ti y esperan. ¡Dales una señal! Y a él, ¿no lo ves? Está agarrado al mástil para que no lo barran las olas. Éste es el momento: ¡clávale el puñal; empújalo y arrójalo al mar!

CAPITÁN. – Padre Juan, ten con fuerza el timón. Espesa niebla ha caído. ¡Deja la charla!

JUAN. – Tenga éxito o no tenga éxito, nosotros estamos perdidos. ¡Esto sé yo!

CAPITÁN. – Tenga o no éxito, él está perdido. ¡Esto sé yo! Y será pronto.

JUAN. – ¿Pronto? ¿Cuándo? Sesenta y nueve días y sus noches luchamos sobre este desierto, siempre desierto océano. ¿Dónde están las islas de los portales de oro? Ni un peñasco, ni un pájaro, ni una vela blanca en el cielo-mar infinito...Este perro nos amarró a su cola y nosotros los seguimos... ¿Dónde vamos? ¡Al infierno derecho!

CAPITÁN. – (*Riendo con sorna*). Hacia el infierno vamos, padre piloto, y vamos bien: ¡allí está el oro!. (*Se oyen gritos e imprecaciones desde el calabozo y golpes en el techo de la bodega*).

JUAN. – Escucha a los desdichados que se sublevaron, encerrados y encadenados en el calabozo, sin agua, si pan,

con hierros en los pies. Toda la noche han rugido y blasfemado, gritando que volvamos atrás. ¡No soporto más! ¡Voy a virar el timón y atrás!

CAPITÁN. – Sigue adelante, padre piloto. El mar tiene sus leyes. El capitán tiene su honor. Aunque vea al diablo adelante, ¡no ha de volver atrás! ¡Hay, pues, que seguir!

JUAN. – Buen humor de amanecida tienes hoy, capitán Alonso. Ayer tu mirada era turbia... Hoy centellea...

CAPITÁN. - ¡Calla! Viene el Prior. (*Oculto el puñal entre sus ropas*). Cambiemos de plática. Creo que algo sospecha. La barba le tiembla de rabia.

JUAN. – No de rabia, sino de compasión. Se apiada del Anticristo. (*Se oye un profundo suspiro de Cristóbal. El Prior se acerca, sombrío*).

PRIOR. – Capitán Alonso, la vida del hombre es una valiosa perla; no porque valga por sí misma, sino porque de ella depende la vida eterna. ¿Comprendes qué quiero decir?

CAPITÁN. – Navío es éste, santo Prior; no es Monasterio. Deja las palabras conventuales. ¿No ves el océano embravecido? No oyes crujir los flancos de la Santa María? Te comeré o me comerás: ésa es la ley aquí.

PRIOR. – ¿No tienes alma? ¿No lo compadeces? Míralo. Enflaqueció su cuerpo. Aparecieron los huesos... No duerme, no come, no habla. Mantiene los ojos clavados adelante, hacia el confín del océano. Permanece inmóvil y el sudor de la muerte corre ya por su piel. ¿No lo compadeces? Como quiera que sea, va a morir. No alces tu mano. Deja que Dios juzgue.

CAPITÁN. – Lo que puedo hacer solo, lo hago solo. No necesito a Dios como socio. ¡Y perdóname!

JUAN. – (*Aparte*). Golpea ya, capitán Alonso, y no lo escuches. Dijimos que al amanecer y está amaneciendo.

PRIOR. – Tus ojos se han enrojecido, capitán Alonso. Se han llenado de sangre. Pero yo tengo que dar cuenta de su alma. No puedo dejar que la entregue al Señor sin penitencia. Voy a confesarlo y a darle la comunión. ¡Que nadie se acerque! Pero si se niega, ¡daré vuelta mi rostro y vosotros haréis lo que os plazca! (*Se dirige hacia Cristóbal*).

CAPITÁN. – (*Riendo*). ¡A éste también lo tiene enloquecido Dios! (*Al padre Juan*). ¿Qué brilla en mis ojos, preguntas, padre Juan? ¿Qué podría ser, viejo lobo? ¡¡Oro!!

JUAN. – ¿Lo has visto en sueños?

CAPITÁN. – ¿Por tan necio me tienes, capitán Juan? ¡He visto una luz! ¡Una luz de verdad! ¡Encendida por seres humanos!

JUAN. – ¿Qué? ¿Dónde? ¡Habla claro!

CAPITÁN. – Ayer, pasada la medianoche, vi una luz, lejos, frente a frente a nosotros... Y después, otra y otra más..., como fogatas encendidas de monte en monte... Como si fueran señales... (*En voz baja*). ¡Padre Juan, estamos llegando!

JUAN. – ¿Llegando...? ¿Entonces tenía razón el loco iluminado?

CAPITÁN. – Cierra la boca. Tratemos de terminar con él antes que se disipe la borrasca y aparezca la tierra firme...

JUAN. – (*Santiguándose*). ¡Y entonces todo el oro para nosotros...!

CAPITÁN. – (*Riendo con sarcasmo*). Buen, bien. ¡No te apures tanto, diablo de fraile! Voy a hablar a los marineros para que acabemos de una vez. Y tú mantén firme el timón. Vamos derecho adelante. ¡Derecho hacia el demonio de cuernos de oro! (*Se aleja. Silencio. Se oye el rugir del océano. El Prior se ha acercado a Cristóbal. Lo oye hablar solo. Se detiene y escucha.*)

CRISTÓBAL. – ¡Oh Señor, Dueño de los mares, Protector de Castilla y de Cristóbal Colón, fuera de mi barco, el océano ha enloquecido! Ha visto que voy a coger las islas y pretende ahogarme. Dentro de mi navío, respiro el miedo, la vergüenza, la traición. ¡Dios mío, me has abandonado en medio del océano! ¡Pero yo no te abandono! Desapareció mi carne: cayó desde la cubierta al mar; pero quedaron mis huesos y ellos se entrelazan a tu alrededor y te abrazan, ¡oh siempre oscuro y salobre Mástil de la Esperanza! ¡Y allí donde vayas, iré yo también contigo!

PRIOR. – (*Da un paso. En voz baja*). Capitán Cristóbal. (*Cristóbal oye; no responde; no vuelve la cabeza*). ¡Capitán Cristóbal!

CRISTÓBAL. – (*Volviéndose, irritado*). ¡No me digas capitán Cristóbal! ¿Cuántas veces te lo he de repetir? ¡Soy el Gran Almirante del Océano, y dentro de pocos días, dentro de pocas horas, con toda seguridad, el Virrey de las Indias! Desde la noche en que me viste llegar a mendigar un poco de pan y un trago de agua, ha pasado mucho tiempo. Dios se inclinó y puso sobre mi cabeza una corona. ¿No la ves?

PRIOR. – Veo tus cabellos que encanecieron en pocos días, azotados por el viento. Veo tu rostro consumido por el hambre, el insomnio y el terror. Y sobre tu cabeza percibo ¡las alas de la muerte!

CRISTÓBAL. – ¡Las alas de la gloria!

PRIOR. -¡¡Las alas de la muerte!! ¡Ha llegado tu última hora, desdichado! Prepárate para presentarte ante el Señor. Robaste, asesinaste, mentiste, arrojaste impías miradas sobre la Reina. Ahora llegó tu última hora. Clama: ¡he pecado!

CRISTÓBAL. - ¡Yo no puedo morir! Y no me amenes. Tierras no holladas ascienden dentro de mi espíritu. La muerte ha de esperar hasta que yo ponga sobre ellas mis pies. ¡Esclava es la muerte por cierto, y no señora! ¡Que espere! Si no hubiera asesinado, robado y mentido, vagaría todavía descalzo por los caminos de Castilla, carga para Dios y para los hombres. ¡Y el mundo no crecería!

PRIOR. - ¡El pecado engendra muerte!

CRISTÓBAL. - No existen los pecados, santo Prior; no. No existen pecados; existen solamente pecadores. Y yo, por más pecados que cometa, permanezco siempre puro, límpido como la llama. ¡Porque cuanta carroña recibe la llama, en llama la transforma!

PRIOR. - Igual, exactamente igual, habla Satanás.

CRISTÓBAL. - Igual habla el hombre que posee el gran secreto.

PRIOR. - ¿Qué secreto?

CRISTÓBAL. – ¡Que el pecado mismo está al servicio de Dios! Estiércol, aguas pútridas: yo os transformaré en rosa – dice el rosal. ¡Eso dice también el alma grande, santo Prior, a la mentira, al robo y al crimen...! (*Se escuchan gritos e imprecaciones desde el calabozo*).

PRIOR. – ¿No los oyes? ¿No los compadeces? Vuélvelos a sus tierras. Jadeantes te han seguido. Sus almas no poseen alas. No pueden resistir...

CRISTÓBAL. – Pero entonces, ¿nunca has leído las Escrituras? ¿Es incapaz tu mente de comparar hombres y épocas? Mírame; mira en torno tuyo; abre los ojos: Yo soy el nuevo Moisés y el Atlántico es mi desierto. Y esa tripulación que jadea, aterrada, es mi pueblo. ¡Y lo coloco al fuego, como al hierro, para moldearlo y hacerlo semejante a mí!

PRIOR. – ¡No eres Dios para que moldees a los hombres a tu semejanza!

CRISTÓBAL. – (*Exaltado*). Tres veces he visto hasta ahora a Dios; no en sueños, sino con los ojos abiertos, llenos de lágrimas, a través de las lágrimas. Y conozco su rostro... Antes de verlo, yo era como los demás hombres, que parecen cerdos, bueyes o corderos. Pero desde el día en que lo vi por primera vez, lloré, anhelé, sentí dolor y luché; y mi rostro cambió, enflaqueció; llegó a ser igual al de Dios. Por eso combato para que los hombres se me asemejen. Por eso, no compadezco a mi pueblo que atraviesa este salado

desierto y grita. ¡Que grite! Toda alma debe cruzar un desierto para salvarse: también cada pueblo. Estamos llegando ya a la Tierra de Promisión, que destila miel y leche. Estamos llegando el término del viaje.

PRIOR. – ¡A la muerte!

CRISTÓBAL. – ¡A la victoria, a la gloria, a la Antilla!

PRIOR. – ¡A la muerte! Existe un límite en medio del océano. Hay un límite, necio. Si lo atraviesas, el mar se transforma en una enorme catarata ¡y devora los navíos! ¡Gran Almirante de la Soberbia, has sobrepasado los límites de Dios!

CRISTÓBAL. – ¡Dios no tiene límites! El alma grande tampoco los tiene. Abre los ojos: ¿qué divisas tras la niebla del amanecer?

PRIOR. – Nada... nada... Por todas partes, olas embravecidas, desiertas...

CRISTÓBAL. – ¿No ves las islas, las montañas? ¿No te llega suave perfume de los bosques floridos? ¿No distingues las ciudades de oro que refulgen al sol?

PRIOR. – ¡Nada...nada!

CRISTÓBAL. – ¿No escuchas las aguas que murmuran; los niños que ríen; los papagayos, los cardenales, los mirlos? ¡Escucha! (*Silencio. Música suave. Se oye rumor de aguas, risas, trinos de pájaros*).

PRIOR. – ¡No oigo nada... nada...!

CRISTÓBAL. – ¡Impíos! Por eso sufro tanto; por eso tardan tanto en aparecer mis islas. Porque nadie me ayuda. He quedado yo solo para sacarlas del fondo del mar. ¡Señor, te doy gracias porque me diste compañeros cobardes, ciegos, sin fe, para que yo, yo solo, reciba toda la gloria! No muevas la cabeza, Prior. Pedí a la Reina que me permitiera traerte conmigo en mi carabela, para que vieras y creyeras. Toda esta noche han revoloteado pájaros sobre mi cabeza. Un aire terrestre soplaba y la noche toda olía a madreSelva, clavo de olor y canela... ¡Qué dicha aquella, Dios mío, qué frescor, qué perfume, qué paraíso...! Sólo una cosa faltaba: el ruiSeñor. Coge tu estola, santo Prior; reúne a los marineros; reza el Gloria. ¡Estamos llegando...!

PRIOR. – Tomaré la estola; reuniré a los marineros y comenzaré el oficio de difuntos. ¡Estamos perdidos, estamos perdidos, y tú sigues en pecado! ¡Todavía es tiempo, desdichado! Confiesa tus pecados y recibe la comunión.

CRISTÓBAL. – ¡Lo que he hecho, santo y bueno! ¡Lo que no he hecho, lo he de hacer! (*Entre tanto, vemos al capitán Alonso moverse en torno y hablar con los marineros. Todos juntos,*

furibundos, se acercan y van cercando poco apoco a Cristóbal. El Prior se vuelve; los mira; levanta las manos).

PRIOR. – ¡Él no quiere a Dios! ¡Dios no lo quiere a él! ¡Lo entrego a vuestras manos! (*Lentamente, en silencio, se acercan los marineros – rostros patibularios, viejos lobos de mar, asesinos, bandidos, aventureros. El capitán Alonso avanza adelante. Cristóbal se vuelve. Los mira sereno. Todos se detienen, vacilando. Sólo el capitán Alonso da un paso. Se saca el gorro y saluda ostentosamente, burlón).*)

CAPITÁN. – ¡Gran Almirante del Océano, Virrey de las Indias, falsario, ladrón, asesino! (*Como si hubiera sentido un repentino temor al pronunciar estas palabras, se calla).*)

CRISTÓBAL. – ¿Tienes miedo, capitán Alonso? ¡Valor! Dadle una copa de vino castellano para reanimarlo... ¿Entonces...?

CAPITÁN. – Hemos medido tus injusticias. Terribles señales hemos visto en el mar y en el cielo. No soportamos más. Y hoy, en este amanecer, hemos tomado la decisión de ponderar todo en justicia y juzgar.

CRISTÓBAL. – ¡Miserables hombrecillos! ¿Vosotros juzgar mi alma? ¿Vosotros me vais a juzgar? ¡Basta ya! ¡Habéis caído en mis garras y no os salvaréis!

CORO DE MARINEROS. – ¡Está loco...está loco! ¡Estamos perdidos! ¡Mirad cómo ríe...!

CRISTÓBAL. – (*Riendo*). Tarde caísteis en la cuenta. ¡Seguro que estoy loco! ¿No veis mis ojos, no escucháis mis palabras, no medís mis acciones? Era feliz con mi mujer Felipa y con mi hijo Diego, con mis suegros ricos. Y de repente, lo abandono todo; reúno vagos, bandoleros, ladrones, a todos vosotros; me embarco en un mísero navío; y parto a buscar el oriente...; pero en vez de navegar hacia el levante, enfilo proa hacia el poniente. (*Estalla en risa*). ¡Estáis confundidos, desdichados hombrecillos! Mirad tras vosotros: la vieja tierra ha desaparecido. Mirad adelante: desierto, todo desierto; la nueva tierra no aparece aún. ¡No tenéis faldas de qué cogeros para comenzar a cantarme, como a los niños, el lamento fúnebre! ¡Cobardes, para que halléis la nueva tierra, debéis abandonar a puntapiés tras vosotros la antigua; y encontraros solitarios, desesperanzados, hambrientos, en medio del océano!

CORO DE MARINEROS. – ¡Bien estábamos en la vieja tierra! Teníamos lo que queríamos y ¡qué no teníamos!: pan, mujeres, vino, sueño, leña para calentarnos, agua para navegar, puñales para matar los siete bienes de Dios. ¡No queremos, no queremos una tierra nueva!

CRISTÓBAL. – ¡Pero yo la quiero. Me ahogo en la tierra vieja; no quepo en ella. Abro mis brazos: se ensancha el mar. Extiendo mis piernas: tiemblan Europa, Asia, África: se

ensanchan los continentes. Dentro de mí Dios ha crecido; ¡y es menester que crezca también el mundo!

PRIOR. – ¡Hemos sobrepasado los límites que Dios puso. Hemos entrado en la gran catarata. Nuestro navío se precipita al vacío!

CRISTOBAL. – (*Riendo*). ¡Sí; sí; es verdad! ¡La carabela se precipita al abismo! ¡Aquí os quiero ver, bravos, marineros! (*Aterrados, los marineros se agarran unos a otros, aullando y dando gritos*).

CORO DE MARINEROS. – ¡¡Estamos perdidos!! ¡¡Estamos perdidos!!

CRISTÓBAL. – ¡Eh, bandoleros, ¿qué rostros son éstos? No parecen rostros castellanos. ¡Qué vergüenza! Tantos años que lucháis con los hombres y con el mar y no habéis caído en la cuenta todavía. ¿Dónde creéis que navegamos la vida entera? ¿En aguas serenas por ventura? ¡Ay de vosotros! El alma corre y se despeña de catarata en catarata. ¡Y la última catarata es Dios! ¡Valor, compañeros míos! Acércate, capitán Alonso; deja el puñal. Tengo que decirte un audaz secreto... Acércate, te digo. No puedo gritar. El mar ahoga mi voz. (*Silenciosos, siempre irritados, sombríos, se acercan lentamente todos los marineros juntos*). Acercaos aún más. No temáis. Escuchad: ¿creéis que por mi propio deseo me embarqué en esta carabela y combato ya sesenta y nueve días y sus noches para atravesar el océano? ¿Creéis que con mi propio

entendimiento yo hallé la ruta misteriosa que conduce a la tierra de los portales dorados? ¡No! ¡No! No partí por voluntad propia. Escuchad: extendió un día su mano la Virgen del Atlántico y me dio como saludo una manzana de oro. La vio el santo Prior; la vio el capitán Alonso; la vio el padre Juan: ¡que lo atestigüen!

PRIOR. – Es verdad. Con nuestros ojos vimos la manzana de oro.

CRISTÓBAL. – ¡No era una manzana: era el mundo! Y encima estaban grabadas las olas del océano; y sobre las olas, nuestra carabela, con su nombre, Santa María; y dentro del barco, se distinguía claramente al santo Prior, al capitán Alonso, al padre Juan, y a todos vosotros, uno a uno, con vuestros rudos rasgos – bigotes, barbas, pechos tatuados con navíos y mascarones de proa... Todo estaba proféticamente grabado sobre la manzana de oro. Y en el extremo, una isla de esmeralda; y bajo ella, con grandes letras, su nombre: Antilla. ¡Y escuchad; escuchad, hermanos, lo más maravilloso: en al ribera oriental de la isla, allí donde anclará nuestra carabela, una fecha...¿Qué día es hoy?

CAPITAN. – 12 de octubre de 1492, día viernes.

CRISTOBAL. – ¡Milagro inmenso! Arrodillaos, hermanos. Glorificad al Señor. ¡Sobre la manzana dorada, en la ribera oriental de la isla, estaba escrita – lo juro - esta fecha: 12 de octubre de 1492, día viernes!

CORO DE MARINEROS. – ¡No lo escuchéis! ¡Está loco!
¡Muerte, muerte! ¡Sus cabellos despiden llamas! ¡El aire se ha
inflamado! ¡Está haciendo hechicería!

CRISTOBAL. – ¡En pocas horas más llegamos, lo juro!
Extiendo mis manos; ¡no toco aire; toco piedras y ramas e
islas florecidas! ¡Un aire tibio poniente sopla y llena de
aromas mi espíritu! Llegan bandadas de pájaros. Se posan en
las jarcias. Trinan y nos dan la bienvenida. Quitad las
cadenas a los sublevados. Que suban del calabozo, para que
vean, oigan, se regocijen también ellos y crean al fin. (*Abren
la escotilla de la bodega y suben los rebeldes, esqueléticos*).
¿Escucháis, escucháis? Desde lejos nos han visto los nuevos
hombres y han comenzado a tocar rápida y alegremente sus
tambores. ¿No escucháis? Tam, tam, tam... Callad y oiréis.
(*Todos contienen la respiración, sobrecogidos por las palabras de
Cristóbal. Como que oyeran, muy lejanos, pesados y rítmicos
golpes de tambor*).

CORO DE MARINEROS. – Hermanos, ¿qué son esos
tambores que resuenan? ¿Estaremos llegando de verdad,
entonces. ¿Habremos llegado?

CRISTÓBAL. – ¡¡El ruiseñor, el ruiseñor!! (*Mira al aire como
en éxtasis*).

CAPITÁN. – ¿Cuál ruiseñor? Impostor, tus oídos zumban.
¡No lo escuchéis!

CRISTÓBAL. – *(Imperioso)*. ¡¡Callad!! *(Silencio. Cristóbal, sobrecogido, escucha el canto del ruiseñor. Los demás no oyen nada. Cristóbal extiende los brazos al aire, suspirando)*. ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! *(De repente, se escucha en el aire, dulcísimo, el canto del ruiseñor)*.

CORO DE MARINEROS. – ¡¡Un ruiseñor!! ¡Un ruiseñor canta en el aire! ¿Dónde? ¿Dónde está? ¡Oigo, pero no veo nada! ¡Ni yo! ¡Tampoco yo! ¡Canto de ruiseñor sin ruiseñor no puede existir! ¡Hechicería! ¡Hace hechicería! ¡Cerrad vuestros oídos: no os condenéis!

CRISTÓBAL. – ¡Almas obesas, impías, todas carne! Primero nace – sabedlo – el trino del ruiseñor y después el ruiseñor. ¡Ahora, ahora lo veréis! *(El trino se escucha más fuerte, más alegre y continuado, como si se acercara. Muchos se santiguan. Otros se arrodillan, aterrados. De súbito, se alza un clamor general: encima de ellos, posado en una jarcia, ven al ruiseñor que canta)*.

CORO DE MARINEROS. – ¡¡Helo ahí, helo ahí!! ¡Posado en la jarcia! ¡Un ruiseñor, un ruiseñor! ¡Milagro, milagro! *(Cristóbal mira al pajarillo con ojos muy abiertos. Se estremece sobrecogido. Murmura con temor)*.

CRISTÓBAL. – ¡Dios mío...! *(Se apoya al pie del mástil, con la mirada clavada en el cielo, como en éxtasis)*.

PRIOR. – ¡Callad! Creo sentir alas de ángeles sobre su cabeza. *(El océano se ha calmado. Dos ángeles se acercan a Cristóbal. Lo rozan con los pies. Lo llaman en voz baja).*

ÁNGEL I. – Cristóbal...Cristóbal Colón... ¡Don Cristóbal...! No escucha.

ÁNGEL II. – Deja. No entiendes tú de humanos. Yo le haré oír. ¡Gran Almirante del Océano, Virrey de la Indias! *(Cristóbal abre los ojos, extasiado. Escucha).*

CRISTÓBAL. – ¡Heme aquí!

ÁNGEL I. – ¡Has llegado a las islas que anhelabas...! ¡Levanta la cabeza y mira!

CRISTÓBAL. – Dos grandes pájaros vuelan sobre mí y hablan... ¿Qué dicen?

ÁNGEL II. – ¡Has llegado! Soplo y disipo la espesa niebla... Mira las montañas, los bosques, las playas... Ahora aparecieron las ciudades. Mira los portales de oro y las callejuelas de plata. ¡Abre las sienes para que entre en ti tal maravilla! *(Todo lo que dice el ángel lo vemos proyectado cinematográficamente).*

ÁNGEL I. – Escucha las aguas, los mirlos, las perdices... Oye los gallos que cantan... ¡Ha amanecido!

CRISTÓBAL. – ¡Qué suave brisa es ésta, qué dulces voces, qué risas, qué alegría – el Paraíso! (*Escuchamos todo aquello que habla el ángel*).

ÁNGEL II. – ¡El Paraíso! Ha surgido recién del mar, límpido, virginal... Mira a los hombres que están sentados bajo los árboles, desnudos, todos pureza y candor. De dos en dos, hombres y mujeres se abrazan. Se abrazan inocentemente, como insectos, como ardillas. ¡No han mordido aún la roja y venenosa manzana!

ÁNGEL I. – ¡Gran Almirante de la Fantasía: Dios no te ha avergonzado! He aquí la Tierra de Promisión que buscabas. ¡Levántate y saludala! Pero no sigas adelante. ¡Escucha: no sigas adelante! ¡Vuelve atrás! Es ésta la más alta, la más pura cumbre del combate. Terminó el heroico ataque, la divina inseguridad. De ahora en adelante, comienza el martirio... ¡Vuelve atrás!

CRISTÓBAL. – Durante muchos años fundía y forjaba este Paraíso y ahora ¡helo aquí ante mí, todo oro y perfume! ¿Y no me dejas extender mi mano para tomarlo? ¡Déjame pasar! ¿El martirio? ¿Qué martirio?

ÁNGEL II. – Cierra los ojos; sujeta tu corazón para que no grite; tiende el cuello; escucha: ¿qué oyes? (*Se oyen gritos y lamentos y una melodía lejana, arrastrada, elegíaca. Oímos las*

voces y los lamentos durante toda esta visión y lo vemos todo en proyección cinematográfica).

CRISTÓBAL. – Voces y lamentos escucho y una lejana elegía, desesperada... Como que sollozaran los oquedales, los árboles, las aves, las riberas... Claman hombres, niños, mujeres... Percibo mi nombre; pero no distingo qué dicen... ¿Qué dicen?

ÁNGEL I. – ¡Apiádate de nosotros – dicen -, compadécenos! ¡Vete! Bien estamos; felices somos. Nada nos falta. Nada queremos. Aquí está el Paraíso... ¡Capitán Cristóbal: compadécenos! ¡Vuelve atrás!

CRISTÓBAL. – ¿Por qué me rechazan? ¿Qué les he hecho? ¡Les traigo a Cristo para que salve sus almas!

VOCES. – ¡No queremos! ¡No queremos! ¡Vete! No queremos alma: nos basta con nuestro cuerpo. No queremos nuevos dioses. Nos bastan los nuestros: huelen bien, hablan, besan, bailan como nosotros y nos gustan. ¡Fuera, fuera! ¡Iros, demonios blancos!

CRISTÓBAL. – (*Mirando con temor*). ¿Qué asalto es éste? Piedras, arcos, hachas. ¿A quién persiguen? ¿A quién gritan?

ÁNGEL II. – ¿No lo ves? Corre adelante, hacia el mar. Chorrea la sangre sobre él... Ruge de dolor...

CRISTÓBAL. – ¿Qué es? ¿Un toro? Veo pequeñas banderolas rojas, verdes, amarillas, sobre el lomo, en el testuz, en las ancas...

ÁNGEL I. – Helo aquí... ¡Ahora vuelve la cabeza! ¡Míralo!

CRISTÓBAL. – *(Con voz ahogada de terror)*. ¡¡Oooh!!

ÁNGEL II. – ¡A ti te persiguen, desdichado; sangrante, lleno de banderolas, como el toro en la arena!

ÁNGEL I. – Y sobre cada banderola que flamea clavada en tu carne, hay letras...

CRISTÓBAL. – ¿Letras? ¿Qué dicen?

ÁNGEL II. – Escucha: ¡San Salvador, Santa María, Fernandina, Isabela, Cuba, Antilla!

ÁNGEL I. – Cada isla que has descubierto es una llaga que destila sangre...

ÁNGEL II. – ¡Mira, mira! Te han atado de pies y manos con gruesas cadenas. Te han encerrado en mazmorras...

CRISTÓBAL. – ¿Con cadenas...?

ÁNGEL I. – Escucha cómo las forja ahora el herrero De Sevilla. *(Oímos el martillo del herrero)*.

CRISTÓBAL. – ¿Por qué esto?

ÁNGEL II. – ¡Así debe ser! ¡No preguntes: es la ley!

CRISTÓBAL. – ¡Es injusto; es injusto!

ÁNGEL I. – ¡No blasfemes, pequeño cerebro humano! Ésta es la justicia de Dios: calla!

CRISTÓBAL. – ¡Dios mío, porqué martirio! ¿No puedo librarme de él?

ÁNGEL II. – Libre te creó Dios Todopoderoso: puedes salvarte.

CRISTÓBAL. – ¿Cómo?

ÁNGEL I. – ¡¡Vuelve atrás!!

CRISTÓBAL. – ¡¡Jamás!! (*La voz y el grito son iguales a los de San Cristóbal en la iglesia del Monasterio*).

ÁNGEL II. – ¡Vuelve atrás, desdichado! ¡Mira a lo llegarás! ¡Cómo vuelves a Castilla: encadenado, lleno de apestantes llagas, con gangrena. ¡Vuelve atrás!

CRISTÓBAL. – ¡¡Jamás!!

ÁNGEL I. – Los niños te arrojan piedras. Las enlutadas castellanas corren tras ti, desgreñadas, y te piden a gritos los hijos, los esposos, los hermanos que les mataste... ¡Y la Reina Isabel....!

CRISTÓBAL. – ¡Calla!

ÁNGEL I. – ¡Tiembles, tiembles, desdichado! Pero aún tienes tiempo de salvarte. ¡Vuelve atrás! ¿Por qué no contestas? ¿Aceptas el martirio? ¿No lo aceptas? ¡Responde!

ÁNGEL II. –No lo apures. Libre es. Él decide...

CRISTÓBAL. – *(Se yergue, se santigua. Levanta los brazos. Serenamente).* ¡Acepto! *(Se oye un fuerte rumor de risas en el aire. Los ángeles desaparecen. Vemos de nuevo alrededor de Cristóbal al Prior, a Alonso, a Juan y a los marineros. Cristóbal ha vuelto del desvanecimiento. Está aún erguido, todavía en alto la mano derecha).*

PRIOR. – ¿Con quién hablabas? Diría que he oído alas sobre tu cabeza...

CAPITÁN. – Te santiguaste. Exclamaste: “Acepto”. ¿Qué aceptabas? ¿Con quién hacías tratos?

CORO DE MARINEROS. – ¡Está llorando...! No; no llora; ríe...¡Sus ojos se oscurecieron...! No, no; resplandece su rostro. Mira el aire y la niebla se va disipando... *(Cristóbal, en*

silencio, mira a sus compañeros y más allá al mar. La bruma termina de disiparse poco a poco).

PRIOR. – *(Agitado. Con temor).* ¿Con quién hablabas? En tu desvanecimiento te debatías y clamabas. ¿A quién le hablabas?

CRISTÓBAL. – A nadie; a nadie. Hablaba con mi alma. *(En ese momento tres marineros llegan corriendo; traen ramas y maderos tallados).*

MARINERO I. – ¡Hermanos: hemos llegado! ¡Felicidad inmensa! Inclinaos; mirad: el mar está lleno de ramas y hojas de extraños árboles...

MARINERO II. – *(Mostrando dos máscaras talladas que trae en las manos).* ¡Mirad; mirad! ¡Qué raros demonios tallados en madera; qué mejillas verdes y rojas; qué cuernos y plumas!

MARINERO III. – ¡Han rodeado nuestro navío! ¡Navegamos en medio de demonios! *(Los marineros corren hacia la barandilla. Se inclinan sobre ella, sobrecogidos. Unos gritan; otros se santiguan)* ¡Llegamos; llegamos! ¡Glorificado sea Dios! *(De súbito, desde el mástil mayor, se escucha un estridente toque de corno, jubiloso. El vigía grita).*

VIGIA. – ¡¡¡Tierra!!! ¡¡¡Tierra!!! *(Todos corren desatados a proa. La niebla se ha disipado por completo. Al fondo se distinguen*

montañas azuladas y blanquísimas playas. Los marineros se abrazan, se besan, bailan).

PRIOR. – (*Aproximándose con respeto*). ¡Virrey de las Indias, perdóname! ¡Tenías razón: hemos llegado...!

CAPITÁN. – ¡Gran Almirante del Océano...! Se tiñen de rosa las nuevas tierras... No olvides nuestro acuerdo: mitad y mitad.

JUAN. – ¡Oh Don Cristóbal! ¿Por qué tienes bajos los ojos? ¡Levántalos y mira la nueva tierra, hija tuya...!

CRISTÓBAL. – (*Serena, tristemente*). La conozco...Ocho años ha que la contemplo... (*No levanta la mirada para ver la nueva tierra. Los marineros caen corriendo sobre Cristóbal: le besan las manos, los pies*).

CORO DE MARINEROS. – ¡Gran Almirante del Océano! ¡Tenías razón! ¡Perdónanos...! ¡Virrey de las Indias, olvida cuánto veneno te dimos...! Eres un alma grande. No te enojas con nosotros.

PRIOR. – ¡Oh Portador de Dios, Señor Don Cristóbal! ¿No ríes tú también? ¿No alzas los brazos para glorificar a la Virgen del Atlántico? ¡He aquí la anhelada Antilla, tu Antilla! ¿No sientes tú alegría?

CRISTÓBAL. – *(Quieta, desesperadamente, tratando de desprenderse de todos los abrazos, para quedar solo. Sin levantar la vista). Alegría.... Alegría... (Y de repente, estalla en sollozos).*

TELÓN

Bibliografía

- Athanassiou, N. : "Introducción" a N. Kazantzaki, *Théâtre I Melissa, Kouros, Christophe Colomb*, Adaptation Française de Liliane Princet et N. A., Plon, Paris, 1974.
- Barrault, J. L. *Paul Claudel et Christophe Colomb*, Présentation des Cahiers de la Compagnie Renaud Barrault, N° 1, Ed. René Julliard, Paris, 1953.
- Bidal-Baudier, M.L.: Nikos Kazantzakis *Cómo el hombre se hace inmortal*. Traducción P. Canto, Editorial Lohlé, Buenos Aires, 1987
- Castillo Didier, M.: *Kavafis íntegro* Coedición Tajamar Editores-Centro de Estudios Griegos, Santiago, 2007.
- Claudel, P.: *Le Livre de Christophe Colomb*- Gallimard, Paris 1935.
- Colón, C.: *Libro de las profecías*. En *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Biblioteca Clásica. Librería de la viuda de Hernando, Madrid 1892.
- Colón, C.: *Relación del primer viaje*. En *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*.
- .Colón, F.: *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*. Imprenta Tomas Minuesa, Madrid 1892.
- Kazantzaki, H.: *Le dissident: Nikos Kazantzakis vu à travers ses lettres, ses carnets, ses texts inédits*, Plon, Paris, 1968.
- Kazantzakis, N.: *Ascesis Salvatores Dei*. Traducción D. L. Garasa, Editorial Lohlé, Buenos Aires 1975.
- Kazantzakis, N.: *Constantino Paleólogo*. Traducción, prólogo y notas M. Castillo Didier. Editorial Santiago, Santiago 1967.
- Kazantzakis, N.: *España: dos rostros*. Traducción Joaquín

- Maestre, Ediciones Júcar, Madrid 1985.
- Kazantzakis, N.: *Teatro*, Introducción, traducción y notas M. Castillo Didier, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, Santiago, 1978-
Contiene las tragedias *Odiseo*, *Julián el Apóstata*, *Nicéforo* y *Kapodistriás*.
- Kazantzakis, N.: *Théatro*. Edición griega. Difros, Atenas 1965. Tres volúmenes. Contiene 15 tragedias.
- Madariaga, S, de: *Vida del muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1940.
- Martínez Arancón, A.: "Sobre la Ασκητική de Kazantzakis. En Omatos, O. (Editora): *Tras las huellas de Kazantzakis*. Athos Pérgamos, Granada 1999.
- Menéndez y Pelayo.M.: *El Nuevo Mundo descubierto por Colón. Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega, Obras Completas*, vol. XIV, Madrid, 1925.
- Monory, M.: "Kazantzakis y las imágenes del fuego", rev. *Nea Hestía* (Septiembre 1971).
"La llama y el círculo, La aventura de Cristóbal Colón, en el teatro de Kazantzakis y de Claudel", trad. al griego de L. Kasdagli, *Nea Hestía*, nov. 1971.
- Omatos, O.: "Cristóbal Colón, un héroe trágico". En O. Omatos (Editora): *Tras las huellas de Kazantzakis*. Athos-Pérgamos, Granada 1999.
- Omatos, O.: "Ο Πρωτομάστορας, la primera tragedia de Kazantzakis", en *Byzantion Nea Hellás* 28-2009
- Pandelís Prevelakis, "Nikos Kazantzakis. Contribución a la cronología de su vida", rev. *Nea Hestía –Homenaje a Nikos Kazantzakis*.
- Quiroz Pizarro, R. y Castillo Didier, M.: *Destino y fatalidad en dos dramas juveniles de Kazantzakis*, Centro de

- Estudios Griegos, Santiago 2012.
- Skylos, "Cristóbal Colón. Un personaje alucinante aunque presentido", diario *Clarín* de Buenos Aires (23.III.1967).
- Solar, H. del "Nikos Kazantzakis: *Cristóbal Colón*", *El Mercurio* de Santiago (20.XI.1966),
- Teitelboim, V.: *El amanecer del capitalismo y la conquista de América*. Ediciones Nueva América, Santiago 1943.
- Thrilos, A.: (Heleni Uranis) en un extenso estudio. Rev. *Nea Hestia*, Navidad 1959 – Atenas),
- Wasserman, J.: *Cristóbal Colón El Quijote del Océano*. Editorial Losada, Buenos Aires 1958.